

Los pibes del Santa

*Represión estudiantil
en Florencio Varela (1976-1983)*

Rafael Britez
Néstor Denza

Prólogo de Estela B. de Carlotto



Universidad
Nacional
de Quilmes
Editorial

Bernal, 2012

Britez, Rafael

Los pibes del Santa : represión estudiantil en Florencio Varela :
1976-1983 / Rafael Britez y Néstor Denza. - 1a ed. - Bernal :

Universidad Nacional de Quilmes, 2012.

224 p. + DVD : il. ; 22x15 cm.

ISBN 978-987-558-245-3

I. Historia Política Argentina. I. Denza, Néstor II. Título

CDD 320.982

Primera edición, 2007, Centro de Participación Popular Enrique Angelelli
y Comisión por la Memoria, la Verdad y la Justicia de Florencio Varela

Segunda edición, ampliada, Universidad Nacional de Quilmes, 2012

El DVD *Los pibes del Santa. El documental*, que acompaña la presente edición,
se incluye con la autorización de sus realizadores Rafael Britez,
Eduardo Carticcio, Néstor Denza y Julio Kaler

© Rafael Britez y Néstor Denza, 2012

© Universidad Nacional de Quilmes, 2012

Universidad Nacional de Quilmes

Roque Sáenz Peña 352

(B1876BXD) Bernal

Provincia de Buenos Aires

República Argentina

<http://www.unq.edu.ar>

editorial@unq.edu.ar

ISBN 978-987-558-245-3

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Índice

Nota a la segunda edición	9
Prólogo	13
Introducción	17
Agradecimientos	23
Noticias preliminares	25
I. Fuera Perros Comunistas	29
II. El proyecto Santa Lucía y su inserción en la comunidad	35
III. Los nikkei	45
IV. La tragedia de la familia Zurita	53
V. El enfrentamiento con el GRES	65
VI. Yo de Argentina no me voy	73
VII. ¿Qué estás leyendo?	81
VIII. Se acabó la joda	83
IX. Conozcamos a nuestro enemigo	89
X. Secuestros y cautiverios	93
XI. Civilización o barbarie: El arsenal discursivo	99
XII. La teoría de los dos demonios	107
XIII. El fin del sueño: del pueblo chico a la debacle de "La ciudad iluminada"	109
XIV. Un aura de silencio	115
XV. Los herederos de la revuelta	119
XVI. Las organizaciones	125
XVII. La democracia y Florencio Varela	131

XVIII. Novak y los derechos humanos	135
XIX. El conflicto con el Instituto Santa Lucía.	143
XX. El bien y el mal	157
XXI. Las familias: el pasado que vuelve	183
Memoria gráfica.	185
Epílogo.	217
Bibliografía	221

Nota a la segunda edición

Los autores de este libro consideramos importante enfatizar, en oportunidad de esta segunda edición, nuestra plena identificación con el proyecto político emancipatorio y revolucionario que “los pibes” encarnaban como parte de un programa político mucho más amplio que el de una sigla, color o signo partidario. Además, nos parece esencial la reafirmación del sentido original de aquella investigación, luego de algunos años de la aparición de la obra: aportar a la reconstrucción de la memoria entre las experiencias de lucha del pasado reciente y los desafíos que este complejo presente plantea, en tanto el marco de injusticia social que estimuló a la rebelión de las generaciones de la segunda mitad del siglo xx sigue vigente.

Cuando los pibes chilenos salen a las calles para reclamar el fin de la pseudodemocracia que cobija solo a los poderosos, cuando los pibes en Europa, en África y en los Estados Unidos salen a jugarse la vida ante la cacería salvaje de una jauría de policías equipados como máquinas de matar para arrebatarse el sueño de una rebeldía innata o, simplemente, cuando los pibes de las nuevas generaciones reclaman en las librerías *Los pibes del Santa*, ávidos de conocer la historia y de reconocerse en ese relato, sentimos que ninguna artera estocada, ningún ataque furioso, ninguna artimaña discursiva de voces cómplices de la dictadura, serán suficientes para detener la primavera que algún día tendrá que llegar. Una primavera en donde no habrá lugar para opresores, ni para oprimidos.

La repercusión de *Los pibes del Santa*, una vez lanzada la primera edición a la consideración pública, posibilitó la adaptación de la historia a diferentes géneros.

A partir de los registros de las entrevistas originales para el texto, se realizó un film documental —el DVD que acompaña esta edición—

con testimonios agregados que la entrada a imprenta del libro había dejado afuera: la entrevista a Ezequiel Demaestri (uno de los hijos de Daniel Demaestri) y Edelmira Agüero (compañera de cautiverio del matrimonio Iula-Schand).

El documental, en coautoría con nuestros amigos y compañeros Julio Kaler y Eduardo Cartoccio, se estrenó en el mes de noviembre de 2008. Fue proyectado en diversos festivales: Valparaíso (Chile, Festival de cine sobre derechos humanos), Rosario (Festival de Cine Under), Festival de Documentalistas Argentinos (DOCA) en el cine Gaumont, Instituto de Cine y Artes Audiovisuales (INCAA), Semana del Cine Argentino en la Universidad Nacional de Quilmes, Cineclub de Pergamino y en decenas de colegios, bibliotecas populares e instituciones. En enero de 2009 se emitió por el Canal 7 de televisión un informe completo de la investigación en el programa “Caminos de tiza”. En Radio Nacional AM 870 se realizó una adaptación para el programa “Secretos argentinos” de Miriam Lewin y Marcelo Camaño.

La revisión del texto —en vistas a la reedición— nos confrontó con los inevitables cambios que el transcurso del tiempo acarrea, uno especialmente merecedor de mención: el fallecimiento de Enrica Angrisani de Lépore, madre de uno de los pibes, José Lépore. Muchos acusados de crímenes de lesa humanidad mueren sin haber recibido sentencia firme, allí radica uno de los agujeros negros del sistema judicial: su demora en establecer responsabilidades y emitir fallos definitivos. Frente a esto, la lucha de Enrica constituye un ejemplo de lo que muchas veces no se habla, los familiares de desaparecidos y su búsqueda perseverante de justicia durante toda una vida. Esa justicia que ella no pudo alcanzar: la condena a quienes secuestraron y desaparecieron a su hijo. Para ellos, los genocidas, seguiremos exigiendo juicio, castigo y cárcel común.

Vaya nuestro recuerdo agradecido y humilde homenaje a Enrica, una Madre de Plaza de Mayo pionera en los oscuros años de la dictadura, cuando los pañuelos blancos en ronda eran un signo de resistencia y de luz en medio de la muerte. Las acciones represivas —en el marco del terrorismo de Estado— del grupo de tareas que secuestró al hijo de Enrica, el entrañable Tanito, y a varios de sus compañeros, se encuentran para ser juzgadas —en diferentes instancias de elevación, con prisiones preventivas, condenas y pedidos de captura— en una de las megacausas judiciales en las que se incluye el horror del centro clandestino de detención conocido como El Banco, la denominada Causa

Primer Cuerpo de Ejército (Causa N° 14.216/2003: Juzgado Nacional en lo Criminal y Correccional Federal N° 3, a cargo del juez Daniel Rafecas, vinculadas a violaciones a los derechos humanos ocurridos entre 1976 y 1983).

Por otra parte, algunas personas nombradas en la investigación cambiaron la situación laboral, cargo político o actuación profesional que ejercían en el momento de la primera edición de este libro, sin que ello implique modificaciones sustanciales al sentido de los hechos por los que aparecen aludidos. Mencionemos solo uno de los casos, a modo de ejemplo: ya no está al frente del Instituto Santa Lucía la profesora María Matilde Rodríguez de De Virgilis. Solo el transcurrir de los acontecimientos permitirá comprobar hasta dónde la ausencia de un Rodríguez en la conducción del Instituto Santa Lucía bastará o no para cambiar la impronta institucional del colegio, impuesta históricamente desde el escritorio de la Dirección.

Los autores queremos destacar especialmente el acompañamiento y el compromiso de nuestros compañeros de la Comisión por la Memoria del Centro de Participación Popular Enrique Angelelli de Florencio Varela, sin cuyo sostén no se hubiese concretado la investigación.

Para cerrar estas breves líneas, agradecemos a la Universidad Nacional de Quilmes, a su Editorial, a Facundo Romero y a Mario Lozano por el entusiasta apoyo para reeditar y acercar a nuevos lectores la historia de los pibes del Santa.

Abril de 2012

Prólogo

Treinta años después podemos imaginarnos los patios y las aulas del Instituto Santa Lucía de Florencio Varela con centenares de activos estudiantes de la zona, hijos de obreros y clase media, cuyos deseos paternos eran el progreso de su prole.

Aún se respira en sus claustros el fervor con que se expresaban, a pesar de su juventud, sus deseos de cambio para el país. La justicia social que implicaba la digna vida para todo el pueblo.

La feroz dictadura se ensañó con ellos y diez bancos vacíos tuvieron la pretensión del olvido, por el miedo, el desconocimiento o la complicidad.

Es que los hacedores de tanto daño, extrañamente argentinos, mediante el terrorismo de Estado y desde una dictadura sangrienta, creyeron vencer a un pueblo que nunca bajó los brazos.

Y la porfía ciudadana hoy nos refresca la memoria en las páginas de este libro: *Los pibes del Santa*.

Los autores, con generosidad y deber histórico, desempolvan la historia de diez luchadores a los que silenciaron los genocidas, por su valentía y compromiso, pero que nunca dejaron de estar presentes en el consciente colectivo porque eran visibles, alegres, generosos, compañeros, hijos, alumnos inolvidables. Y ellos no morirán nunca. Se los recordará y honrará por siempre.

Treinta años después llegará la justicia y con aportes como los que desgranar las páginas de este libro, sabremos quién fue quién en esta historia.

Estoy segura de que no nos han vencido.

Gracias por *Los pibes del Santa*.

Estela B. de Carlotto

Presidenta

Abuelas de Plaza de Mayo

Buenos Aires, 15 de febrero de 2007

De Rafael Britez:
a Flavio, Emilio, Nelson y Silvio

De Néstor Denza:
a Lucía, Adriano y Karina

Introducción

Nuestras clases dominantes han procurado siempre que los trabajadores no tengan historia, no tengan doctrina, no tengan héroes y mártires, cada lucha debe empezar de nuevo, separada de las luchas anteriores: la experiencia colectiva se pierde, las lecciones se olvidan. La historia aparece así como propiedad privada cuyos dueños son los dueños de todas las otras cosas. Esta vez es posible que ese círculo se quiebre.

RODOLFO WALSH

Teodocio Acuña, Daniel Demaestri, Horacio Gushiken, Julio Gushiken, Ángel Iula, José Lépore, Silvia Schand, Alejo Zurita, Claudio Zurita y Sergio Zurita estudiaron en el Instituto Santa Lucía de Florencio Varela. Todos ellos fueron secuestrados y desaparecidos en los años de la dictadura militar. Son diez nombres, son diez historias entrelazadas por una época y un lugar que los tuvo como ejemplo de lo que fue gran parte de la juventud argentina, protagonistas del sueño colectivo de una sociedad justa e igualitaria, cercenado brutalmente por el plan de exterminio llevado adelante por la dictadura.

El modo en que el cerco de la represión se fue tendiendo sobre los jóvenes y el sector estudiantil se pone en evidencia, muestra sus signos, en el caso de los alumnos del Instituto Santa Lucía (ISL). A principios de la década de 1970, en una localidad cuya población sumaba cerca de cien mil habitantes, un núcleo muy reducido de adolescentes ingresaba al nivel secundario. De esta conjunción de datos se desprende que la condición de secuestrados-desaparecidos de diez estudiantes que pasaron por las aulas del Santa es particularmente reveladora de la mag-

nitud del genocidio perpetrado en Florencio Varela a partir de 1976.¹ Resulta especialmente significativo que la actual población estudiantil del ISL desconozca quiénes eran esos compañeros que en otros tiempos se sentaron en los mismos bancos que ellos ocupan hoy. Como contraste, esa misma institución que durante casi treinta años mantuvo el silencio sobre sus alumnos desaparecidos, rinde sucesivos homenajes a su rector fundador, Modesto Evaristo Rodríguez,² amigo del genocida Jorge Rafael Videla y un conspicuo defensor de la dictadura.

En Florencio Varela se dieron ciertas condiciones para la aplicación del terrorismo de Estado. Este trabajo pone el foco en la historia de los pibes del Santa, como se los menciona desde el momento de su secuestro y desaparición. El caso de los ex alumnos del Instituto Santa Lucía como eje de investigación se impuso por su propio peso al planificar la reconstrucción y el análisis de la represión ejercida sobre la juventud en Florencio Varela. Este procedimiento permite mostrar el entramado social sobre el que se desarrollaron los acontecimientos, sus causas y consecuencias; al mismo tiempo que se rescata la realidad cotidiana de los protagonistas, se cuenta la militancia, los sueños y esperanzas de las víctimas. También se traza un perfil de las responsabilidades locales en las desapariciones, y se analiza el modo —muchas veces sesgado e indirecto, pero estratégico— en que se colaboró desde el ámbito educativo con la dictadura. Finalmente, se plantean algunas conclusiones que emergen de los testimonios y de los documentos consultados.

Se toman tres épocas abarcadoras de los sucesos narrados: 1961 a 1976, 1976 a 1983 y 1983 en adelante. Esta división cronológica se basa, en primer término, en la lógica misma de los hechos cuya crónica escribimos y, como se puede observar, su núcleo son los años de la

¹ Otros colegios de la localidad como el Instituto Nuestra Señora del Sagrado Corazón, el Instituto San Juan Bautista, la Escuela Nacional de Comercio (hoy Escuela de Enseñanza Media N° 7) y la Escuela de Enseñanza Técnica N° 1 también tienen a ex estudiantes en condición de desaparecidos. Mirta Gerelli, abanderada del Sagrado Corazón; Enrique Reggiardo y Claudio Memo, quienes pasaron por las aulas del San Juan Bautista; Graciela Echevarría, egresada del Comercial (luego trabajadora de Alpargatas) y Miguel Ángel Orieta, alumno de la Técnica 1 de la localidad de Bosques —al momento de su secuestro y desaparición, en el mes de febrero de 1977, había pasado a 3° año del Ciclo de Oficios. Cabe aclarar que esta nómina puede estar incompleta, son los nombres que hasta el cierre de esta investigación se pudieron confirmar.

² El rector del ISL, Modesto Evaristo Rodríguez, para la comunidad santalucina simplemente Tino, “el Cabezón” o, para muchos de su círculo íntimo, El Jefe.

dictadura. Por otra parte, y no obstante los períodos antes señalados, la narración no es lineal. El ejercicio de la memoria tiene recovecos y atajos, luces y sombras, avanza y retrocede, busca una palabra, se queda suspendido en un rostro, sinuosamente deviene y se abre paso hasta nosotros. Así intentamos imitar y representar, en la estructura del relato, el modo en que fluyeron los recuerdos en quienes fueron entrevistados; el lector juzgará si se ha logrado este cometido.

Al situarse en la década del sesenta y comienzos de los setenta, se observa el siguiente fenómeno referido al enfrentamiento entre el campo popular y sus enemigos: una parte importante de la juventud se constituyó como sujeto histórico capaz de poner su energía y darle su impronta al debate y la acción política realizada como praxis colectiva. La clase social históricamente dominante, llámese oligarquía agrícola-ganadera, o alta burguesía aliada a las empresas multinacionales y al imperialismo norteamericano, y que detentaba el poder real,³ empezó a ver con alarma creciente como sectores de la clase media se encontraban y se daban la mano en las luchas con la clase trabajadora. En particular, los hijos de ambos sectores tuvieron en las universidades y en las fábricas un espacio de experiencias compartidas y de aprendizaje mutuo.

El revulsivo social de rebeldía política, característico de la época, era alimentado por diversas vertientes ideológicas: el legado militante de los años de la "resistencia peronista" y la lucha por el retorno de Perón desde su exilio madrileño, su tercera presidencia y posterior deceso; previamente, la llegada de Héctor J. Cámpora a la Casa Rosada acompañado por la militancia de la Juventud Peronista —la cual nutrió la primera línea del gobierno camporista— hicieron sentir a muchos que la instauración de la patria socialista era inminente. Por otra parte, el movimiento antiimperialista mundial y latinoamericano aglutinaba a millones de personas detrás de una historia común de gestas emancipadoras. A este cuadro histórico se sumaban la Teología de la Liberación y el ascendiente de las ideas socialistas sobre un sector importante de la juventud, con la consabida reacción de la derecha en el

³ Esto es en términos estrictamente económicos, ya que la puja sectorial por el reparto de la renta nacional, y la porción del PBI que se llevaban los trabajadores, eran asuntos ligados íntimamente a las demás luchas, a las tensiones dentro del sistema de representación política y al peso en este de los obreros, como ha sido objeto de análisis por muchos historiadores del pasado reciente (véase la bibliografía consultada).

plano político y en el económico, cuyo punto de inflexión fue la aparición de la Triple A.

Estas referencias señalan una línea de sentido que va desde los hechos locales hasta los acontecimientos nacionales, ya que en Florencio Varela los secuestros y desapariciones ocurrieron dentro de ese marco de relaciones. Se puede estudiar ese período en Varela como una microesfera, localizada en cierta trama de intereses y complicidades, que fue coherente con la escala macro en la que se inscribía. Así se puede analizar la reproducción de la lógica general con la cual se organizó la represión, focalizada en el marco acotado y ajustado al territorio y a la población varelense. Una conocida frase de Tolstoi, que queremos parafrasear, dice que quien pinta su aldea está pintando el mundo. Este esfuerzo de reconstrucción histórica está animado con el mismo espíritu.

Han pasado treinta años desde el golpe de Estado del 24 de marzo de 1976. Esa nefasta fecha señala el inicio de uno de los tantos períodos crueles de nuestra historia, solo que esa vez no fue uno más, sino que marcó el mayor grado de ensañamiento contra la dignidad humana. Todavía muchos acontecimientos que tuvieron lugar en esa época permanecen en las sombras de la memoria, esperando ser rescatados. En Florencio Varela ese silencio obedece a una matriz ideológica conservadora arraigada entre miembros "destacados" de su comunidad y, puntualmente, al interés por la impunidad de quienes fueron cómplices, gestores o simplemente indiferentes frente al dolor y al daño causado con las herramientas del terrorismo de Estado, perpetrado con la falsa excusa de combatir a la subversión armada. La malicia enmascarada detrás de la teoría de los dos demonios fue perdiendo adeptos y hoy tiene escasa cabida en las ponderaciones serias de lo acontecido en la década de 1970. Sabido es, como quedó demostrado en el juicio a los ex comandantes de las tres armas (Ejército, Marina y Aeronáutica), que en realidad lo que existió fue el montaje, armado por la dictadura, de un sistema de persecución y aniquilamiento de los sectores de la ciudadanía más politizados y comprometidos, militantes de organizaciones estudiantiles, gremiales y políticas, que se oponían al gobierno de facto.⁴

⁴ El territorio nacional fue coto de caza de los represores, según un pormenorizado mapeo por regiones que controlaban los Cuerpos del Ejército, con participación de la Armada, la Aeronáutica, la Policía Federal y las provinciales, la Prefectura,

Para esta investigación fueron entrevistados egresados de diferentes épocas del Instituto Santa Lucía, del Instituto Nuestra Señora del Sagrado Corazón, del Instituto San Juan Bautista y de la Escuela Nacional de Comercio (actual Escuela de Enseñanza Media N° 7); familiares y amigos de las víctimas, sus compañeros de militancia, docentes, periodistas que tuvieron contacto con protagonistas de algunos hechos especialmente reveladores; también se consultaron archivos de los organismos de derechos humanos y diarios de la época.

De este trabajo de campo y bibliográfico se desprende y cobra cuerpo una historia, densa en hechos, algunas veces presentados con el ropaje de la simple anécdota, pero solo en apariencia. Basta indagar un poco debajo de esa superficie, para que el trasfondo de los acontecimientos recupere otra significación. De ese modo se pueden ver como indicadores de un tiempo y un lugar donde se jugó la suerte de una generación que llevaba en sus entrañas la voluntad de construcción del hombre nuevo. Sus verdugos y sus mandantes saben y temen los ecos de esa voluntad y los efectos que hoy pueden tener en la conciencia colectiva, a partir de las luchas contra la impunidad de todo tipo.

Aquí están los testimonios, los recuerdos, los documentos, los análisis y las valoraciones que se proyectan más allá de los años de la dictadura y que dejaron un saldo trágico en la población. Entendemos que solo poniéndoles nombre a los protagonistas, y precisiones a las circunstancias y su contexto, se contribuirá a la verdad, a la búsqueda de justicia, y se aportará desde el valor educativo y ético que conlleva la defensa de la vida, de la dignidad humana y el ejercicio de la memoria.

la Gendarmería y los Servicios Penitenciarios. La cabeza del Poder Ejecutivo era el general Jorge Rafael Videla. El Ministerio del Interior, a cargo del general Albano Harguindeguy, era el nexo de las distintas jurisdicciones con la Junta de Comandantes. Florencio Varela se encontraba, en ese siniestro organigrama, bajo la órbita del Primer Cuerpo de Ejército, al mando del general Carlos Guillermo Suárez Mason. Los establecimientos educativos no escaparon a este mecanismo de control y vigilancia. Existen testimonios de que efectivos militares, con rangos de responsabilidad en los servicios de inteligencia de cada región, llegaron hasta los despachos de directivos de muchos colegios a requerir información sobre los movimientos de alumnos o ex alumnos.

Agradecimientos

Los autores expresamos nuestro agradecimiento a todos los que de algún modo nos ayudaron.

Amigos y compañeros de militancia de los pibes nos orientaron en tramos decisivos de la investigación.

Ex docentes del Instituto nos ayudaron a confirmar datos esenciales.

Egresados del Santa de todas las épocas: los que hablaron públicamente y los que prefirieron mantener el anonimato.

Egresados de otros colegios de la localidad.

Julio Kaler Sanzana fue un eficaz y fiel compañero de ruta filmando las entrevistas y participando activamente de las reuniones de trabajo para ordenar y procesar el material obtenido.

Pablo Carrera nos facilitó parte del material de archivo relevado durante la investigación para el libro *Los que no están*, leyó fragmentos de nuestro borrador y nos dio su opinión desde su formación en historia, y participó del viaje a La Plata en el que conocimos e hicimos la primera entrevista a Gustavo Zurita.

José Luis Calegari siempre estuvo atento desde la Comisión por la Memoria, la Verdad y la Justicia (CMVJ) para atender nuestras solicitudes; también nos acompañó a La Plata a la primera entrevista con Gustavo Zurita; estuvo en las reuniones realizadas con las autoridades del Instituto Santa Lucía; nos ayudó a hacer contactos para la financiación del libro y fue un apoyo permanente para la logística de la investigación.

Los compañeros de la CMVJ, Norberto Bertasio nos aportó sus experiencias y reflexiones sobre los años setenta y Judit Cruz nos ayudó haciendo prensa.

Karina Raimondo, del Centro Angelelli, colaboró en el armado del proyecto de investigación que nos permitió planificar y organizar el trabajo.

El licenciado Eduardo Cartoccio leyó fragmentos del original y resultaron muy valiosas sus acotaciones sobre las décadas del setenta y del ochenta, así como sus sugerencias formales.

El periodista Daniel Otero nos facilitó material de su archivo personal y nos brindó su tiempo en una entrevista colectiva.

El profesor Julio Sarmiento, la profesora Cecilia Boyer, Alejandro Ormaechea y Orlando Babuín nos ayudaron a reconstruir aquellos agitados días de 1987.

La periodista Graciela Linari se interesó por difundir nuestro trabajo, nos brindó espacio en su periódico *Palabras con Historia* y nos facilitó el acceso al archivo de *El Vareloense*.

Gladis Alcaraz, del Servicio de Justicia y Paz del Obispado de Quilmes nos facilitó bibliografía y nos orientó con su análisis certero.

La señora Estela B. de Carlotto fabricó un espacio en su agenda para entrevistarse con nosotros, leer el original y escribir el prólogo.

La asistencia del editor Darío Stukalsky resultó fundamental para concretar la publicación de la primera edición.

Graciela Daleo, quien con su generosa y sabia asistencia de corrección y comentarios críticos nos orientó certeramente.

Cecilia Boyer, por su inspirado aporte en la ilustración original de tapa de la primera edición.

Daniel Sánchez y Daniel Symcha, por su desinteresado trabajo de diagramación y diseño de este libro en la primera edición.

La Hermana Verónica Álvarez nos contactó hace cuatro años con la CMV. Estaremos siempre en deuda con ella por su estimulante ejemplo de humildad y sabiduría.

Por último, para destacarlo especialmente, queremos subrayar el apoyo imprescindible de los familiares de los pibes, sin cuyos testimonios y aportes de material documental este libro no hubiese existido: Ángela Iula, Malén Iula, Martina Ruiz de Schand, Lucía Schand, Enrica Angrisani de Léopore, Roque Léopore, Carmen Léopore, Evelina Ferrari, Hugo Gushiken, Mirta Gushiken, Beatriz Gushiken, Nora Ghusiken, Clara Cano, Gustavo Zurita, Sebastián Zurita, Celeste Gutiérrez y Marina Gutiérrez.

Noticias preliminares

Sobre la memoria y sus demoras

Hay silencios que son demasiado ruidosos. Después de tres décadas, les correspondería a los responsables de esa omisión histórica e institucional dar las explicaciones.

Durante el año 2006, la Comisión por la Memoria, la Verdad y la Justicia de Florencio Varela (CMVJ) inició una serie de gestiones ante las autoridades del Instituto Santa Lucía, llevándoles propuestas para que se realizara un acto de reparación histórica y que el paso por la escuela de los estudiantes secuestrados y desaparecidos fuera reivindicado y su memoria homenajeadada, como se ha hecho en otros establecimientos educativos del país. Como primera reacción, el colegio respondió con evasivas a las solicitudes de lo familiares y la CMVJ. El contenido esencial de dicha iniciativa apuntaba a la reparación del silencio y el olvido al que fue sometida la memoria de los pibes del Santa durante tanto tiempo, acaso por obvias connotaciones culposas, dado el compromiso público y notorio del rector Rodríguez con la dictadura. En las siguientes líneas consignamos el modo en que se desarrollaron las tratativas.

Desde la primera reunión, realizada en abril de 2006, la CMVJ y los familiares intentaron que las autoridades del ISL cambiaran su actitud negativa respecto de la solicitud más importante: inicialmente no aceptaron que las fotos de los estudiantes desaparecidos fueran expuestas en un lugar destacado y a la vista cotidiana de los actuales alumnos. Las contrapropuestas de quienes conducen actualmente el Instituto fueron siempre en dirección de alejar el tema de la atención de la comunidad educativa, para que pasara lo más desapercibido posible. En nota a la Comisión expresaron que aceptaban colocar una placa; en el colegio hay decenas, con los nombres de los estudiantes de cada promoción. Como concesión máxima, las fotos podrían estar en el museo de la institución, apartadas de la vida cotidiana de la escuela. También

propusieron el ámbito del predio llamado Promociones Santalucinas, ubicado lejos del establecimiento, para los actos de recordación. Por último: no reconocieron la verdad histórica respecto del silencio institucional sobre los pibes y evitaron manifestarse sobre los lazos de Tino Rodríguez con la dictadura y con el genocida Jorge Rafael Videla.

En otra reunión realizada en el mes de agosto, negaron una vez más el ámbito destacado del gimnasio para la colocación de un mural fotográfico. Solo después de la paciente insistencia de los familiares y de que estos sugirieran una ubicación alternativa, los responsables del Instituto dijeron que estudiarían esta propuesta.

Para mediados de septiembre no se habían producido novedades; parecían infructuosos los intentos de los familiares y la CMVJ para lograr un acuerdo con las autoridades del Instituto (representadas por su directora, María Matilde Rodríguez de De Virgilis y su representante legal, María de las Nieves Ramón de Barrere). Finalmente se comprometieron a ceder un espacio para el mural de homenaje. Así se llegó a acordar el 10 de noviembre de 2006 como fecha del acto de inauguración del mismo.

La existencia del mural-homenaje significa un gran avance hacia la reivindicación de la memoria de los pibes que, de ese modo, volvieron a tener presencia allí, en los pasillos y en las aulas del Santa, de donde nunca se fueron del todo. Pero el colegio sigue sin aceptar que la Biblioteca del Instituto lleve el nombre del estudiante desaparecido Ángel Alberto Iula, abanderado de la décima promoción; y siguen desestimando la propuesta de colocar el nombre de cada uno de los ex alumnos desaparecidos a diferentes aulas.

¿Por qué hizo falta tanta insistencia para que el colegio aceptara finalmente el homenaje en los términos deseados por los familiares? ¿Por qué tanta reticencia a que los pibes puedan ser mirados por las nuevas generaciones? Una de las razones fundamentales de la solicitud de los familiares para que el mural incluyera imágenes es la profunda dimensión simbólica de las fotos. Un aporte (siempre insuficiente, pero necesario) a la reparación del dolor, es que los seres queridos de las víctimas del horror cometido por el terrorismo de Estado puedan darles de nuevo nombre y figura, allí donde sea que hayan vivido intensamente parte de su biografía. En el caso de los pibes, un tramo vital de ese espacio fue el colegio en el que —contra viento y marea— alumbraron sueños, amores y utopías.

Acaso las respuestas a las preguntas del párrafo precedente haya que buscarlas en alguna línea de continuidad institucional sostenida

por treinta años, en contradicción con un tiempo que exige verdad y justicia. La verdad no tolera ser confinada a vitrinas de museos sin vida, porque el sentido de la historia es iluminar el presente. Si la memoria tiene razones para demorarse en las fisuras y los pliegues de la impunidad, esa que intentaron ocultar los hacedores de la tragedia argentina, y si los testimonios de los sobrevivientes encierran, de algún modo, explicaciones sobre las conductas y situaciones actuales, este trabajo intenta ayudar a dar cuenta de ello.

Florencio Varela, 13 de diciembre de 2006.

I. Fuera Perros Comunistas

El huevo de la serpiente

La estatua de Santa Lucía se erige en medio de una fuente, al pie de los pinos que bordean el sendero del viejo portón de entrada del Instituto, en el número 72 de la calle Quintana. Quienes ingresan por allí pasan inevitablemente a su lado. Una inscripción realizada con incrustaciones de azulejos blancos completa el sencillo diseño arquitectónico; la leyenda reza todavía hoy: "El que tiene el corazón puro es templo del Espíritu Santo".

Una noche de mediados de invierno de 1974, a escasos metros de allí, donde la santa mártir sigue aún ofrendando sus ojos a quien quiera mirarla, manos anónimas pintaron:

FUERA PERROS COMUNISTAS LÉPORE Y MARCH

La mañana gris y destemplada guardaba esa sorpresa a los alumnos más tempraneros que se topaban de frente con la sentencia sin firma, ubicada estratégicamente del lado externo del salón de 5° A. Enseguida corrió la voz por todo el colegio. Parecían palabras fuera de contexto, cargadas con cierta aliteración involuntaria, pintadas de modo tosco al amparo de las sombras; pero la frase estampada en color verde no dejaba lugar a dudas: imperativa, su contundente soberbia expulsiva pretendía que dos alumnos de 5° año, José Lépoire y Mario March, no transitaran más por las aulas, los pasillos y el patio del Instituto Santa Lucía (ISL o, simplemente, el Santa).

Solo el tiempo y la ilación de las circunstancias fueron otorgando la gravedad, el espesor y la dimensión de eslabones que sucesos como el mencionado tuvieron, porque de otro modo hubiesen quedado como anécdotas sueltas, y acaso menores, de una época turbulenta y de pasiones políticas encontradas. El episodio formó parte de una escalada

de enfrentamiento dialéctico entre el sector de alumnos adeptos a los lineamientos político-institucionales del rector Tino Rodríguez y el grupo de militantes más o menos orgánicos del Grupo de Resistencia Estudiantil Secundario (GRES), la Juventud Comunista Marxista Leninista (JCML), brazo juvenil del PCML, la Unión de Estudiantes Secundarios (UES), ligada a la Juventud Peronista y un grupo embrionario de la Unión de Juventudes por el Socialismo (UJS).

La “caza de brujas” no era de ningún modo nueva en el país; consistía en cargar de negatividad al adversario político, referirse a él de modo despectivo y, a partir de este procedimiento, difamarlo, negarlo luego como interlocutor y propiciar su expulsión de los ámbitos de pertenencia (el partido, la institución, el club, la cátedra universitaria, etc.). Lo novedoso fue la llegada de este tipo de acciones al ámbito estudiantil secundario.

José Léporre, el Tanito, formaba parte de la décima promoción de bachilleres que egresarían ese año del ISL. Roque Léporre, su hermano, recuerda: “José tenía una calentura bárbara, porque [el rector] Rodríguez dejó la pintada como tres días, en lugar de mandarla a limpiar enseguida”.¹ A su condición de estudiante inquieto, José le agregaba un carácter campechano, solidario, transparente y frontal para manifestar preferencias, afinidades y rechazos. Amigo de militancia y de la vida de Claudio, el menor de los hermanos Zurita, a ambos les gustaba encarar juntos una de sus acciones favoritas de solidaridad activa: organizaban a un grupo de compañeros para conseguir pintura, escaleras y pinceles. Luego José le pedía a su hermano Roque que lo ayudara, con la camioneta del negocio familiar, haciéndole el flete hasta alguna escuela de la zona rural (Villa San Luis, paraje El Alpino, entre otras) que era el destino de la cuadrilla de los estudiantes devenidos pintores de obra. Los colegios elegidos siempre eran establecimientos públicos y humildes de la periferia del partido.

Una docente del barrio recuerda haber presenciado una discusión en la vereda frente al mercadito de los Léporre, sobre la calle Montea-gudo, entre José y su padre, Américo, quien le pedía que no usara la camioneta para ese tipo de actividades. Es de imaginar el tono de un entredicho familiar entre dos tanos encendidos y con carácter.

Como en otros lugares del país, por las calles de Florencio Varela transitaban algunos paramilitares, encubiertos o que “iban al frente”.

¹ Entrevista a Roque Léporre realizada por los autores el 28 de abril de 2004.

Uno de los más notorios, aunque no el único, era Felipe Romeo, quien había sido miembro del grupo Tacuara² y vivía en el barrio Villa del Plata. Así es recordado por Gustavo Zurita, el mayor de los cuatro hermanos: "Yo era la cara visible de la Juventud Peronista... y en Varela circulaba gente que pertenecía a la Triple A, me acuerdo de Felipe Romeo, que escribía en El Caudillo³, que dependía de López Rega".⁴

El segundo aludido en la pintada, Mario March, era amigo del Tano desde la primaria, que habían cursado en la Escuela N° 1 General San Martín. Vecino de cuadra y compañero del grupo con el que fatigaban los potreros del barrio desde pibes. Conserva de aquella época por lo menos dos cosas. La visible a primera vista: su delgadez, que enfundaba entonces en el blazer azul; y la que guarda detrás de su mirada frontal y serena: la persistencia en sus convicciones para encarar los desafíos que la realidad le propone. En este caso, el rescate de la memoria de los compañeros que ya no están, ratificando la lealtad a aquellos principios compartidos con ellos.

El análisis de los archivos de la Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires⁵ permite inferir que algunos de los pibes del Santa fueron seguidos desde la época de la pintada contra José y Mario, o inclusive antes, ya que un archivo de antecedentes no se construye desde la nada, ni de un día para el otro. El armado de los datos, y su ubicación en el entramado de relaciones cruzadas de los expedientes de una red de información, requiere un tiempo de recopilación en el territorio por parte de los agentes. Por entonces, algunos de ellos merodeaban con mayor o menor disimulo alrededor del Santa, cuyo clima de ebullición política llamaba la atención. Las agrupaciones partidarias, sus militantes y su periferia de contactos también

² El Movimiento Nacionalista Tacuara se había constituido desde los tempranos años sesenta con jóvenes de distintas procedencias, entre los cuales había cristianos de derecha.

³ Órgano de prensa de la derecha nacionalista.

⁴ Entrevista a Gustavo Zurita realizada por los autores el 17 de febrero de 2006.

⁵ El DIPBA, organismo que se encuentra disuelto, funcionó desde 1956 hasta 1998; su voluminoso archivo fue cedido mediante la Ley 12.642 a la Comisión Provincial por la Memoria, para su conservación, estudio, análisis y difusión. Se trata del primer archivo de Inteligencia Policial recuperado y abierto de la República Argentina; es un extenso y detallado registro de la persecución política e ideológica realizada sobre hombres y mujeres a lo largo de medio siglo.

eran infiltrados por servicios y “buchones” de las fuerzas de seguridad que en más de una ocasión fueron detectados y desenmascarados. Las ocasiones para hurgar en las actividades y preferencias ideológicas de los estudiantes abundaban. Una de estas eran las jornadas en el Parque Pereyra Iraola, en las que algunos picnics de sábado o domingo funcionaban como marco festivo para que, después del picadito de fútbol, los grupos se reunieran a debatir política sobre el césped alrededor del mate y la guitarra. Durante los días de semana algunos estudiantes hacían una especie de “parada técnica” antes de ir al colegio, o a la salida, en la cancha de Rolo, un campito rodeado de pinos y plátanos a cinco cuadras del Santa que hacía las veces de potrero, para jugar a la pelota, y que también servía para los encuentros y charlas.

Entre los egresados del Santa, desde los primeros tiempos, se creó una especie de mística de pertenencia, desdibujada en su actual población estudiantil o, por lo menos, manifestada con menor énfasis. Todavía hoy quienes observan este fenómeno desde afuera se sorprenden e impresionan al oír a aquellos que fueron alumnos de las viejas promociones cómo “se prenden” en las anécdotas y el relato construido a su alrededor. La conexión era fuerte y pasó a ser obvia entre los alumnos. Por eso, después de egresar, de alguna manera seguían llevando el saco azul, la corbata bordó y el pantalón de paño gris, aunque ya no vistieran el uniforme del colegio. Tenían una personalidad forjada y probada en los cinco años transcurridos allí, cuando protagonizaron episodios intensos de su biografía. La experiencia de haberse plantado ante el autoritarismo de Rodríguez, ese aprendizaje en construcción para sostener sus convicciones con dignidad, quedó grabado para siempre en ellos.

A partir de que las fuerzas represivas señalaron a algunos de los pibes, el efecto alcanzó al resto de sus compañeros: todo el mundo en el Santa sabía quién era amigo de quién, qué afinidades e intereses vinculaban a los estudiantes y, en consecuencia, cómo estaban conformados los grupos.

Por lo menos en un caso, el de los hermanos Zurita y su padre, los informes plagados de inexactitudes les atribuían pertenencias políticas inventadas: por ejemplo que el doctor Mariano Zurita era miembro del ERP. La falsedad grosera de estos datos escandaliza a la vez que indigna, pues pone al descubierto cómo operaban los servicios de las fuerzas de seguridad que “marcaban” con imputaciones donde no importaba la verdad, demostrando con llana y escalofriante simpleza el perverso

mecanismo desatado a partir de esas pesquisas: construida la fábula, se justificaba siniestramente la suerte de los perseguidos. Desde allí había apenas un paso hacia el estigma “en algo andará”, para tranquilizar a las buenas conciencias. A la ingenuidad y el miedo del ciudadano de a pie, que no quería o no podía advertir la trampa agazapada en ese dispositivo de control y dominación, se sumaban otras actitudes más aviesas: las de aquellos que alentaban un clima de inquisición desatado sobre los que osaban desafiar el orden conservador de la ciudad.

Poco a poco, de un modo análogo al que el genio del cineasta sueco Ingmar Bergman supo mostrar, “el huevo de la serpiente” incubado en la atmósfera social empezaba a latir debajo de su cáscara.⁶

⁶ *El huevo de la serpiente*, film en el cual Ingmar Bergman retrata el clima sociopolítico de la Alemania previa al nazismo.

II. El proyecto Santa Lucía y su inserción en la comunidad

La sede original del colegio comenzó a funcionar dentro de la iglesia Santa Lucía, en la calle Montevideo del barrio Villa Vatteone. Allí se dio apertura a su primer ciclo lectivo el 13 de marzo de 1961. El cura párroco, José Telmo Arévalo, había convocado a fines de 1960 a los docentes del distrito que quisieran sumarse al proyecto del colegio parroquial. Entre ellos estaba el joven profesor de geografía, Modesto “Tino” Evaristo Rodríguez. Tino se ganó rápidamente la confianza del cura, quien lo consideró —entre el grupo de docentes fundadores— como el dueño del perfil más adecuado para dirigir el nuevo establecimiento. De este modo, Rodríguez fue designado rector, cargo que ejerció durante treinta años, hasta su jubilación a fines de 1991 (solo dejó la rectoría durante el período comprendido entre diciembre de 1962 y principios de 1965, cuando desavenencias con el padre Arévalo lo llevaron a presentar la renuncia.¹ Durante ese intervalo se produjo el alejamiento del párroco. Lo sucedió, desde febrero de 1963, el padre Francisco Artigas de León Motta. Este asumió, además, la representación legal del Instituto Santa Lucía, cargo que iba a estar en el centro de controversias futuras, como se cuenta en otra parte de esta investigación).

De las clases en el templo se pasó a un salón grande construido en el mismo predio de la parroquia. Allí se desarrollaron las actividades

¹ Rodríguez fue temporariamente reemplazado por la profesora de castellano, Elda García Arriaga de González, integrante del grupo fundador. Fue reasignado en el cargo por el obispo de Avellaneda, Jerónimo José Podestá. Este gesto del prelado y su apoyo al crecimiento del Instituto, hicieron que Rodríguez siempre le profesara gratitud y reconocimiento. Las opciones políticas y personales posteriores de Podestá son públicas: su apoyo a la Resistencia Peronista lo convirtió en enemigo del dictador general Onganía, y su oposición al celibato lo hizo caer en desgracia ante el Papa.

durante los primeros cinco años. La despedida de la primera promoción de bachilleres, en diciembre de 1965, se realizó en la nueva sede de la calle Quintana, donde hasta ese momento se erigía la quinta San Carlos. Esta propiedad fue adquirida mediante una audaz operación inmobiliaria el 18 de octubre de ese año, luego de que un aviso de remate judicial urgiera a Rodríguez (ya para entonces instalado como ineludible referente institucional, con un perfil que fue opacando al representante legal, el padre Motta, en cuyas manos quedó el manejo de la parroquia y su colegio primario) a solicitar el aval del obispo Podestá para la compra. El apoyo no fue solo de palabra: el Obispado contribuyó con una importante suma para pagar la seña y la primera cuota, cubriendo casi un tercio del precio total. Este aporte resultó imprescindible para concretar la operación.²

En sus primeros años de vida —desde su apertura (1961) y hasta la quinta promoción (1969)— el Instituto Santa Lucía debió ganarse la confianza de parte de una comunidad poco acostumbrada a la diversidad de ofertas pedagógicas, y menos aun de gestión privada. El prestigio de la enseñanza pública no estaba puesto en tela de juicio, como se encargó de hacerlo el neoliberalismo que sobrevino con furor en décadas posteriores. Las escasas opciones locales para continuar los estudios secundarios pasaban por dos establecimientos: la Escuela Nacional de Comercio, adonde concurrían la mayoría de los hijos de las familias del centro, y el Instituto Nuestra Señora del Sagrado Corazón —manejado por la orden religiosa de las Hermanas Franciscanas de la Inmaculada Concepción de María de Bonlanden— que funcionaba como liceo de señoritas y otorgaba a las jóvenes el título de maestra normal; algunos años después adquirió carácter mixto. Es casi obvio

²La quinta San Carlos fue adquirida por un total de diez millones de pesos moneda nacional. Luego de firmar el boleto de compra-venta, el saldo se canceló con pagos sucesivos entre octubre de 1965 y febrero de 1966, para lo cual se tomó un préstamo bancario. La audacia consistió en el modo en que se recaudó dinero para afrontar los pagos al banco: una vez en posesión de la propiedad (la manzana entera), se pusieron a la venta once de los treinta y tres lotes que la componían para poder saldar las cuotas pactadas con el efectivo así conseguido. Estos terrenos, excepto el de la esquina de Sarmiento y Quintana, fueron posteriormente restituidos al Instituto en virtud de un acuerdo con los compradores particulares, que establecía que estos desistirían de la operación si el colegio podía en el futuro reintegrarles el dinero. Fue una especie de préstamo al Instituto por parte de los compradores, y las parcelas así adquiridas (las más caras, ubicadas sobre la Avenida Sarmiento) funcionaron de hecho como garantía prendaria.

señalar que en los barrios solo funcionaban colegios primarios. El Instituto San Juan Bautista, establecimiento privado parroquial de enseñanza técnica, se inauguró recién en marzo de 1966. De allí se concluye que la visión del grupo fundador del ISL fue muy acertada en un sentido prospectivo, ya que se preparó con tiempo para la demanda que el crecimiento de la población estudiantil requeriría poco después. El desafío fue hábilmente afrontado por la gestión encabezada por Rodríguez, a quien la comunidad conocía muy bien. Su familia portaba uno de los apellidos tradicionales, asentada desde hacía varias décadas. Como ejemplo vale un dato: su abuelo, el inmigrante gallego Evaristo Rodríguez, fue el fundador de la panadería Antigua San Juan que continúa en actividad, con un siglo de existencia, ubicada desde siempre en la esquina de Contreras y España. Tino, además, tenía experiencia como docente en el sistema estatal, dado que era profesor de geografía. Este recorrido profesional, un manejo sagaz de los vínculos familiares y su reconocido carisma le permitieron reunir alrededor del proyecto Santa Lucía a docentes que —como él mismo— acreditaban una sólida trayectoria en la enseñanza pública. Algunos apellidos son muestra de ello: Carlos Bossi, Emma Gagliolo, Elda de González, Alicia Villar, María Elena Dreyer, entre otros. Pocos años más tarde, profesores de menos trayectoria, como los jóvenes Atilio Cascardo, Néstor Campoliete, Gualterio Da Pieve, fueron tomando a su cargo las horas cátedra que el crecimiento del alumnado requería, sobre todo a partir de su traslado a la sede definitiva de la calle Quintana. También destacadas personalidades de la ciudad se entusiasmaron y fueron sumando sus voluntades: profesionales como los doctores Libio Mandirola, Mariano Zurita y Juan Albarelos, entre otros.

El papel de la Diócesis de Avellaneda, que tenía responsabilidad pastoral en la localidad (no existía aún la Diócesis de Quilmes), resultó fundamental para el crecimiento del colegio. El apoyo de su obispo, Jerónimo Podestá, figura de gran prestigio y representante cabal de la línea del Concilio Vaticano II, le dio el aval y el espaldarazo definitivo para terminar de otorgar identidad al Instituto. La línea de acción institucional estaba muy clara: un ideario de inspiración cristiana y, por lo tanto, con el aura protectora de la Iglesia católica, un plantel docente prestigioso, con currículum probado y reconocido, una oferta pedagógica con aspiración de excelencia y el título de Bachiller Nacional para los egresados. Todo ello constituía un capital simbólico sólido, con capacidad para competir con los otros colegios ya establecidos por la

captación de la escasa matrícula secundaria existente. La preocupación porque el Instituto fuera reconocido en pie de igualdad con los demás establecimientos, en el sentido de la validez de la enseñanza impartida, se manifestó de modo explícito en la frase estampada con el sello oficial del Santa Lucía en toda la documentación emitida: "Instituto Privado Incorporado a la Enseñanza Oficial".

Esta acumulación de factores tuvo capacidad de atracción, paulatina y gradual, sobre cierta franja de la población. Muchos profesionales, empresarios y comerciantes que habitualmente anotaban a sus hijos en el Comercial, o que inclusive los enviaban a estudiar fuera de la localidad, comenzaron a matricularlos en el Santa, de modo lento al principio, pero a un ritmo sostenido que no dejó de crecer. A ellos se agregaron algunos hijos de trabajadores³ que, desde los barrios, valoraron la novedosa opción educativa que ofrecía el ISL. Estos últimos eran los menos, pero contribuyeron casi desde un principio a la población estudiantil del colegio, posibilitando esa especial mixtura de clases sociales, como explica Julio Larrousse, hijo de un obrero del gremio de Luz y Fuerza:

Termino la primaria en el 63, en la Escuela 15 de Villa del Plata, y de mi grado solamente cuatro, tres varones y una mujer, seguimos el secundario. Uno de los varones abandonó enseguida, solo dos nos recibimos de los cuatro, porque la chica después también dejó... Pero para el mes de marzo, los compañeros míos [de la escuela primaria] que no se habían anotado en el secundario ya estaban trabajando... tenían 12 o 13 años, y todos estaban trabajando... era así, o estudiabas o laburabas, ninguno quedaba en la calle, pero claro, había laburo, era un contexto muy diferente. [...] Mi viejo era defensor de la escuela pública, fue cofundador de la Escuela 15... pero yo me planto que quiero hacer el bachillerato, para eso me tenía que ir a Villa Domínico o a Quilmes. Varela solo me ofrecía las opciones del Comercial o el Santa, el Sagrado Corazón era solo para minas. Entonces mi viejo aplica un criterio muy práctico, le salía más caro mandarme a cualquiera de esos colegios [fuera de Varela] que pagarme la cuota del Santa Lucía.⁴

³ Eran muy pocos los estudiantes de esta extracción social que por entonces cursaban los estudios secundarios.

⁴ Entrevista de los autores a Julio Larrousse, realizada el 10 de enero de 2006.

Algunos recuerdos de Larrousse, ligados a Tino y sus antecedentes, antes de que asumiera la dirección del Santa, cobran relevancia a la luz de muchos episodios contados más adelante en esta investigación:

Rodríguez había estado a cargo de un instituto de menores, lo contaba como anécdota y como algo que le enseñó y que lo marcó mucho en su vida... creo que muchos de los métodos que él aplicaba [en el instituto correccional de menores] después los trasladó al colegio... Por ejemplo, recuerdo el caso de una compañera, que era gorda y petisa, la enganchó hablando en la fila, entonces la mandó delante de todo el colegio: "Tenés ganas de hablar, vení, andá a hablar con las casuarinas". Todos riéndose, con la gorda parada frente al árbol, y Tino diciéndole: "...Dale, hablale". Son cuestiones que con el tiempo uno las va rescatando como manifestaciones de autoritarismo, y también de discriminación, la mandaba [a "conversar" con los árboles, exponiéndola al ridículo] no porque hubiera estado hablando en la fila, sino porque era gorda y petisa.

Arranco la secundaria con Illia [durante su presidencia] y hago el grueso del secundario con Onganía, me recibo en el año del Cordobazo... Ustedes habrán escuchado sobre los famosos desfiles de Varela durante la época de Onganía, en los actos de las fechas patrias, donde ver desfilar al Santa Lucía era más o menos... yo cuando veo algún documental del nazismo, me veo desfilando. Los desfiles eran terribles, se trataba de una exaltación del nacionalismo durante el onganiano, por su idea corporativa, y el Santa Lucía se destacaba [entre los demás colegios], desfilábamos mejor que los granaderos, de eso no tengo ninguna duda, ninguna duda. No ir al desfile significaba tener doble falta. Se ensayaba durante días y días, se empezaba en la hora de Educación Física, al mando del profesor [Jorge] Siarretta y con la presencia de Tino, y luego directamente se suspendían las clases para los ensayos generales.

Claro que los pibes éramos distintos a los de hoy, los padres también y la autoridad del docente... La relación que había entre alumnos y profesores era distinta en aquella época, la educación era más autoritaria, en general. Por eso, por ahí no necesitaban, discursivamente, hacer grandes manifestaciones para imponer cierto orden, cierta línea de conducta. Por otra parte, se daban situaciones que hoy no se podrían hacer... En una ocasión, por una falta

disciplinaria, Tino retuvo después de hora a todos los alumnos... estamos hablando del año 1965, estábamos en segundo año, y no dejó ir a nadie... Por supuesto no había forma de avisar a los padres, no había celulares, creo que habría mil quinientos teléfonos en Varela, y no sé si menos. A las diez y veinte de la noche, cuando mi vieja entró en estado de desesperación, mi viejo, recalcante, me fue a buscar, con la intención de cagarlo a trompadas a Tino; este ni apareció para darle explicaciones, mi viejo me llevó cuando vio que yo estaba bien...

A posteriori, volvió a pasar algo parecido en cuarto año, por una situación de indisciplina: Tino ponía en acción toda su metodología de investigación, llamaba a la Dirección a cada uno por separado, buscando la delación, como no coincidían las respuestas o nadie decía nada, entonces destinaba a cada uno a diferentes lugares, a mí me encierra con llave en el baño de profesores. Cuando, un par de horas después, decide enviar a todos a sus casas, él se olvida de mí y me deja encerrado. Se acuerda en la casa, vuelve para sacarme, como una hora después, me pide disculpas y me lleva en su auto a mi casa.⁵

Todavía el acceso al secundario era restringido por cuestiones socio-económicas y culturales, lo que convertía a la graduación en un acontecimiento de relieve social: "Cuando nosotros nos recibimos [en 1976] el Club de Leones nos organizaba una fiesta en el Club Varela Juniors, a todos los egresados del partido. Entre los egresados de todos los colegios no llegábamos a cien".⁶

El devenir institucional y la evolución del contexto socio-histórico dieron origen a una bifurcación ideológica y al distanciamiento de algunas personas que estuvieron al lado de Rodríguez en el momento de la apertura del ISL.

Una vez que el colegio fue una sólida realidad y su crecimiento señalaba un presente y un futuro aun más promisorio, Rodríguez fue concentrando en su figura el poder de decisión de modo casi exclusivo y excluyente, pero nunca dejó de buscar amanuenses que aceptaran a libro cerrado sus directivas. Cuando alguien difería con su criterio y se lo hacía saber, era inevitable que se planteara un enfrentamiento, ya que Tino no toleraba estas situaciones. Su personalismo no era com-

⁵ *Ibid.*

⁶ *Ibid.*

patible con la búsqueda de consensos. A lo largo de esta investigación son numerosas las ocasiones en las que afloran, una y otra vez, muestras de su estilo arbitrario.

Corría ya el año 1970, era un momento de fuerte consolidación institucional del Santa. A la luz de los acontecimientos que, de allí en más, se desencadenaron en el país y en el Instituto, puede verse cómo algunos hechos previos de la política nacional jugaron providencialmente a favor de los planes de Rodríguez. Parece una paradoja irónica que el eclipse de Podestá (en el sentido del esquema del poder eclesiástico), protector del proyecto Santa Lucía, aconteciera en el momento del fortalecimiento definitivo de este:

Un hecho político fue determinante en el futuro de Jerónimo Podestá. En 1967, en el Luna Park, lideró un acto para hablar sobre la encíclica *Populorum Progressio*, al que asistieron políticos y sindicalistas que estaban prohibidos por el gobierno militar. Onganía lo definió como el principal enemigo de su gobierno —lo llamaba “el obispo rojo”—⁷ y pidió a los jerarcas eclesiásticos que lo callaran. Los siempre solícitos amigos del poder de turno, monseñor Plaza, Tórtolo y, sobre todo, el nuncio Humberto Mozzoni, lo presionaron para que renunciara: “Aunque parezca mentira, el nuncio me engañó y fui muy ingenuo. Le firmé una renuncia sin protocolo en 1969, con la condición de que me gestionaran una reunión con el Papa y solo después de tomar una decisión definitiva. No cumplió y envió la renuncia directamente al Vaticano. Me hicieron la ‘cama’, como se dice vulgarmente”.⁸

El doctor Rubén Porto —en la actualidad reconocido pediatra y neonatólogo de la localidad— trabajó como preceptor en el Instituto, adonde ingresó durante ese agitado año 1970. Su testimonio ayuda a resaltar el dato clave de la cita precedente de Wornat y muestra cómo se empezaban a tensar las posiciones que con el tiempo marcarían el clima interno del colegio:

⁷ Años después el mismo calificativo macartista le fue aplicado al obispo Jorge Novak por su lucha a favor de los derechos humanos. En el ámbito del Santa adicto a Tino, no se privaron de atacar de ese modo al Obispo de Quilmes.

⁸ Wornat, Olga, *Nuestra Santa Madre: historia pública y privada de la Iglesia Católica Argentina*, Buenos Aires, Ediciones B, 2002.

Se había ido Podestá del Obispado. El obispo a cargo pasó a ser Antonio Quarraccino⁹... entonces la impronta conservadora [al Santa] se la daba la curia, por supuesto que esa línea ideológica tenía un acompañamiento técnico desde la dirección del colegio... Recuerdo haber tenido una discusión brutal con Merola, un representante legal, no el del colegio, Francisco de León Motta, sino uno que venía a dar clases creo que de teología... yo daba la discusión sobre José León Suárez [se refiere a los fusilamientos de militantes peronistas] y la muerte de los compañeros caídos en la resistencia, y del general Valle... en esa discusión vos tenías que decirles que el crimen político era valorado por ellos según la bandería... te hablaban de muertes justas... ese pensamiento tenía una directriz, en base a eso hubo un genocidio.¹⁰

El ejemplo emblemático de los desacuerdos con la gestión de Rodríguez, luego de las ilusiones fundacionales, lo constituye el alejamiento de uno de los más activos impulsores del crecimiento del Santa Lucía en la etapa en que el colegio se trasladó a su sede definitiva de la calle Quintana: el doctor Mariano Zurita, padre de Gustavo, Sergio, Alejo y Claudio. Coherente con el compromiso con que encaraba todo aquello en lo que se involucraba, Mariano Zurita fue también profesor del Santa y el primer presidente de la Asociación de Padres. Hasta que diferencias inconciliables con el rector provocaron su paso al costado. Quienes presenciaron aquellas desavenencias todavía recuerdan las discusiones subidas de tono, en la sala de profesores, entre Zurita y Rodríguez. Un profesor que por entonces era muy joven y hacía sus primeras experiencias en la docencia lo confirma: “Cuando se cruzaban a discutir, como los dos eran temperamentales... bueno, eran terribles esas discusiones, el resto escuchábamos en silencio”. Discutían generalmente por cuestiones coyunturales de la vida de la institución, pero con un trasfondo ideológico profundo, también relacionado con criterios pedagógicos acerca de la concepción de la enseñanza impartida. A

⁹ Años después, cuando la dictadura se acercaba a su fin, fue monseñor Antonio Quarraccino, presidente del CELAM, quien propuso una “ley de olvido”, destinada a eximir de culpa y garantizar la impunidad de los responsables del genocidio.

¹⁰ Entrevista de los autores al doctor Rubén Porto, realizada el 2 de marzo de 2006.

medida que se acentuaban sus diferencias, el encono personal de Tino hacia el doctor iba en aumento.

Es profunda y significativa la huella dejada por el doctor Zurita, el pediatra que llegó a Varela con sus ideas de medicina social, allá por el año 1952. Quienes lo conocieron como amigo, médico, colega o simplemente vecino lo recuerdan como un ejemplo de humanismo, corazón solidario, generosidad, excelente profesional de convicciones sin tacha. Su figura, su vida y su obra resultan insoslayables a la hora de contar esta historia.¹¹

¹¹ Véase en la Memoria gráfica la carta de despedida al doctor Zurita, escrita por el doctor Libio Mandirola.

III. Los nikkei

La integración de las nuevas generaciones y su relación con el Santa

Julio Eduardo Gushiken y Carlos Horacio Gushiken integran la lista de catorce nikkei¹ de Argentina secuestrados y desaparecidos durante la dictadura. No eran hermanos, sino primos en segundo grado. Fueron amigos y compañeros de promociones consecutivas del Santa, pero acaso la condición más fuerte que los unía era el ser jóvenes descendientes de la comunidad japonesa que se integraron plenamente a los sueños que su generación alentaba.

Las familias de Julio y Horacio son parte de la larga y rica historia de los japoneses que desde principios del siglo pasado se sintieron atraídos por las tierras del sur:

La inmigración japonesa en la Argentina estuvo conformada, en sus inicios, por quienes emigraron de Brasil y de Perú directamente o a través de otros países como Bolivia y Chile. [...] El vapor Kasato Maru marcó el inicio de la inmigración japonesa en Brasil, el 28 de abril de 1908 zarparon 780 japoneses del puerto de Kobe [...].²

Los pasajeros del Kasato Maru se asentaron originalmente en cafetales del interior de Brasil, posteriormente 160 inmigrantes se trasladaron a Argentina: "Así, el primer contingente de la inmigración japonesa a Brasil resultó ser, a su vez, el inicio del proceso inmigratorio

¹ Descendientes de japoneses.

² Comité de Investigación y Redacción de la Historia del Inmigrante Japonés en la Argentina, *Historia del inmigrante japonés en la Argentina, Tomo I - Período de Pleguerra*, versión en español, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Federación de Asociaciones Nikkei en la Argentina, 2004, p. 41.

hacia la Argentina”.³ Algunos integrantes de ese grupo llegaron hasta Florencio Varela.

Desde las primeras promociones, la pujante colectividad nipona empezó a inscribir a sus hijos en el Instituto, lo cual le dio con el tiempo casi un sentido de pertenencia al Santa. De este modo, los nikkei accedían a un ámbito de integración con muchachos de su edad. Los jóvenes de las nuevas generaciones ya nacidos en el país, luego de los esforzados inicios de sus abuelos y padres, comenzaban a asimilar experiencias que los involucraban de modo pleno en la vida del colegio. Un espacio propicio para ello era brindado por las actividades deportivas, promovidas institucionalmente desde siempre. Alumnos de diferentes épocas del Santa recuerdan con cariño a algún compañero “japonés”, destacándose entre los afectos forjados en la camaradería adolescente. Los testimonios coinciden en mencionar aspectos como el compañerismo, el carácter a veces reservado o discreto, pero generoso y leal, la aplicación para el estudio de estos jóvenes. También estaban los de personalidad más abierta, simpáticos y entradores que hacían amigos con facilidad. Una especie de regla de oro hace decir con gratitud a un veterano egresado: “Si tenías un amigo japonés, sabías que no te iba a fallar nunca, el principio de lealtad es algo que traen en la sangre”.

Respecto de la cantidad de inmigrantes japoneses originalmente asentados en Varela desde las primeras décadas del siglo xx, un cálculo basado en testimonios de algunos descendientes aproxima una cifra cercana a doscientos.⁴ Si se suman los hijos nacidos en la localidad desde el arribo de aquellos pioneros y una corriente llegada después de la Segunda Guerra Mundial, hacia fines de los sesenta la comunidad alcanzaba una cifra de alrededor de seiscientos integrantes. Las dos principales actividades económicas de las familias se relacionaban con el sacrificio y el arte de trabajar la tierra: al prin-

³ *Ibid.*, p. 43.

⁴ La población de origen japonés de la región tuvo siempre una dinámica muy fluctuante. Muchos pasaban de modo temporario por Florencio Varela, desarrollaban sus primeras actividades como trabajadores contratados en las quintas y luego terminaban estableciéndose en otras localidades, generalmente del sur del Gran Buenos Aires, llegando hasta La Plata; eventualmente regresaban a Japón. En las décadas de la primera mitad del siglo xx hubo momentos en que la demanda de mano de obra para la horticultura ocupó a varios centenares de inmigrantes nipones. Una ponderación mesurada estima que alrededor de mil japoneses nativos podrían haber pasado por la localidad antes de radicarse en otros lugares.

cipio fueron horticultores y luego se diversificaron hacia la floricultura. La zona sur del Gran Buenos Aires fue una de las regiones de desarrollo de estas actividades:

El año 1910 marcó el comienzo del desarrollo de la horticultura por japoneses en tierras argentinas. [...] Uno de los pioneros en fomentar la horticultura entre los japoneses [...] fue Kurajiro Ishikawa. [...] En 1921 adquirió una propiedad agrícola de cinco hectáreas en Burzaco. La decisión fue un avance, pues, hasta ese momento, todos optaban por arrendar tierras, hacer una fortuna, y regresar a Japón. [...] Como Ishikawa, otros japoneses también se dedicaron a la horticultura, en épocas iniciales de la inmigración. En Florencio Varela se establecieron en 1913, Seizo Hoshi, Kihachi Sugano, Genpachi Matsumoto, inmigrantes del Kasato Maru, quienes conformaron una sociedad, y luego Tokue Sakuma, a partir de 1915. También Seiko Nakandakare que llegó a la Argentina vía Perú, y Chusuke Nakaganeku, que desempeñó un papel importante en la Cooperativa de Horticultores Okinawenses de Gutiérrez, tuvieron una quinta en la zona a partir de 1918. [...] En 1919, los hermanos Koro y Koho Nakandakare, junto a Genjiro Higa y Saburo Yamanuha, se iniciaron en forma conjunta en la estación Zevallos, partido de Florencio Varela. Koro, Higa y Yamanuha habían venido desde Perú. Koro Nakandakare emigró de Okinawa al país sudamericano en 1908.⁵

El crecimiento de la colectividad se fue dando de la mano de la voluntad para el trabajo de los inmigrantes. Muchos de ellos habían atravesado enormes extensiones del continente antes de llegar a la región. Resultó fundamental su persistencia para sobreponerse a imponderables de todo tipo, como el desconocimiento del idioma y de las costumbres y hábitos para el comercio de sus productos. Esta última dificultad fue superada mediante la conformación de asociaciones que les permitieron apoyarse en acciones basadas en la mutualidad y la cooperación.

[...] el 6 de enero de 1924, en la quinta de Koro Nakandakare, en Florencio Varela, se formó la Comisión de Fundación de la Cooperativa. La primera Asamblea Ordinaria se celebró el 25 de mayo de

⁵ Comité de Investigación y Redacción de la Historia del Inmigrante Japonés en la Argentina, *op. cit.*, pp. 167-168.

1925, fecha en la que 27 horticultores se reunieron en la quinta de zensei Matayoshi, de Lomas de Zamora. Así nació la Cooperativa de Horticultores Japoneses en la Argentina. [...] En 1930, se creó la Cooperativa de Horticultores Okinawenses de Gutiérrez, ya que en la zona de Florencio Varela existían muchos horticultores originarios de Nago, Okinawa. [...] Esta entidad desarrolló valiosas actividades en pro de sus asociados, como brindar préstamos a bajo interés, abastecimiento colectivo de insumos y ayuda a los que sufrían desgracias. Las asambleas que se celebraban, rotativamente cada trimestre, en la quinta de los asociados, eran un espacio de camaradería y una ocasión para saborear exquisitos platos: se acostumbraba llamarla “Reunión de Quinteros”. Esta cooperativa no solo promovía las actividades productivas sino el afianzamiento de la amistad a través de la cultura y el deporte. En la posguerra cambió su nombre por el de Cooperativa de Horticultores Okinawenses de Florencio Varela. Se disolvió en 1977, y sus bienes pasaron a la Asociación Japonesa de Florencio Varela.⁶

Asentados mayoritariamente en la zona rural de Villa San Luis y el Paraje La Capilla, el aporte económico a la comunidad realizado por la población de origen nipón resultó de gran importancia.⁷ Como productores expertos y dedicados, capaces de cosechar diferentes especies florales, proveían a los grandes mercados mayoristas, y demostraron su arte para el paisajismo y los arreglos de jardín en sucesivas Fiestas de la Flor, organizadas en el Santa, que llegaron a competir en nombradía con las de Escobar, tomando para esas festividades el lema “Florencio Varela: Capital Internacional de la Flor”.

Un hijo de esa comunidad, Horacio Arasaki, conocido farmacéutico local, es el primer egresado del Instituto Santa Lucía. Carlos Horacio Gushiken, uno de los pibes, es su sobrino.

Seisho Gushiken llegó a Argentina en 1939; vivió primero en la localidad de José C. Paz, antes de trasladarse a principios de los años cincuenta a Florencio Varela. Una vez establecido en la zona, se dedicó a la horticultura en el paraje conocido como Villa San Luis. Casado con

⁶ *Ibid.*, pp. 170 y 171.

⁷ La contribución de los nikkei a la matrícula del Instituto Santa Lucía desde sus inicios no es un dato menor, porque refleja su plena adaptación a una comunidad heterogénea de estudiantes.

Victoria Kishimoto, tuvieron seis hijos: Mirta Cristina, Emilia Ester, Roberto Ángel, Julio Eduardo, Hugo Rubén y Graciela Beatriz.

Julio Eduardo, el cuarto de los hermanos, nació el 9 de julio de 1956. Se recibió de bachiller en 1973, formó parte de la novena promoción del Santa, en la que tenía como compañero al Toto, Teodocio Acuña, de quien se hizo amigo. Como otros hijos de quinteros, Julio ayudaba en las tareas que sostenían la economía familiar. Su hermano Hugo recuerda que desde chico manifestó sensibilidad y vocación por los problemas sociales, sobre todo cuando veía en la zona de las quintas la pobreza de otros niños. Todos los hermanos Gushiken hicieron la primaria en la Escuela N° 5, establecimiento rural ubicado en Villa San Luis.

Con la llegada de la adolescencia y el ingreso al colegio secundario, se ampliaron sus intereses y el círculo de amigos. Hugo estima: “Es probable que haya comenzado su militancia en la época del colegio, pero más cuando se va a La Plata y se contacta con el ambiente universitario, se va a estudiar periodismo, carrera que no era común como ahora, porque él siempre leía la revista *Crisis*”.⁸ Ese material se identificaba con sus inquietudes sociales. Julio encontraba en esas lecturas análisis y debate cultural y político dentro del espectro de la intelectualidad de la izquierda latinoamericana.

Durante los cinco años transcurridos en el Santa, Julio cultivó un perfil bajo, lo que no le impidió integrarse al afecto de sus pares. Silvia Aradas, una de sus compañeras, lo recuerda como un muchacho muy reflexivo aunque no introvertido; reconcentrado, pero comunicativo si alguien quería entablar una conversación con él. Solía ir a la escuela luego de trabajar en las quintas, algunas veces con el Toto Acuña. Liliana Aradas, hermana de Silvia, resalta el espíritu de sacrificio de ambos, el trabajo rudo no era excusa para relegar el estudio: “Con mi hermana los ayudábamos, con una pinza de depilar, a sacarse las espinas de las manos, cuando venían al colegio después de cosechar o sembrar en las quintas”.⁹

En el momento de egresar, el joven nikkei seguía con su sensibilidad social a flor de piel, aquella que mostraba desde chico y le hacía preguntar “¿por qué hay tanta miseria en el mundo?”. Pronto advirtió que compartía con miles de jóvenes otra pregunta movilizadora: ¿cómo

⁸ Entrevista de los autores a Hugo Gushiken.

⁹ Entrevista de los autores a Liliana Aradas y Silvia Aradas.

terminar con esa miseria? Su preocupación por capacitarse para intentar construir una respuesta buscó un cauce en el ingreso a la carrera de Periodismo en la Universidad Nacional de La Plata. Luego, el mismo afán y compromiso lo llevaron a trabajar en fábricas, donde los obreros respondían aquellas preguntas con organización y lucha.

El matrimonio formado por Seikichi Gushiken y María Arasaki tuvo cuatro hijos: Héctor Luis, el mayor; la segunda, Nora Cristina; luego nació Carlos Horacio el 25 de agosto de 1956, y por último Amelia Inés, quien actualmente reside en Japón. Carlos Horacio fue un destacado integrante de la décima promoción del Santa. Sus hermanos, amigos y compañeros lo recuerdan por su segundo nombre. Su hermana Nora tiene muy presente el idealismo e inconformismo que lo llevaban a cuestionar aspectos de la desigualdad social que veía cotidianamente y que lo rebelaban. Un análisis que siempre hacía Horacio, y que planteaba a quien quisiera oírlo, era el de la paga insuficiente a los trabajadores de las quintas: “Si vos sabés que con lo que les pagan no les alcanza, que no van a poder comprar todo lo que su familia necesita”.¹⁰

Su otra hermana, Amelia, hizo público este sueño recurrente:

Durante mucho tiempo me aparecía en sueños una imagen muy fuerte de mi hermano y mía andando en bicicleta y que de pronto nos separábamos tomando caminos diferentes. Esa imagen de Horacio, con su mano extendida diciéndome adiós, la tuve siempre presente cuando tuve que tomar decisiones importantes de mi vida. [...] Cuando Luis, mi hermano mayor, me comentó que el Equipo de Antropología Forense había detectado en el cementerio de Mar del Plata los restos de un NN que podían ser de mi hermano, sentí que empezaba a recomponer parte de mi vida, la que me faltaba.¹¹

Amelia es licenciada en Psicología, egresada de la Universidad Nacional de la Plata, su formación le facilita el análisis a través del prisma de los años transcurridos:

¹⁰ Palabras de Horacio recordadas por Nora Gushiken en entrevista con los autores.

¹¹ *La Plata Hochi: Noticiero del Plata*, edición en castellano, jueves 30 de diciembre de 2004.

Con mi hermano nos llevábamos apenas dos años de diferencia por eso teníamos prácticamente el mismo círculo de amigos. [...] Él se animaba a desafiar a los profesores y no les tenía miedo a los punteros de acrílico: “Esto es Argentina, no Japón...”, decía mi hermano enfurecido cuando lo retaban. Es que mi papá no era de explicarnos las cosas, lo suyo lo sentíamos como imposiciones, mandatos y eso no hacía más que acentuar nuestro rechazo hacia lo japonés. A los 15 años Horacio ya se había apartado de las actividades de la colectividad y yo recién cuando me fui a Japón, y sobre todo cuando estuve con mis familiares en Ginoza y Naha, pude incorporar esa parte de mi papá que tanto me distanciaba de él siendo chica. Esa dualidad que aprendí a sobrellevar de manera positiva y no excluyente.¹²

El periódico citado agrega:

Carlos Horacio y Amelia Inés eran los hermanos menores y al mismo tiempo los que más trabajo les daban a sus padres, según confiesa Luis, el mayor de los hermanos. Cuando discutían, si no salían con las suyas, no se quedaban. Pero Carlos Horacio era muy dúctil con la electrónica, todo lo que se descomponía en la casa lo terminaba arreglando. Le gustaba pasar música en los asaltos que organizaba con su grupo de amigos y los libros eran su mejor compañía. La última vez que lo vieron fue en un bar de la Capital Federal, entonces era operario de la empresa Rigolleau y ya no vivía con la familia. “Dos o tres años antes de su desaparición se había ido a vivir a Quilmes y en nuestro último encuentro nos había confesado que sentía miedo, que no podía volver a casa porque lo estaban persiguiendo. Nos quedamos preocupados y le sugerimos que se fuera a Brasil, donde vivían unos primos nuestros, pero no quiso saber nada”, recordaba su hermano Luis.¹³

¹² *Ibid.*

¹³ *Ibid.* Respecto de la habilidad para la electrónica, comentada por Luis, podemos mencionar la destreza con que Horacio manejaba una cámara del tipo super 8, con la cual tomó imágenes que constituyen el único registro fílmico de sus compañeros en el ámbito del Santa. Ese material fue utilizado como parte del cortometraje *Los que no están*, realizado por Julio Kaler y Néstor Denza, que se proyectó en la presentación del libro homónimo.

IV. La tragedia de la familia Zurita

La opción por los pobres de un profesional del centro

Como todo cuadro sobre el que se pone la mirada, detenerse en detalles aparentemente menores cobra otro sentido porque desde ellos nace una cualidad de textura peculiar. De modo que el cuadro comunica de una manera distinta, iluminando un aspecto hasta entonces oculto de la realidad que representa.

El doctor Mariano José Zurita y su esposa Lea Blanca Brocchi tuvieron cuatro hijos: Gustavo, Sergio, Alejo y Claudio. La familia fue destruida para siempre cuando Sergio, Alejo y Claudio (en ese orden, coincidiendo con la edad decreciente) fueron secuestrados y desaparecidos por los grupos de tareas de la dictadura. Las denuncias judiciales y pedidos de *habeas corpus* los hizo Lea Blanca Brocchi, una mujer incansable que no claudicó ni en sus últimos días en la búsqueda de justicia y verdad acerca de la suerte corrida por sus tres hijos menores. Los hermanos Zurita cursaron los estudios primarios en la Escuela N° 11, luego todos continuaron la secundaria en el Instituto Santa Lucía. El mayor de ellos, Gustavo —médico especializado en neumonología y único sobreviviente del núcleo familiar—, integra la segunda promoción (1966), Sergio se recibió en 1969, Alejo en 1971 (séptima promoción), y Claudio en 1972.

En el nuevo museo histórico de Florencio Varela, instalado en el viejo edificio municipal, se puede observar desde comienzos de 2006 una muestra sobre los médicos varelenses. Quien recorra dicho espacio esperando encontrar un recuerdo, una mención que atesore la memoria del doctor Mariano Zurita, se equivoca. Su obra no figura en los archivos de la historia oficial. Las siguientes líneas buscan una explicación y los motivos de dicha omisión.

Mariano José Zurita nació en la ciudad de La Plata, estudió en el Colegio Nacional de la capital bonaerense. Era descendiente –por rama materna– del cacique Rondeau, de la tribu de los borogas, de origen araucano.¹ En 1952 se graduó como doctor en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional de La Plata, aprobando con honores su tesis “Enfermedad reumática en la infancia”. Poco tiempo después recaló en Florencio Varela.

El doctor Zurita era el pediatra que, en su consultorio de la calle Bocuzzi 135 (luego trasladado a Bocuzzi 33), atendía sin hacer distinciones entre familias acomodadas o trabajadoras. No le importaba si sus pacientes tenían o no obra social, o dinero para abonar la consulta. Recibía pacientes en jornadas sin horario de cierre, trabajaba días feriados si era necesario, y supo caminar los barrios alejados del asfalto para atender consultas de urgencia. Puede decirse que el doctor Zurita practicaba la medicina haciendo honor a sus convicciones socialistas. Gustavo Zurita se refiere a este aspecto de la personalidad de su padre:

Su único antecedente político y de militancia era en el Partido Socialista de Palacios, era joven, antes de que se dividiera... Después de la Revolución Cubana, el Partido Socialista se divide en el sector de Palacios, que reivindicaba la Revolución Cubana, y por el otro lado [Américo] Ghioldi, que forma el Partido Socialista Democrático... él estaba en el sector de Palacios... militaba mientras era estudiante, después ya dejó todo... En Varela no tuvo ninguna militancia política. Una vez me planteó que un amigo muy poderoso [de Varela] quería formar un partido vecinalista. Yo estaba militando ya, y él me preguntó a mí: “Mirá, ¿qué te parece?”... y yo le dije: “No, porque vas a quedar entrampado en los intereses de otras personas”... y bueno, me hizo caso.²

La mencionada inclinación hacia una práctica social de medicina para los pobres no era del todo bien vista por la “aristocracia” de las veinte manzanas del centro. Julio Larrousse lo sintetiza así:

¹ Primitivamente afincados en la zona de Salinas Grandes, después del ataque sufrido por parte de Calfucurá, los que sobrevivieron se trasladaron hacia la zona de 25 de Mayo, en la provincia de Buenos Aires.

² Entrevista de los autores a Gustavo Zurita, realizada el 17 de febrero de 2006.

¿Cómo jugó el contexto de Varela? Siendo una sociedad muy conservadora, donde ha habido fuertes lazos de su clase dirigente, de los profesionales de las familias más acomodadas, conservadoras, bien de derecha, alcahuetes de la Iglesia... entonces ves que... es horrendo, a partir de que Mariano [Zurita] toda su vida se declaró socialista, era señalado como *zurdo*... [Para ese sector conservador, un mote despectivo]. Zurita trabajaba para los más humildes, no era el pediatra de la clase alta... si te tenía que atender gratis te atendía, se metía en el barro... Yo, que los conocí a los dos, puedo decir que era como Sallarés,* a quien vi de pibe caminando por el barro de Villa del Plata, Zurita era igual.³

Hoy cabe preguntarse sobre los motivos que pudieron tener aquellos que fueron cómplices o causantes de la tragedia de la familia Zurita. ¿Celos por la admiración y el cariño que despertaba Mariano en quienes lo trataban? ¿Desprecio porque no pertenecía a la élite “nacida y criada” en Varela? ¿Acaso racismo por su ascendencia aborigen? ¿Envidia de los mediocres ante su excelencia profesional? ¿Intolerancia por su reconocida adhesión al socialismo?

Resulta inquietante seguir preguntándose, ya que esta cara oscura de la historia del pueblo ha sido tabú durante mucho tiempo. ¿Dónde estarían ubicadas las usinas de rumores que imputaban al doctor Zurita y a sus hijos supuestas pertenencias a grupos guerrilleros?⁴ ¿Quiénes les armaron a los servicios de inteligencia semejante fábula? No podían andar muy lejos de los alrededores de las veinte manzanas del centro. Es ilustrativo sobre los odios de pueblo chico pensar en el doctor Mariano Zurita atendiendo en su consultorio a cualquier hora, regalando remedios, comprando libros de cuentos y juguetes para llevarles a sus pacientes internados, inclusive viajando hasta el Hospital de Niños de La Plata para darles su apoyo a las familias de los pequeños enfermos, mientras otros a sus espaldas conspiraban y lo difamaban. Los que echaban a correr ese tipo de rumores no ignoraban que era —con las bandas paramilitares secuestrando y ejecutando gente en todo el territorio nacional— como señalar la puerta de los apestados durante la Edad Media, era condenarlos a la peor suerte.

Una manera de entender el clima intelectual y afectivo en el que cre-

* Los doctores Sallarés y Zurita eran de generaciones distintas, pero tuvieron una relación de amistad y camaradería.

³ Entrevista de los autores a Julio Larrouse, realizada el 10 de enero de 2006.

⁴ Sugerimos la lectura relacionada del capítulo xvi: Las organizaciones.

cieron los hermanos Zurita es el rescate que hace Gustavo de la relación entre el obispo de Avellaneda, Jerónimo Podestá y su padre: “Monseñor Podestá era muy amigo de mi papá... iba muy seguido a mi casa... Podestá tenía mucho contacto con la Resistencia Peronista de Avellaneda”.⁵ Invitado a la mesa familiar, Podestá charlaba, debatía e intercambiaba anécdotas con el doctor, mientras Gustavo, Sergio, Alejo y Claudio escuchaban de cerca, acaso intuyendo que esos hombres, uno de ellos su padre, estaban destinados a dejar huella en quienes los conocieran. Gustavo recuerda que en el año 1961 se había proclamado el Concilio Vaticano II, y entonces tenía ahí, en su casa, a uno de sus más lúcidos propagadores.

La Iglesia plantea la opción por los pobres, y de ahí en adelante surgen algunas de las puntas que van a dar pie al Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, y uno de los primeros gestores de todo esto fue monseñor Podestá... Después, en el año 1966, se elabora la encíclica *Populorum Progressio*; de esa época es la revista *Cristianismo y Revolución*, y de ahí nos nutríamos todos nosotros, porque ahí se mezclaban muchas corrientes, se comienzan a integrar grupos que provienen de la Acción Católica, y ahí es el origen un poco también de la organización Montoneros, los de la conducción eran católicos... inclusive había un sacerdote en el grupo original... Entonces en esa encíclica se habla de la opción por los pobres, de la crítica al capitalismo y, si es necesario, de la opción por la violencia... Por eso lo destaco, porque genera un contexto donde abre marco no solo a las ideologías, sino a las posturas sociales.⁶

Respecto de estas referencias dadas por Gustavo Zurita, la publicación *Los 70* destaca:

De la encíclica *Populorum Progressio*: Es cierto que hay situaciones cuya injusticia clama al cielo. Cuando hay poblaciones enteras, faltas de lo necesario, viven en una tal dependencia que les impide toda iniciativa y responsabilidad, lo mismo que toda posibilidad de promoción cultural y de participación en la vida social y política, es grande la tentación de rechazar con la violencia tan graves injurias contra la dignidad humana.⁷

⁵ Entrevista a Gustavo Zurita ya citada.

⁶ *Ibid.*

⁷ Recuadro incluido en el dossier “La Iglesia de los oprimidos”, dedicado al Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, en revista *Política, Cultura y Sociedad en*

En la misma publicación:

En agosto de 1967 dieciocho obispos de América Latina, África y Asia encabezados por Hélder Cámara, obispo de Recife, dan a conocer un documento en el que reivindican al socialismo como más cercano al Evangelio que el capitalismo. Suscriben los conceptos del Patriarca Máximo IV en el Concilio Vaticano II, cuando decía: “el verdadero socialismo es el cristianismo integralmente vivido, en el justo reparto de los bienes y la igualdad fundamental de todos”. En la Iglesia argentina se restablece una dualidad que perdurará hasta nuestros días: de un lado los curas y hasta algún obispo comprometidos con el reclamo y el sufrimiento de los pobres, de otro buena parte de la jerarquía bendiciendo gobiernos de facto, armas que se usan contra el pueblo y hasta campos de exterminio.⁸

Larrouse, compañero de Sergio, egresado de la quinta promoción de bachilleres en 1969, recuerda su relación con la familia Zurita:

El doctor Mariano Zurita fue mi profesor en el Santa, además fue presidente de la Comisión de Padres. Conocí a Sergio cuando paso a tercer año; años después militamos juntos. Aunque con quien alcancé más afinidad fue con Alejo. Cuando nos vamos a estudiar a La Plata alquilamos una casa juntos, yo estudiaba Agronomía y Alejo, Medicina. Sergio empezó estudiando Medicina, pero después deja.⁹

Un poco antes, alrededor de 1968, Sergio Zurita y Julio Larrouse comenzaban también a forjar esa especial relación de amistad que se da en la militancia por convicciones compartidas. Los años inmediatamente posteriores al egreso del Santa Lucía los encuentran en La Plata, una etapa intensa en aprendizaje y actividades: “En Agronomía, en La Plata, en el año 70, que fue la primera facultad tomada, hicimos caer el ingreso limitado, se impuso el ingreso irrestricto, es el primer centro de estudiantes que se recupera en los años 70”.¹⁰

los 70, dirigida por Daniel Vilá y Dardo Castro, edición N° 6, año 1, sin mención de fecha de publicación, p. 11.

⁸ Mario Burgos, “El reino de este mundo”, en *ibid.*, p. 12.

⁹ Entrevista a Julio Larrouse ya citada.

¹⁰ *Ibid.*

De esa época data un antecedente relevante: el 29 de abril de 1971 Sergio Zurita es detenido junto a otros estudiantes en el centro de La Plata, en medio de unas corridas con la policía, después de una manifestación conjunta de universitarios y obreros de Petroquímica en huelga. Sergio queda demorado en la Comisaría 1ª y lo fichan. Ese episodio aparece consignado en la carpeta que la DIPBA había armado sobre toda la familia. Cuando siete años más tarde es secuestrado en Berisso, el primer lugar al que lo llevan es una dependencia policial de la calle 12 de La Plata.

Larrouse analiza el grupo del Santa de la quinta promoción, que integró:

En aquel momento ya marcábamos lo que terminamos siendo después... Las trayectorias posteriores se veían en actitudes concretas de la vida del colegio, en actitudes personales... En nuestra división no había liderazgos marcados, pero había grupos con actitudes diferentes. Sergio [Zurita] se destacaba en las acciones que generábamos colectivamente, por ejemplo siempre estaba prendido en la organización de actividades. Nosotros juntábamos la guita para pagar el viaje de fin de curso, ni se nos ocurría pedirles a nuestros viejos. Y ahí vos veías... el que se prende y el que no... por ahí estábamos con Sergio: si había que armar las mesas, si había que pintar, si había que baldear, andábamos juntos en esa... después estaba el que recién aparecía a las doce de la noche, a hacer pinta.

Sergio era alguien que siempre estaba leyendo, un tipo preocupado por los otros, si a alguien le pasaba algo, él lo iba a visitar, pero creo que eso le venía de familia... La casa de los Zurita era una especie de segunda casa de muchos compañeros y amigos de los hermanos, calculen, entre cinco o seis amigos de cada uno [de los hermanos Zurita] que íbamos siempre... Era una casa abierta.¹¹

Bohemio y anárquico, de gran capacidad intelectual, a Alejo su carácter lo alejaba de la organicidad partidaria:

Dio prácticamente la secundaria libre, dos o tres años por lo menos. Se recibió con la promoción que empezó, pero daba las materias libres. Por ejemplo, empezaba en marzo, y en abril le decía

¹¹ *Ibid.*

al doctor Zurita: "Viejo, me voy..." y agarraba la mochila y se iba, qué sé yo, ponele a Bolivia de mochilero, después volvía dos meses antes de que terminaran las clases y daba las trece materias libres. Alejo no tenía militancia con nosotros, era un allegado, pero no militaba.¹²

Gustavo Zurita, ratifica este aspecto de la militancia y la personalidad de su hermano: "Alejo en un primer momento estuvo con nosotros en la Juventud Peronista, después... medio como que hizo una apertura. Alejo era muy dulce, escribía, le gustaban mucho las artes".¹³

Pero estas distinciones eran demasiado sutiles para los organismos de seguridad al servicio de la represión. Alejo también figura fichado desde esa temprana época, mucho antes ser secuestrado: el juez Leopoldo Schiffrin dio a conocer la información en el marco del Juicio por la Verdad. En su carácter de Presidente de la Cámara Federal de La Plata, tuvo oportunidad de leer y comentar los datos que constan en el legajo 15.838, foja 61, de la DIPBA:

[...] los sucesos del día 28 de junio de 1972 [...] se menciona a Alejo Zurita como uno de los estudiantes detenidos en esos sucesos, se adjunta copia de los folios que mencionan a Alejo Zurita, [...] amplias medidas de seguridad por una manifestación en Plaza de Mayo... Alejo Zurita, 18 años de edad [...] se le labran actuaciones por infracciones al artículo 57, Decreto Ley tanto, esto es el antiguo código de faltas, parece, de la Capital Federal y bueno, así sigue... es decir lo que hay es todo un seguimiento de años y años, que explica por qué lo tuvieron tan en foco después, claro [...].¹⁴

Respecto a la búsqueda del doctor Zurita de sus hijos, un dato conmovedor contado por Gustavo revela la crueldad infligida por el terrorismo de Estado a las víctimas y a sus familiares:

¹² *Ibid.*

¹³ Entrevista de los autores a Gustavo Zurita ya citada.

¹⁴ Lectura hecha por el Dr. Leopoldo Schiffrin en el marco de la declaración testimonial de Gustavo Zurita, ante la Cámara Federal de Apelaciones de La Plata, Juicio por la Verdad, desgrabación de la sesión del 29 de octubre de 2003, Causa N° 832/SU.

En los últimos tiempos, cuando mi viejo creía todavía que los iban a soltar, como creía mucha gente, me pidió que cuando... que cuando saliera lo cuidara [se refiere a Alejo], me pidió por él, y siempre me llamó la atención, porque él había tenido un problema medular de chico, referente a la médula ósea, había tenido una anemia... y medio que él [su padre] lo veía así medio... para protegerlo... me pidió por él.¹⁵

El testimonio de Gustavo Zurita se desgrana en imágenes y situaciones que permiten entender la singularidad de la personalidad de su padre y sus hermanos. Ante la pregunta “¿qué le dirías a quienes le dieron la espalda a tu viejo?”, responde:

Que tuvieron una gran falta de comprensión, en primer lugar sobre lo que era la realidad, porque como decía Jauretche, algunos ven el país desde arriba y otros desde abajo. Ellos lo veían desde arriba, vivían iluminados por sus fantasías, sin ver las cosas por abajo, y se confundieron de lejos con el significado de mi padre, en algunas cosas lo utilizaron y después lo dejaron solo.¹⁶

La impresión vital que dejó el doctor Zurita en quienes lo conocieron nunca fue menor y resultó significativa en sus trayectorias posteriores. El doctor Rubén Porto, “Rubito” para los allegados, paciente del doctor Zurita desde pequeño, luego amigo y amigo de sus hijos, se emociona al evocar su relación con el pediatra:

Cuando Mariano iba a cerrar el consultorio, yo ya era médico, y él estaba por cerrar su consultorio, y me lo quiso dejar, yo no acepté, porque pensé que si me iba bien, no iba a saber si era por mí o por la herencia, y si me iba mal, le hacía un daño a él... así que le dije que me la arreglaba por las mías... De Mariano tengo ese recuerdo entrañable. ¿Por qué tiene mala prensa? Siempre fue un revolucionario, un disconforme, una persona que tenía otra visión de la realidad... Formaba parte de algunas estructuras, el Rotary, el Club de Leones, pero siempre tuvo un pensamiento revolucionario, tenía mucha fe en los jóvenes.

Sobre sus hijos, a mí siempre me decía: “Lo único que sé es que

¹⁵ Entrevista de los autores a Gustavo Zurita ya citada.

¹⁶ *Ibid.*

mis hijos nunca se van a quedar con nada que no sea de ellos". Esa era la impronta que dejó sobre sus hijos, que no solo no se quedaron con nada que no fuera de ellos, sino que dieron hasta la vida por los demás, como testimonio máximo de entrega... Sergio, Claudio y Alejo. Sergio era tal vez el más sanguíneo y más radicalizado, y el que yo menos conocí. Claudio era muy chiquito cuando desapareció. Uno dimensiona hoy... un chico... es una cobardía, una herejía, un homicidio, una muerte... Alejo tenía una exquisita sensibilidad, Mariano me contaba que había escrito un poema a Lito Márquez, que era el placer de Varela, un muchacho con deficiencia mental, pero que funcionaba... apasionado por Racing y por el automovilismo, Alejo le había escrito un poema [...].¹⁷

Porto da un dato preciso que ayuda a reconstruir el contexto de la militancia, a la vez que abunda en el perfil del doctor Zurita:

Mariano Zurita firmó como garante [del alquiler] del local de la Juventud Peronista, en la calle San Juan, en el año 73. Zurita era garante de cuatro firmas, la de Gustavo, la mía, y la de dos compañeros que hoy están en situaciones totalmente polarizadas y diferentes: Bargas y Genoud. El local fue allanado después del golpe del 76, me acuerdo que ese día jugaban River e Independiente. Fue un operativo conjunto de las Fuerzas Armadas, creemos que ese día los llevaron a Coco Méndez y a Fulgencio Nadón... ese día; suponemos que el contrato de locación estaba dentro de la casa, y que se lo llevaron los del operativo.¹⁸

El dato es relevante por varias cuestiones. En primer lugar, por la mención de dos figuras controvertidas de la política local: Ernesto Bargas y Luis Genoud. Bargas, para la militancia "el Negro", es el actual secretario de Gobierno del intendente Julio César Pereyra. Luis Genoud¹⁹

¹⁷ Entrevista de los autores al doctor Rubén Porto.

¹⁸ *Ibid.*

¹⁹ Gustavo Zurita brinda su apreciación del perfil militante de Luis Genoud: "Él se había querido montar en nuestra estructura, para ver si podía sacar algo... pero no pudo, en nuestra estructura no pudo". Uno de los fundadores de la JP en Varela, Francisco Pancho Bartucchi, era el encargado de mantenerse en contacto con Genoud, ligado al mismo tiempo a la JP y a la Policía de la Provincia, donde llegó a ejercer su profesión de abogado. Gustavo recuerda: "El Gordo Pancho le sacaba información".

es juez de la Corte Suprema de Justicia de la provincia de Buenos Aires. Anteriormente se desempeñó como secretario de Seguridad de la provincia de Buenos Aires. Mientras ocupaba este cargo su nombre cobró notoriedad en la prensa nacional y estuvo en el ojo de la tormenta política, junto a otros funcionarios del gobierno de Eduardo Duhalde, a raíz de los trágicos acontecimientos conocidos como “la masacre del Puente Pueyrredón”: el 26 de junio de 2002 la represión policial causó la muerte de Maximiliano Kosteki y Darío Santillán, integrantes del Movimiento de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón, de Guernica y Lanús respectivamente.

Por otra parte, no puede dejar de señalarse que la generosidad del doctor Zurita lo llevaba a dar su firma como garantía a un sector político, aun sin compartir plenamente sus postulados, más allá de que el mayor de sus hijos estuviera militando en ese lugar. Gustavo Zurita aclara: “Mi viejo no era peronista, y al haber estado en el Partido Socialista tenía una historia casi antiperonista, pero a medida... porque era un tipo tan bueno... él comprendía la situación del peronismo, me parece que la llegó a comprender, sobre todo cuando nosotros empezamos a militar [...] A él no le gustaba todo el tema de la violencia, no le gustaba nada”.²⁰

Rubén Porto concluye, y ayuda a sacar conclusiones acerca del origen de la tragedia de la familia Zurita:

Él tenía entonces un mensaje revolucionario diferente... Con respecto al *statu quo* social, Mariano tenía un enfrentamiento con el *statu quo* social de Varela, pero era respetado por su transparencia, por su servicio. Fue médico hospitalario, nunca lucró, todo lo que obtuvo fue producto de su trabajo incansable, muy solidario, extremadamente solidario, y sus hijos fueron eso también. Su esposa también tenía el mismo espíritu, imbuido de solidaridad y de ayuda al prójimo. Indu-

Se hicieron amigos y cultivaron una relación de mucha confianza. Después de que Pancho fue secuestrado y desaparecido, su hermana Néliida recordó que aquél le había dicho: “Si me pasa algo, hablá con Luis, que te va ayudar”. Cuando acudió a él –según su declaración testimonial en el Juicio por la Verdad realizado en la ciudad de La Plata– Néliida se sorprendió al comprender que el “compañero” estaba en realidad interrogándola a ella delante del comisario, en lugar de brindarle apoyo, contención y asesoramiento para encarar la situación. Información disponible en <http://www.nuncamas.org/juicios/laplata/2004/laplatre_12may04.htm>.

²⁰ Entrevista de los autores a Gustavo Zurita ya citada.

dablemente para el *statu quo* de Varela representaba siempre un discurso y un pensamiento libertario, vinculado con la libertad del hombre, con la libertad política y la libertad social.²¹

El doctor Víctor Hugo Guevara, amigo y colega de consultorio de Mariano Zurita, vio crecer a los cuatro hijos. Un episodio que trae durante la entrevista ilustra el clima de persecución de aquellos años:

Para la población de Varela resultó totalmente útil, tenía una gran percepción con sus pacientes [...] yo no sé cómo hacía, pero yo lo escuchaba que les decía: "Vos estuviste comiendo chocolate negro"... y el paciente reconocía. Con respecto a los chicos, yo sufrí mucho después, porque sabía que los servicios andaban, no tenía la precisa, pero una tarde, dos y media de la tarde, llego con el auto, entraba al consultorio, veo una moto, entonces como yo sabía... veo a uno de los chicos, lo agarro de la oreja, cruzo con él la calle, y le digo: "Vos tenés que venir adentro, porque te están buscando", y él me respondió: "Pero doctor, tengo que avisarles a unos compañeros y ya voy". Yo ya lo estaba llevando y me dio pena [...] después yo veo... un Falcon verde, con tres personas que estaban ahí, cerca de lo de Cerullo [en la esquina del consultorio]... Yo no sé si eran servicios o no, pero al Falcon lo vi, y estaban los tres vestidos de una forma que en Varela no se usaba, de traje. La gente no andaba de traje y corbata.²²

²¹ Entrevista de los autores al doctor Rubén Porto ya citada.

²² Entrevista de los autores al doctor Víctor Hugo Guevara, realizada el 23 de febrero de 2006.

V. El enfrentamiento con el GRES

Cuando aparecían los volantes del Grupo de Resistencia Estudiantil Secundario en la puerta de la calle Quintana, la reacción del rector Rodríguez era activar de inmediato un operativo de limpieza. El mismo consistía en que los preceptores recogieran todos los papeles y los entregaran en su despacho; se trataba de minimizar la llegada de los panfletos al alumnado. Las volanteadas del GRES nunca eran realizadas por los alumnos que concurrían al Santa, ya que si el rector los identificaba, enseguida los habría sancionado, como lo hacía de modo sistemático cada vez que detectaba a algún transgresor, según su óptica, del orden institucional. Para preservar a sus integrantes, los volantes del GRES con consignas y reivindicaciones eran arrojados por compañeros de otros distritos que llegaban en moto hasta la puerta del colegio para realizar el trabajo de propaganda.

En la misma época que ingresó al Santa como preceptor, mientras era estudiante de Medicina, Rubén Porto comenzó su militancia en la Juventud Peronista. Su familia vivía en la calle San Juan, a pocas cuadras de la casa y del consultorio del doctor Mariano Zurita. Su testimonio es de gran valor: amigo de la familia Zurita, compañero de Gustavo en la JP, como preceptor conoció a muchos de los pibes, a sus profesores, y a Rodríguez en el momento de la agudización del enfrentamiento con aquéllos. Rubito nos refiere: “Tino es una figura controversial en el sentido de que apuntalaba a los vagos, y los rescataba, de pronto hay grandes personajes que fueron rescatados de las peores lacras, siempre les dio una mano, y está bien, y eso pasó, viste, por ahí... si no se iban a la mierda, qué sé yo... él les tiró un cable... ahora, había un punto no negociable, que era la ideología”.¹

¹ Entrevista de los autores al doctor Rubén Porto ya citada.

De allí que la militancia en el GRES, o en las otras organizaciones mencionadas que se movían dentro del ISL, fuera perseguida por Tino de modo sistemático. Pablo Carrera y Hernán Pacheco explican:

El GRES se ocupaba particularmente de los derechos de los estudiantes, o de la elaboración de los planes de estudio. La mayoría de sus integrantes desconocía la vinculación que la organización estudiantil tenía con el PCML, actuaba de acuerdo a sus inquietudes y, en función del grado de compromiso demostrado, algunos de ellos eran incorporados a la juventud del partido.²

Existía una doble política disciplinaria por parte de Tino, que aplicaba según los casos: los alumnos “revoltosos”, no afectos al estudio, un poco indisciplinados, que podían tener aplazos y ser inclusive repetidores, pero que no cuestionaban el orden institucional ni, por lo tanto, el orden social subyacente, y que sobre todo no ponían en tela de juicio el criterio del rector para el manejo de la institución, eran apercibidos pero nunca perseguidos o controlados, más allá de las amonestaciones aplicadas según el reglamento. Es más, existía todo un ritual de sermones seguidos de una actitud paternalista, de palmada en la espalda al “vago” pero en el fondo buen pibe, que tenía que enderezarse. En cambio, cuando Rodríguez detectaba otra cosa, llámese intento de organización de centro de estudiantes, de debate político, de mirada y actitud crítica a su férrea conducción, ahí había problemas. Entonces el aparato discursivo desplegado tomaba otro cariz, era común el mote de “subversivo” o “forajido” aplicado en voz alta, en medio del patio o en los pasillos, a cualquier alumno que no encuadrara en sus parámetros de orden. Este etiquetamiento se acentuó y adquirió mayor énfasis a partir de la instalación de la dictadura. Las connotaciones de semejantes epítetos, a fuerza de ser repetidos cotidianamente por la voz autorizada de la jerarquía del establecimiento, fueron produciendo el efecto de naturalizar un perfil: el del alumno inadaptado y rebelde.³

² Pacheco, Hernán y Pablo Carrera, *Los que no están. Desaparecidos y dictadura cívico-militar en Florencio Varela (1976-1983)*, Buenos Aires, Centro Angelelli, Comisión por la Memoria, la Verdad y la Justicia, 2005, p. 145.

³ Algunos ex alumnos de aquella época hoy manifiestan “una sensación agrídulce”, sienten que en ese marco fueron felices, pero con el velo de la ingenuidad, de la incapacidad para no ver lo evidente: la manipulación discursiva sobre la población escolar. Estos egresados traen, en su evocación, un lugar común, recurrente, repetido por

La habilidad de Rodríguez para tensar y aflojar la cuerda ante el alumnado era proverbial, gracias a la experiencia ganada durante su desempeño en los institutos correccionales de menores Almafuerte y José Manuel Estrada de Los Hornos; reivindicaba estos antecedentes con orgullo ante sus alumnos. Sabía matizar las reconvenciones furiosas, a los gritos, con chistes que buscaban, y la mayoría de las veces lograban, la anuencia del auditorio de alumnos que observaban el reto al indisciplinado de turno. El rector se mostraba tolerante con los bromistas, para demostrar que tenía sentido del humor, he allí su flexibilidad; si estaba de buen carácter, llegaba a reírse con aquellos más desenfadados, capaces de hacerle bromas a él. No faltó el que llegó a imitar en su presencia su particular entonación y sus muletillas verbales. Este estilo tuvo un quiebre específico con el tránsito por el colegio de los alumnos de la décima promoción, a la que pertenecían Horacio Gushiken, Ángel Iula, Silvia Schand y José Lépole.

Estos alumnos y el grupo que constitufan con otros compañeros son bien recordados por Carlina Isabel Díaz, quien fue preceptora de ellos cuando estaban en 5° año. Hoy docente jubilada, pero igualmente activa —da cursos de capacitación a maestros y profesores aspirantes a cargos jerárquicos—, Isabel los tiene presentes en su memoria como “chicos muy especiales, eran muy maduros para su edad, afectuosos y responsables”.

Algunos sucesos de años anteriores señalaban el agravamiento del conflicto entre el rector y los alumnos con actitudes independientes de su tutela y críticos a la hora de expresarse. Dos hechos aparecen, de modo recurrente, en el recuerdo de familiares y amigos. El primero, la expulsión de Daniel Demaestri cuando estaba en 4° año, debido a un entredicho con una profesora, y cuya consecuencia fue que debió

varios: “No era consciente de lo que pasaba en el colegio”; “vivíamos en una nube de pedo”. Un testimonio más analítico concluye: “Es así de jodido, pero no nos dábamos cuenta del significado terrible de esas frases y situaciones, y las llevábamos a nuestras casas, pero ya filtradas o incorporadas, así se las comentábamos a nuestros viejos, que en general tampoco reaccionaban”. Otro, egresado a mediados de los setenta, es categórico al subrayar: “Nuestra promoción, o el grupo que yo integraba, nunca se llevó bien con Tino, había una distancia, lo veíamos... con ese trato que trajo del instituto de menores... Igual rescato los vínculos creados, el grupo de amigos que mantenemos hasta hoy; hay una señal de pertenencia que te marca, por ahí no nos vemos por un tiempo largo, y cuando nos encontramos es como haber estado juntos ayer... Inclusive volví algunas veces al colegio, aunque ahora hace mucho que no voy; volví solo para jugar al fútbol con mis compañeros de promoción, en algunos campeonatos de egresados que se hicieron”.

culminar el secundario en el Instituto Perpetuo Socorro de Quilmes. Daniel había hecho la primaria en la Escuela N° 1. Cuando terminó la secundaria, ingresó a la carrera de Medicina en la Universidad de Buenos Aires, encauzó de ese modo su vocación científica y social: al poco tiempo empezó a desarrollar actividades de trabajo voluntario en centros de salud barriales.

El segundo de los acontecimientos ocurrió casi tres años después: Claudio Zurita también fue expulsado. A pesar de su condición de alumno destacado, el rector no dudó en aplicarle veinticinco amonestaciones para echarlo cuando estaba en 3° año. Su posterior reincorporación fue exigida y acordada con Mariano Zurita, que acudió en defensa de su hijo enrostrándole a Tino su arbitrariedad. Rodríguez solo volvió atrás con la medida luego de una agria discusión con el padre de Claudio, así se produjo el distanciamiento definitivo entre Mariano y el rector. Gustavo Zurita, al recordar este hecho, afirma que Rodríguez, en realidad, estaba ajustando cuentas con las posturas críticas de Claudio: “Mi hermano, Claudio, en la medida que iba esclareciéndose, empezó a hacer planteamientos de orden social y político”.⁴ Esto lo habría llevado a controversias con algunos profesores, que le sirvieron de excusa a Tino para sancionarlo. Esa vez —como lo hizo en otras oportunidades— el rector midió la ecuación costo-beneficio. Si persistía en mantener la expulsión de Claudio podía producirse un escándalo mayor ante la protesta de un miembro tan prestigioso de la comunidad educativa y varelense: poco tiempo atrás, el 13 de abril de 1970, el doctor Zurita había sido designado Director del Hospital Boccuzzi.

Las sanciones aplicadas a Daniel Demaestri y a Claudio Zurita son indicadores nada casuales de la tolerancia cero con que Tino, expeditivo cuando le convenía, pretendía resolver y encuadrar las actitudes que no se amoldaban a su modelo de estudiante deseado.

Claudio fue tal vez el más brillante, en cuanto a rendimiento escolar, de los cuatro hijos del doctor Zurita. Gustavo, el orgulloso hermano mayor, recuerda su destacada actuación en la Feria Nacional de Ciencias, realizada en la ciudad de Córdoba en 1971. Allí resultó fundamental el aporte bibliográfico, analítico y discursivo que brindó Claudio para la elaboración de una investigación grupal sobre los jesuitas. Dice Gustavo: “Este trabajo había sido supervisado por el padre Furlong, uno de los escritores jesuitas más importantes, estamos

⁴ Entrevista a Gustavo Zurita ya citada.

hablando del año setenta y uno [...]”.⁵ Durante la estadía cordobesa, acompañados por los profesores Alicia Irigoyen y Atilio Cascardo, los alumnos expusieron y explicaron el tema tratado, con la sobresaliente participación de Claudio. Fue un hito académico en la vida del colegio, que no apaciguó el concepto negativo que tenía Rodríguez del menor de los hermanos. La carpeta con la investigación sobre la Orden Jesuita se encuentra hoy en el Museo de Ciencias Naturales de La Plata, donada por la madre de Claudio.

Volviendo a la décima promoción, los episodios mencionados en Los que no están⁶ marcaron con una impronta muy fuerte la vida institucional. En los años inmediatamente posteriores a su egreso, se produjo una especie de corte (nada sería igual después de que el último de los pibes se alejó con su diploma), con el agravante que señala el asalto de las Fuerzas Armadas al poder constitucional y el inicio de la dictadura, en marzo de 1976. Desde la óptica del rector Rodríguez, los alumnos de esa promoción le habían producido un enorme daño, “una herida a la institución”. Así lo manifestaban algunos allegados a Tino cuando se encontraban en la calle con los miembros del grupo que militó en el GRES. Aquellos años que abarcaron hasta la primera mitad de la década del setenta quedaron en el discurso oficial machacado por Rodríguez como la época en que un grupo de alumnos alentaba la anarquía y el desorden en el colegio. Es de uso y costumbre que cada promoción se haga cargo del costo y colocación, en las paredes y columnas alrededor del gimnasio, de una placa de bronce conmemorativa de sus egresados. La del 74 hace gala de una amarga ironía: recordando muy bien cómo los estigmatizaba Tino, en el encabezamiento de la lista con sus nombres hicieron grabar “Los Forajidos”.

No debe ser casualidad, entonces, que el Rector identifique en sus memorias⁷ como “Flores y Hortigas” (*sic*) al período abarcado entre 1971 y 1975, aludiendo así claramente a aquellos factores que, según su análisis, perturbaban y contaminaban el jardín del Santa. Los valores más exaltados desde el discurso y la acción son “orden y disciplina”. Otro elemento que siempre hizo jugar Rodríguez —y que sus continuadores institucionales siguen practicando— lo constituye la metáfora de

⁵ *Ibid.*

⁶ Pacheco, Hernán y Pablo Carrera, *op. cit.*, parte III, pp. 143-148.

⁷ Rodríguez, Modesto Evaristo, *Santa Lucía: el Instituto*, Buenos Aires, edición del autor, 2001.

identificación entre su persona y la institución, una especie de combinación indivisa. Así, cada vez que se lo cuestionó, como lo hicieron los pibes, el acto defensivo de refutación fue montar el mensaje e instalar que se estaba “atacando a la institución”. Este procedimiento de identificación, de fusión entre Tino y la escuela, se convirtió en una especie de manual de instrucción básica y fue el hilo conductor que aglutinó a sus seguidores alrededor de su figura, siempre en momentos críticos en que su poder fue cuestionado. La Asociación de Padres, en una nota de apoyo ante esos “ataques”, le manifiesta, el 24 de mayo de 1974:

[...] Los miembros de la Comisión Directiva en función de la misma y en el plano personal e individual sienten la profunda necesidad de hacerse presentes ante el Señor Rector con el fin de expresar su más sincero sentir ante los difíciles momentos que está viviendo el prestigio del Instituto y la persona en manos de la cual, lo que fue un hermoso proyecto hace más de 14 años se consolidó en esta obra [...] expresamos nuestro agradecimiento, nuestra admiración, nuestra fe y nuestra confianza, en un espontáneo voto de incondicional apoyo al señor Rector, que en estas circunstancias agiganta su figura como el verdadero y seguro conductor de tan magnífica tarea educativa [...] ⁸

El evidente culto a la personalidad era una estrategia para cerrar filas frente a “las ortigas” que hacían sentir una picazón institucional con su retórica cruda y argumentos propios de la militancia estudiantil. Los pibes y sus compañeros sentían que era el momento de aclarar algunas cuestiones y lo hicieron durante los primeros meses de 1974 en dos volantes del GRES. En uno se expresaba el reclamo de elecciones transparentes y democráticas de delegados por curso para la constitución del Club de Estudiantes (CE), método opuesto a la lista digitada y controlada por el rector. Luego se hacía un crítico análisis de los mecanismos promovidos por Tino para el funcionamiento del CE por las mismas razones anteriormente enunciadas, pero agravadas: falta de consulta a los compañeros y control de Rodríguez de los resortes del organismo estudiantil, manejos que lo habían convertido, según el GRES, en el “Club del Cabezón”. Lo que más irritó al rector y a sus “incondicionales” fue otro eje del volante: definía como modelo fascista la gestión de Tino, y lo argumentaba:

⁸ *Ibid.*, pp. 72-73.

Compañeros y compañeras: Todos nosotros conocemos bien al fascista del director, y sabemos cómo se transforma su máscara de “bondad” y “apertura al diálogo” cuando cualquier compañero intenta levantar la voz para discutir alguna de las tantas injusticias que se cometen en esta escuela. Frente a eso Tino pone al descubierto sus criterios pedagógicos feudales, que van desde amonestaciones y amenazas de dar el pase hasta persecuciones, golpes, insultos, etc. Este señor fascista niega nuestra dignidad como estudiantes a cada momento y en cada uno de sus discursos al alumnado, acusándonos de “irresponsables” y de que nos “tomamos muchas libertades”, recordándonos enseguida la realidad de que él y los profesores son los que tienen la manija y nosotros no tenemos nada que decir [...].⁹

El segundo volante terminó de desatar la reacción institucional. Allí se reivindicaba la fuerza que da a los estudiantes la unidad sumada a la organización, y se resaltaba la victoria de la lucha contra el profesor Tamburo,¹⁰ quien se había ido luego del boicot de los alumnos de 4° y 5° año. También reiteraba la caracterización de fascismo al definir los manejos arbitrarios de Tino. Finalmente destapaba dos ollas densas, metiéndose en un territorio casi tabú: denunciaba el déficit del presupuesto del colegio, situación que había llevado a un aumento de la cuota mensual, y alertaba sobre el apoyo que tenía el rector por parte de “los orejas de la CD del Club Colegial”; volvían sobre la necesidad de elecciones libres, sin listas censuradas por Tino. Algunos de los que se habían sentido aludidos como “alcahuetes” de Rodríguez, o que hacían el doble juego de pretender estar con los pibes y, a la vez, congraciarse con “el Cabezón”, poco tiempo después fueron por el desquite perpetrado con la pintada contra el Tanito Lépre y Mario March, hecho relatado en el capítulo 1.

En el capítulo III de las memorias de Tino está muy claro que para él “las ortigas” eran los cuestionamientos que el GRES hacía a su estilo autoritario. Aprovechando la metáfora botánica de Rodríguez:

⁹ Volante del GRES: “A los estudiantes del Instituto”, difundido a mediados de mayo de 1974.

¹⁰ Docente sospechado de pertenecer al servicio de inteligencia de la Policía Federal. Solía maltratar verbalmente a los alumnos, los denigraba y menoscababa; llegó a acusar de prostituta a una alumna embarazada. Hugo Gushiken recuerda claramente cómo se dirigía a ellos el profesor Tamburo: “Era muy autoritario, nos menospreciaba. ‘Ustedes son unos boluditos’, así nos decía”.

¿qué hace el jardinero con las ortigas?, ¿las cuida o trata de extirparlas de raíz?

Aquel que se preparaba para ser cabeza de la dictadura más sangrienta, tan admirado por Tino —como él mismo lo reconoció en diversas ocasiones ante profesores y alumnos—, adelantaba con sombría transparencia, en esos días de “flores y ortigas”, cuál sería el criterio que aplicaría apenas meses después cuando anunció: “Si es preciso en la Argentina, deberán morir todas las personas necesarias para lograr la seguridad del país”.¹¹ Ya instalada la dictadura Jorge Rafael Videla afirmaba: “Yo quiero significar que la ciudadanía argentina no es víctima de la represión. La represión es contra una minoría a quien no consideramos argentina”.¹²

¹¹ Declaración del entonces jefe del Ejército Jorge Rafael Videla, diario *Clarín*, 24 de octubre de 1975.

¹² *La Prensa*, 18 de diciembre de 1977.

VI. Yo de Argentina no me voy

(acá hay chicos que tienen hambre)

Ángel Alberto Iula adhirió desde un principio a la línea crítica hacia Tino que expresaba el GRES, por lo tanto integraba el grupo ubicado en la particular mirada condenatoria del rector. Ángel era un pibe que aunque no lo quisiera se hacía notar, de carácter afable y mesurado, que expresaba sus convicciones con seguridad y transparencia. De ascendencia italiana, había heredado la mirada clara y franca de su madre. Ángela Filomena Iula y su esposo, Leonardo Iula (la coincidencia del apellido de Ángela con el de su marido, más que casualidad, indica que ambos provenían de la misma región de la castigada Italia de posguerra), criaron a Ángel Alberto y a su hermano, Nicolás Leonardo, inculcándoles los principios tradicionales de la inmigración italiana: el valor del trabajo noble, el sacrificio para progresar y el estudio para superarse. Así relata Ángela la historia de su familia: “En Italia, vivíamos en Avellino, cerca de Nápoles... mi papá, mi mamá, y nosotros éramos cinco hermanos, yo tenía 17 años cuando llegamos [a la Argentina], cuatro varones y yo era la única mujer... Mi papá era herrero”.¹

Cuando Ángela llegó a Varela fue a vivir a la casa de un tío en la calle Las Heras.

A los dos años teníamos una casa hecha con cuatro habitaciones; mis hermanos trabajaban de día de peones, a la noche iban al colegio, uno se hizo maestro mayor de obras. Yo cosía, era modista, antes trabajé en La Algodonera hasta que me casé, el 2 de junio de 1951... Mi esposo trabajaba en Alpargatas de Buenos Aires, desde el año 47, cuando llegó a Buenos Aires [...] Con mi marido vivimos felices tantos años, éramos muy unidos, el trabajo es bueno, siem-

¹ Entrevista de los autores a Ángela Filomena Iula.

pre los tiempos fueron difíciles para trabajar, si no es con sacrificio no se sale adelante.²

Puede decirse que, sin dudas, Ángel hizo honor a cada una de las enseñanzas de sus progenitores. Hijo cariñoso y comprometido con el esfuerzo familiar, fue un alumno brillante, abanderado de la décima promoción, uno de los promedios más altos de la historia del colegio. Después de egresar del Santa, se anotó en Ingeniería en la Universidad de La Plata, junto con Silvia Raquel Schand, su esposa y compañera de estudios y de militancia. Se habían casado el 25 de julio de 1977. Ambos fueron secuestrados y desaparecidos el 25 de mayo de 1978. Silvia tenía un embarazo de tres meses en ese momento.

Lucía Schand, hermana de Silvia, confirma: “Estábamos embarazadas las dos, con dos meses de diferencia. Mi hija, Romina, nació en octubre de 1978, y el hijo o hija de Silvia, debe haber nacido en diciembre [...] Yo tengo el sentimiento que mi sobrino vive, siempre le digo a Romina: ‘debe tener tu edad, con dos meses de diferencia’”.³

El testimonio de Ángela resulta esencial para conocer varios aspectos de la personalidad de su hijo menor:

Ángel heredó del padre las ganas de ayudar a los otros... y era así con los compañeros, los ayudaba a estudiar, no era egoísta, en época de examen los compañeros entraban y salían de casa... Ángel quería estudiar como el hermano. Él decía que el mejor estudiante del mundo era su hermano, y su hermano dice que Ángel era el más inteligente [...] Cuando se casó con Silvia, encontraron una casa para alquilar, la fueron a ver con el padre, una casa cerca de 12 de Octubre y Camino General Belgrano... pero no estuvieron mucho [...] Yo cuando lo veía raro, le decía: “Cualquier cosa te podés ir a Italia, te pagamos, te podés ir con tu novia”, y él me decía: “No máma, si no tengo por qué”. Nosotros queríamos mandarlos a Italia, le decía que se fueran los dos, no había ningún problema, los mandábamos, pero el decía: “Yo de Argentina no me voy”. Digo yo... querían salvar a la Argentina, era buen patriota... Yo les digo a mis nietos: porque agarran una bandera... piensan que quieren

² *Ibid.*

³ Entrevista de los autores a Martina Ruiz de Schand y Lucía Schand, realizada en enero de 2006.

a la Argentina, pero esa no es la manera, al país hay que sentirlo adentro... la patria es como la madre.⁴

Ángel estaba en 5° año en 1974 y tenía 17 años cuando supo asumir un liderazgo que ilustra su personalidad y su carácter. En un acto escolar, sosteniendo la bandera de ceremonias, le presentó a Rodríguez reclamos y cuestionamientos estudiantiles frente a todo el alumnado reunido en el patio. Tino no tuvo más alternativa que escuchar pues quien le hacía el planteo era el mejor alumno del colegio.

Martina Ruiz de Schand, la madre de Silvia, no tiene dudas cuando afirma:

Yo siempre pensé que la culpa de la desaparición de los chicos... Dios me perdone si estoy equivocada, pero yo siempre le eché la culpa a Rodríguez. El grupo de los chicos siempre estuvo en contra de él, me acuerdo del primer paro, cuando estaban en 4° año, en contra del profesor de Religión... Él [Rodríguez] nunca había tenido un contraste así, y fueron ellos [los pibes] entonces los tenía en la mira. [...] Fui cuando levantaron la huelga, porque nos tenía que hablar y cambiaron al profesor. En esa reunión el rector se enojó conmigo... porque estaba mirándolo. No sé, por ahí tengo una manera de mirar, yo no me di cuenta; a lo mejor lo miraba acusándolo, y Rodríguez me dijo: "Usted, señora, ¿por qué me mira así, qué es lo que le pasa?". A mí no me pasaba nada, solo estaba escuchándolo...⁵

Martina nos ayuda a reconstruir la historia de su familia:

El papá de Silvia, mi esposo, se llamaba Alejandro Schand... él trabajaba en Aceros Johnson, en la avenida Calchaquí... luego tuvo muchos problemas de salud, tuvo una primera operación de cadera, en marzo de 1959, que luego se le complicó [...] Trabajé en Alpagatas... después en un hogar de ancianos en Claypole, yo no quise seguir trabajando allí luego de que los chicos desaparecieron, salí de allí porque lo tenía muy relacionado con Silvia que me iba a buscar siempre, o me acompañaba. Luego trabajé veinte años en la Clínica María Mater [...] Silvia ayudaba a construir la casa... durante la primaria, una vez se ha-

⁴ Entrevista de los autores a Ángela Filomena Iula ya citada.

⁵ Entrevista de los autores a Martina Ruiz de Schand y Lucía Schand, ya citada.

bía cortado el dedito sosteniendo el tejido de metal desplegable, ayudando a su padre. Si tuvo alguna amonestación, fue colectiva. Las materias que más le gustaban eran Matemática, Educación Democrática (promedio 10 en primer año) e Historia (promedio 9.18) y Biología (9.25). Estudiaba guitarra.

Ángel y Silvia se conocieron en la primaria,⁶ no sé si entonces ya se habían puesto de novios, pero sí enseguida en la secundaria. [...] Después de que se casaron, el 25 de julio de 1977, vinieron poco para acá, porque no querían comprometernos, ella sabía que los estaban vigilando... se fueron a vivir cerca de la fábrica Massuh [...] Silvia me veía todos los días, cuando iba o volvía del trabajo, nos encontrábamos en la estación de Claypole, o por la ruta 2. Yo le dije, en esa época: “Silvia no son momentos de andar en política”, y ella me dijo: “mamá, ¿si no lo hacemos ahora, cuándo?, este es el momento”.⁷

Una fuerte afinidad de carácter unía a Silvia y Ángel, compartían las ganas de brindarse por los demás. Dos anécdotas son indicadoras del modo en que sentían la vida: Ángel tenía 7 años y estaba por tomar la primera comunión; se miró en el espejo, vestido con su trajecito impecable, fascinado y radiante le dijo a su madre: “¡Ojalá todos los chicos puedan tener lo mismo que yo!”. El padre de Silvia le había hecho un regalo que ella deseaba mucho: un metrónomo para ajustar el ritmo de sus ejecuciones en la guitarra. Al poco tiempo, Martina vio que el accesorio tan preciado por Silvia estaba en una caja junto con otros objetos –ropa, sábanas, libros– destinados para la donación en barrios humildes; esas tareas comunitarias la ocupaban obsesivamente. La madre le preguntó por qué se desprendía de tantas cosas que le gustaban, la respuesta de Silvia fue instantánea y categórica: “Pero mamá, acá hay chicos que tienen hambre”.

Cuando Ángel fue secuestrado y arrojado a las oscuras mazmorras del campo clandestino de detención denominado El Banco, con su esposa Silvia y otros compañeros de militancia como José Lépoire, el Toto Acuña y Alejo Zurita, la dictadura ya llevaba dos años. La Junta de Comandantes todavía creía en su perpetuación, se acercaba la inauguración del campeonato mundial de fútbol, burdo y grandilocuente

⁶ Cuando su familia se mudó a Villa Vatteone, Ángel se pasó de la Escuela N° 1 a la N° 10, donde ya concurría Silvia.

⁷ Entrevista de los autores a Martina Ruiz de Schand y Lucía Schand, ya citada.

intento de mostrar al mundo que el país era normal y que los argentinos éramos “derechos y humanos”, según la calcomanía que las fuerzas de seguridad pegaban de manera compulsiva en los parabrisas de los autos durante los cotidianos operativos callejeros. Mientras la selección nacional, con los goles de Kempes, Luque y Bertoni se encaminaba a la obtención del trofeo, en los sótanos de los centros clandestinos de detención, el dolor y la muerte se ensañaban con los indefensos, a merced de los grupos de tareas y los torturadores.

Ángela revela una de las pistas que la llevan a concluir que su nieto o nieta nació en cautiverio:

[...] Un policía [allegado a la familia, amigo de un hermano de Ángela] lo vio a Ángel, de lejos, como a veinte metros, la chica no estaba porque la habían llevado para tener familia... Este policía había estado en la represión en Tucumán, y después renunció [...] A mí no me quedan dudas de que nació mi nieto, porque este policía lo vio [a Ángel], estaba más flaco, porque le había agarrado como una especie de asma, aunque no era asmático... nunca nos dijo en qué lugar fue que lo vio... Al tiempo volvió para entregarle una carta que le habíamos mandado y ya no dejaron que lo viera, le dijeron los mismos represores: “Mirá vos renunciaste, para pasarte al otro bando... así que ahora la cosa está brava, mejor andate...”.

Le comentaron, los amigos de este policía, que Silvia había sido llevada para tener familia... más o menos esto fue en noviembre de 1978... Él habló con mi hermano, que eran muy amigos... no quiso hablar conmigo, no se quiso comprometer, pero le dijo a mi hermano: “Yo no quiero hablar con tu hermana... porque yo sé lo que es el sufrimiento, yo sufrí en carne propia por hacer lo que yo hice... no soporto ver una señora que [...]”.

Ahora hablo como si nada, pero estuve muchos años que no podía hablar... la gente me preguntaba por mi hijo... y yo llorando... No sé si este policía vive todavía, no era de Varela.⁸

El régimen comenzó tiempo después a mostrar fisuras, que pretendieron disimularse con el recurso de cambiar la figura presidencial cada tanto: un poco más adelante Viola iba a reemplazar a Videla. El almirante Massera montaba su aventura política, entre delirante, mesiánica

⁸ Entrevista de los autores a Ángela Filomena Iula ya citada.

y siniestra, de armar un proyecto de partido para su encumbramiento personal. El repudio internacional a la gestión sangrienta de la Junta llevó que esta intentara alguna estrategia para lavar su imagen, empresa imposible ante tanta vida y dignidad humana pisoteada por ella.⁹ Todavía faltaba para que Galtieri enviara a la muerte a tantos jóvenes en la irresponsable aventura de Malvinas.

Al conmemorarse los veinte años del 1st, en 1981, se realizó un acto especial al que fueron citados los abanderados de todas las promociones. La familia Iula, que sufría en ese momento por la desaparición de Ángel, no fue invitada. Poco tiempo después del secuestro de su hijo y de su nuera, Ángela se había convertido en una activa Madre de Plaza de Mayo. Con su pañuelo blanco, cada jueves era impostergable su concurrencia a las rondas alrededor de la Pirámide y junto a sus compañeras, enfrentaba a la policía montada. Así lo cuenta ella:

[...] a veces nos encontrábamos con la caballería, yo les cuento a mis nietos, por debajo de las patas de los caballos pasábamos e íbamos a la Plaza... no sé cómo hacíamos, pero cuando eran las tres y media... éramos veinte, treinta, las primeras veces [...] pero siempre [...] ponían centinelas, y empezábamos a pasar una por un lado, una por otro, se hacían las rondas con el pañuelo... y caminábamos, para nosotras era como ir a ver a nuestros hijos.¹⁰

Ángela solía encontrarse allí con la mamá de José, Enrica Angrisani de Lépre. Desde Florencio Varela, otras madres iban a las rondas: el

⁹“La Cancillería argentina, que desde 1976 estaba conducida por la Marina, había contratado a la Burson Marsteller para que ‘lavara’ la imagen del gobierno militar. Los asesores norteamericanos embolsaron un millón de dólares a cambio de una serie de típicas necesidades aptas para vender las inclinaciones humanísticas de IBM en el mercado yanqui, pero notoriamente descolocadas para reflotar el régimen de Videla ante la comunidad internacional. Sin embargo, el informe de la Burson Marsteller –que los militares consideraban el *non plus ultra* de la comunicación social– contenía, en medio de un fárrago de imbecilidades destiladas a lo largo de 40 carillas, algunas deshonestas sugerencias que podían ser viables. Los *contact-men* de la agencia proporcionaban, por ejemplo, una lista de periodistas lo suficientemente reaccionarios o venales (o ambas cosas) que debían ver cierta Argentina ostensible, cosmopolita y jacarandosa, y negar las insinuaciones pérfidas del exilio, en el sentido de que había otra, subterránea y martirizada.” Bonasso, Miguel, *Recuerdo de la muerte* (edición definitiva), Buenos Aires, Grupo Editorial Planeta/Booket, 2006, pp. 399-400.

¹⁰Entrevista de los autores a Ángela Filomena Iula ya citada.

clima represivo que se vivía no hacía aconsejable que viajaran juntas. Llegaban desde distintos barrios y localidades del conurbano; juntándose en el dolor y la dignidad, en esa plaza que habían hecho suya, se reunían para hacer oír el reclamo por sus hijos secuestrados y sus nietos nacidos en cautiverio.

En el mencionado acto del vigésimo aniversario del colegio, se les entregó un presente a los abanderados históricos que asistieron: un mástil en miniatura que en la base de mármol tenía inscripto el logotipo ISL. Cuando se leyó la nómina, al llegar el turno del abanderado del año 74, Ángel no fue nombrado. Funcionó el expeditivo y cobarde recurso del silencio y el salto a la siguiente promoción. Tampoco hubo explicaciones de ningún tipo sobre su ausencia. En la reunión previa con los abanderados y otros invitados, alguien le preguntó a Tino qué iba a decir cuando le tocara nombrar a Ángel; Rodríguez explicó con mucha naturalidad por qué no podía hacer ninguna mención ni comentario: “No sabemos donde está, puede estar de viaje fuera del país, no sabemos si está desaparecido o si se fue a vivir a otro lado”.

Varios de los concurrentes recuerdan con claridad que el vacío marcado por la ausencia de los referentes de la décima promoción llamaba la atención. Cada grupo de egresados tenía asignado un lugar, y nadie se sentó donde debían estar los pibes. Un reducido grupo de amigos y compañeros de otras promociones, entre los que se encontraba Roque Lépore, se levantaron y se retiraron en señal de repudio al silencio institucional. Tino Rodríguez, todavía rector (lo fue hasta que se jubiló y se retiró a vivir a Mar del Plata, donde falleció) presidió aquella conmemoración. Había tenido fuertes enfrentamientos con los ausentes.

En la reunión del 23 de mayo de 2006 de la CMVJ con las autoridades del ISL, estas alegaron que sí se había invitado a la familia de Iula. Mostraron una hoja con anotaciones en apariencia de puño y letra de Tino, con el listado de todos los abanderados hasta esa fecha. Pero ese papel no prueba que se hubiera cursado la invitación. Es más, si se ponen en juego todas las piezas del análisis, se impone una pregunta: ¿no resulta justamente una prueba de lo contrario, o por lo menos muy llamativo, que teniéndolo bien presente y señalado en la lista, no se le haya avisado a la familia de Ángel y que no haya sido mencionado en el acto? Están los nombres y algunas direcciones, entre ellas la de los Iula, en la calle Belgrano, a dos cuadras del colegio. Ángela ratifica que jamás les llegó ninguna invitación y que nunca, posteriormente, el colegio se comunicó con ella.

Recién en marzo de 2006 –según un documento que leyó a la CMVJ la señora María Luisa Basso de Videla–¹¹ los alumnos desaparecidos del Santa fueron mencionados, cuando, por disposición de las autoridades educativas de la Nación y de la Provincia, se realizó en cada colegio un acto en conmemoración de los 30 años del golpe de Estado. Pero los datos, testimonios e indicios recabados durante esta investigación indican que durante las tres décadas anteriores, el paso por la escuela de los ex alumnos desaparecidos pretendió ser borrado de la memoria de la institución.

El testimonio de Ángela es ejemplo de entereza y amor a la vida:

Después del secuestro de Ángel... a mí me salvaba la Plaza, y después tenía que tratar de estar bien cuando venía... capaz que cuando me acostaba lloraba, venía mi marido y me miraba bien a los ojos, y venía mi hijo y me miraba, y yo tenía que tratar de estar bien [...].

Yo estoy con las plantas, me gusta... Si Dios me da salud es para hacer las cosas, él ve las flores y se alegra... A mí me dicen a veces: "¿Vos cómo pudiste superar lo de tu hijo?" Y yo les digo: "¿Pero quién te dijo que yo lo superé?".

Yo no voy a usar a mi hijo para ir llorando por ahí, no voy a usar el nombre de mi hijo para ir llorando con la gente, con los vecinos, a dar lástima... Si mi hijo era un señor... un ángel, no merece que yo lo lllore, antes sí lloraba, lloraba y siempre me lo soñaba que pasaba, venía y me decía "vengo a buscar una frazada". A lo mejor yo pensaba en él, cuando me dormía, si tiene frío [...] Yo tenía una esperanza [de volver a verlo]. Después, cuando empezaron a decir todo lo que les hacían, me daba una angustia, no podía dormir, en lugar de dormir lloraba, lo soñaba hasta que una noche no lo soñé más... Me dijo [en el sueño]: "Mamá, vos no tenés que llorar, ¿no me ves a mí que estoy bien?". Yo lo quería tocar, pero no podía, estaba parado enfrente mío, y me decía: "¿No ves que estoy bien?, no tenés que llorar". Y no me lo soñé más... creo que fue una ayuda de parte de él.¹²

¹¹ Integrante del equipo directivo del ISL, fue profesora de Inglés de muchos de los pibes del Santa.

¹² Entrevista de los autores a Ángela Filomena Iula ya citada.

VII. ¿Qué estás leyendo?

Parado frente al espejo del baño, una mano en el bolsillo, el blazer ajustado que alguna vez debió ser nuevo y azul oscuro; la corbata bordó en su mínima expresión, el nudo es un punto ínfimo que señala una coordenada sobre la nuez de Adán; mocasines negros trajinados al borde del retiro; melena negra ondulada sobre los hombros, flequillo que se anticipa veinte años a las tribus “rolingas” del conurbano. El Toto apura un pucho de “contrabando” antes de que termine el recreo, el Particulares 30 pasa de mano en mano, la sonrisa amplia le talla varias líneas sobre el semblante aindiado, alegre y curtido por el sol de las quintas. En su rostro moreno se destacan los ojos claros, de un indefinido y tenue gris que empieza a virar a celeste.

De repente, sin que tenga mucho que ver con la conversación previa sobre fútbol y minas, le hace la pregunta al compañero de las divisiones inferiores, dos o tres años más chico: “Decime, ¿qué estás leyendo?”. No se refiere a las lecturas obligadas que marca el programa de alguna materia. No. Da por sentado que el otro está leyendo algo más, aparte de los textos escolares: “¿Qué estás leyendo?... Ah, Bradbury, Crónicas marcianas, humm, seee, ¿y Borges, ya lo leíste?”.

En ese momento los textos borgeanos eran sometidos a una implacable disección en la mesa de la militancia ubicada a la izquierda del espectro político. El Toto no discutía su calidad literaria, para nada, el otro solo atinaba a escuchar con una mezcla de asombro y admiración, mientras caminaban rumbo al aula. La pericia para el análisis intercalado con observaciones casuales, del momento, revelaba que Teodocio había leído al autor de *El sur*. También conocía cómo pensaba el ciudadano Borges: criticaba su *gorilismo* recalitrante y elogiaba su estilo brillante. “Cuando lo lees más, vas a ver que hay temas que siempre aparecen.” Sí, era el mismo Toto que al otro día podía llegar al colegio

con las manos llenas de espinas y llagas, después de trabajar en la zona de las quintas. Era el mismo que recomendaba leer bien a Borges. Y le gustaba continuar el tema de una charla, después de varios días, partiendo desde el punto exacto en el que había quedado interrumpida.

Nació el 25 de marzo de 1955 en la localidad Sol de Mayo, jurisdicción de General Vedia, provincia del Chaco (por entonces provincia Presidente Perón). Hijo del matrimonio paraguayo formado por Alejandro Acuña e Isidora Brizuela, el Toto tenía una hermana más grande, Juana Acuña, y un hermano obrero que también haría desaparecer la dictadura. La familia viajó a Buenos Aires y se estableció en el Barrio Los Naranjos, cerca de la estación Bosques, en Florencio Varela. Teodocio cursó sus estudios primarios en la Escuela N° 17, donde terminó 7° grado en 1968.

Teodocio Acuña era el de extracción social más humilde entre todos los pibes. Aconsejados por las maestras, que veían en él grandes condiciones, los padres hicieron el esfuerzo de anotarlo en el Santa. Es recordado por su personalidad “entradora” para la charla política y su jovialidad. Jamás se abatía ante las dificultades. Fue el primer miembro de su familia que concluyó los estudios secundarios.

Acaso la figura del Toto se constituya como ejemplo representativo del acceso que tenían algunos jóvenes de su tiempo a condiciones superadoras de los límites que su origen les señalaba. Y ese tránsito, Teodocio, lo hizo con las herramientas de la constancia unida a la alegría que le daba la construcción de conocimiento junto con sus pares, sin olvidar jamás de dónde venía.

La familia del Toto se ha esfumado en los laberintos del tiempo, para usar una figura de Borges —de quien fue ávido lector.

VIII. Se acabó la joda

Era el comienzo mismo de la dictadura. Cuando los alumnos volvieron al colegio (el día del golpe de Estado del 24 de marzo de 1976 se habían suspendido las clases), Rodríguez los reunió para dar una de sus famosas arengas en el patio cubierto, que era también la cancha de fútbol y de handball. Ese día, a escasas horas de que Videla asumiera la presidencia de facto, inaugurando el período más cruel de la historia argentina, Tino les dirigió la palabra a los estudiantes, obligados a escuchar su apoyo a las autoridades de la dictadura. Su discurso ante los adolescentes tuvo el tono particular que sabía imprimirle a su oratoria poblada de coloquialismos y reconvenciones. Les dijo: “[...] a partir de ahora, ya saben, se acabó la joda, van a tener que marcar el paso [...]”. En esa ocasión profirió uno de sus célebres exabruptos, llegó a compararse a sí mismo con una figura histórica: “[...] y sepan que yo soy como Benito Mussolini [...]”. El sentido de tamaña analogía con el Duce¹ parecía una respuesta provocativa, en otro contexto más favorable para él, a aquellos volantes del GRES que dos años atrás lo acusaban de fascista. También se explica como alusión a los tiempos que se avecinaban, pues la exacerbación corporativa del nacionalismo —uno de los ejes discursivos de la dictadura de Videla y sus generales— siempre se apoyó en un difuso “ser nacional” que decían defender de la agresión marxista. De modo que las palabras de Tino demostraban que vislumbraba muy bien lo que vendría, y apuntaban a subrayar su identificación con las autoridades militares, que acababan de derrocar al gobierno constitucional de la viuda de Perón, María Estela Martínez (Isabel).

¹ Las ironías del lenguaje indican que la traducción de *duce* al castellano posee las siguientes acepciones: conductor, guía, caudillo y jefe, como muchos de sus acólitos llamaban gustosamente a Tino.

Los alumnos de la décima promoción (y sus compañeros, desaparecidos luego, de la quinta, séptima, octava y novena) no escucharon el discurso alineado al nuevo orden dictatorial, ya no estaban en el colegio, los últimos habían egresado dos años antes. ¿Cómo hubieran reaccionado ante la “bajada de línea” de Tino? Lo cierto es que para ese entonces, Ángel, Silvia, José, Teodocio, Sergio, Alejo, Claudio, Julio, Horacio y Daniel continuaban sus vidas en otro lado, pero no tan lejos. Andaban por el conurbano llevando adelante sus sueños de un mundo más justo, se comprometían con consecuencia militante, tomaban la opción de convivir con los obreros, se metían a trabajar en las fábricas y realizaban tareas de solidaridad social. Como muchos militantes de la época, Larrousse confirma: “En aquel momento, la izquierda tenía una tendencia [como línea de intervención], se decía que había que incorporarse a la clase obrera... En el año 1973, luego de abandonar [la carrera de] Agronomía, entré en Alpargatas”.²

Sergio Zurita trabajó en FFA (industria químico-fotográfica); Claudio Zurita, en Adabor (industria metalúrgica, fábrica de silos); Alejo Zurita —que luego de recibirse de bachiller se había capacitado en un instituto técnico— en una industria metalúrgica de la ciudad de Buenos Aires; José Lépre en el Frigorífico SUBPGA (cerca de la intersección de la ruta 2 y el Camino General Belgrano, en el Cruce Varela); Ángel Iula en la industria del cuero de la zona de Sarandí (Avellaneda); Julio Gushiken en la industria textil; Horacio Gushiken en Rigolleau (industria del vidrio de la vecina localidad de Berazategui); el avanzado estudiante de Medicina, Daniel Demaestri, se había empleado en varios rubros y colaboraba *ad honorem* en una sala de primeros auxilios del barrio El Ombú, cerca de la ruta 2. Todos los pibes pasaron por la “experiencia obrera”.

Larrousse lamenta las constantes y sucesivas divisiones de la izquierda argentina. En ese sentido algunas agrupaciones intentaron mantener la coherencia entre su prédica y su acción, por eso agrega: “La idea era formar desde la base un movimiento más amplio... El sello era lo menos importante, sellos había a montones”.³

Muchos estudiantes habían tomado un camino parecido; saliendo de los claustros asfixiantes de la Universidad de la dictadura rompieron el cerco del mandato social. Ellos podrían haber optado por lo que su destino de clase les aseguraba: el acceso a la educación superior, la ob-

² Entrevista de los autores a Julio Larrousse ya citada.

³ *Ibid.*

tención de un título universitario. Lo hubieran logrado, pero a sus almas generosas, a ellos y otros treinta mil de su generación no les alcanzaba, no querían salvarse solos, sentían que la salvación individual no era el camino, y pensaban y actuaban en consecuencia. Como supo sintetizar un compañero de los pibes del Santa: “Ellos luchaban por una sociedad más solidaria, con justicia social, sin privilegios de clase, sin excluidos”.

Otros militantes de aquella época, con diferente justificación, aseguran hoy que esa decisión política de, una vez concluidos los estudios secundarios, avanzar en otros frentes, específicamente el universitario y el fabril, era lo que el diagnóstico del momento señalaba como lo más importante. No era que “se hubiese abandonado” el frente secundario, sino que el cruce de las urgencias políticas del momento con la disposición de cuadros militantes originaba una ecuación cuya resultante daba que había que privilegiar esos lugares de trabajo. La militancia era esencialmente ideológica, de entrada a las fábricas y contacto con los trabajadores. Hoy todavía existe controversia entre distintos autores sobre la singularidad de la política de ese momento. El relato de Rubén Porto sirve de ejemplo y tiene el valor histórico de su doble condición de militante y trabajador en el ISL:

En la época previa al golpe del 76, y después, yo empecé a tener problemas con Tino... alguna vez discutimos políticamente, y yo le dije que de mí... —se detiene y aclara, para dar contexto— en mérito al rigor, yo no compartí la militarización de la organización [Montoneros, durante el gobierno constitucional] y para mí eso era un valor agregado que yo le daba a mi militancia, y la ponderaba, porque entendía que el estado de derecho admitía otras formas de lucha por la igualdad, por la justicia... entonces yo me acuerdo de haberle dicho [a Rodríguez]: “Usted nunca me va a poder decir a mí que yo haya usado un arma en la defensa de mis ideas”, en una discusión fuerte que tuvimos.⁴

Había un debate entre las corrientes políticas acerca de la opción armada. Las diferentes líneas discutían los fundamentos y las implicancias de encarar el foquismo, la vía insurreccional, la guerrilla urbana, entre otras variantes que incluían la distinción entre el enfrentamiento a un gobierno constitucional —más allá de sus defectos, como el de María Estela Martínez de Perón— y a una dictadura.

⁴ Entrevista de los autores al doctor Rubén Porto, ya citada.

Rubito continúa su testimonio. En el mismo se destacan una hidalguía y una honestidad intelectual dignas de mención, en el sentido de la autenticidad con que se esfuerza por rescatar aspectos de la figura de Rodríguez, a pesar de la brecha insalvable que los distanció:

Él tenía una frase, la tenía siempre: “Hay que hacer jabón”.⁵ Una cosa muy jodida que tenía... la tenía siempre a boca. Pero era un tipo al que yo vi trabajar en la escuela nocturna y daba como docente... compromiso... Los encuadramientos son datos objetivos de la realidad, pero bueno, hay que verlo con alguna amplitud, porque la demonización es jodida. Indudablemente sobre el Santa Lucía va a quedar impregnada la marca de que hubo como concepción política un enfrentamiento ideológico, hasta dónde llegó, si fue solo en la esfera de la discusión de las ideas o más, yo no puedo dar testimonio. Pero sí sé que su pensamiento, bueno, qué novedad... digamos, forma parte de una derecha conservadora absolutamente reaccionaria y antipopular, desde el punto de vista de la concepción política, que no es tan así desde el punto de vista de los hechos. El Santa Lucía era una escuela abierta, no era elitista. De hecho hay gente que tiene una visión positiva del rol de Rodríguez como educador, que cree que hizo una contribución a la sociedad.⁶

En los meses posteriores a marzo de 1976, Tino no perdió oportunidad de ajustar y profundizar su alineamiento con el autodenominado Proceso de Reorganización Nacional. Utilizó muchas situaciones para adoctrinar a sus alumnos. En una oportunidad durante ese ciclo lectivo, un alumno arrojó un higo, arrancado de un árbol del parque del colegio, contra el pizarrón en el que la profesora de Matemática –Teresita Rodríguez, sobrina de Tino– de espaldas a los estudiantes, escribía ecuaciones para que las resolvieran. Al no poder identificar al autor del hecho, el rector llamó a su despacho a la mayoría de los varones; pero no a todos, sino a aquellos ubicados en el sector del aula desde el que la docente suponía que había partido el fruto convertido en proyectil. Luego

⁵ La obviada de la frase, en el contexto del testimonio, hace redundante cualquier comentario acerca de sus graves connotaciones históricas, ligadas al racismo y a las ejecuciones masivas en los campos de concentración montados por los nazis durante la Segunda Guerra Mundial.

⁶ Entrevista de los autores al doctor Rubén Porto, ya citada.

de entrevistarlos uno por uno, buscando, como tantas otras veces, la delación, reunió al grupo de sospechosos y los amedrentó con una historia macabra: “Tengan cuidado con lo que hacen. El otro día vi cómo terminaron unos subversivos: cuando volvía de La Plata en la ruta hubo un operativo, el auto de los guerrilleros se quemó con todos adentro, pasé despacito para ver y lo único que no se había carbonizado era la punta del pie de uno, que sobresalía por la puerta”.⁷ Los acusados de arrojar el higo contra el pizarrón fueron suspendidos provisionalmente, hasta tanto se apersonaran sus padres, citados para dos días después. Grande fue la sorpresa de Tino cuando, en lugar de escuchar con sumisión la diatriba contra sus hijos, aquéllos le retrucaron que él era director de un establecimiento educativo y no un comisario a cargo de una seccional. Acentuando la disconformidad con el modo en que había manejado el conflicto entre los alumnos y la profesora, se quejaron con firmeza: “Usted no puede manejar la escuela como si fuera un cuartel”. A partir de este entredicho, ese grupo de padres no volvió a ser convocado por ninguna cuestión disciplinaria ni de otra índole.

A pesar de este incidente, Rodríguez no bajó la apuesta. Por el contrario, tenía el frente interno del colegio bastante tranquilo en comparación con los años anteriores. Ya el grueso de los alumnos se había disciplinado al nuevo orden que, por otra parte hacía estragos fuera del establecimiento: la dictadura profundizaba las acciones represivas con secuestros y desapariciones. El clima se había enrarecido, los pibes del Santa ya no eran como aquellos pibes del Santa. No estaban organizados para enfrentar semejante aparato de disciplinamiento puesto en marcha con el apoyo del Estado, y con el cual Tino se sentía a sus anchas. En los hogares de Varela, como en todo el país, la propaganda dictatorial alertaba desde el televisor: “¿Usted sabe dónde está ahora su hijo?”.

Cualquier intento de organización estudiantil era abortado por la propia lógica del momento. La energía adolescente se canalizaba a través de los torneos deportivos, las típicas estudiantinas bailables organizadas para recaudar fondos pro viaje de egresados y alrededor de la música, que ofrecía algunos bastiones de resistencia simbólica. No fue casual que en esos años el movimiento de la música rock sufriera los embates de la represión cultural. Se multiplicaron los operativos poli-

⁷ Rodríguez apeló innumerables veces, en diferentes épocas y con ligeras variaciones, a esta imagen del guerrillero carbonizado cuando amonestaba a ciertos alumnos cuya conducta, según él, era necesario cambiar.

ciales a la salida de los recitales; los jóvenes eran apresados en masa y llevados a las comisarías. Las listas negras que incluían a numerosos artistas produjeron un retraimiento ostensible de la cultura, un acorralamiento en todos los frentes. Las mordazas a todo tipo de libre expresión se perfeccionaban con amenazas, prohibiciones, clausuras de espectáculos, teatros incendiados y exilios forzados.

El doctor Porto recuerda:

Hay una imputación por unas visitas reiteradas de algunos comandantes y jefes locales y regionales al colegio a reuniones con Rodríguez, de lo que se deduce que había ahí un señalamiento de personas; esto queda instalado como fenómeno”.⁸

Rubito evoca la tensión que podía producirse si alguien no se alineaba con el rector:

Se mezcla todo... Tino fue profesor mío en el secundario, en el Comercial, yo me casé en el 72 y estuvo en mi casamiento, tenía afectividad por él, y reconocimiento y cariño... pero después nos peleamos mal, desde esa vez quedamos mal en nuestra relación personal, yo le recriminé... me acuerdo hasta el lugar en el que fue la discusión... Estaba muy vinculada con esto que se venía dando, que había milicos adentro de la escuela, que se los veía, que iban con traje de fajina... Y bueno, le recriminé eso.⁹

El convencimiento ideológico de Rodríguez y su concepción pedagógica autoritaria y represiva tuvieron un espaldarazo con la publicación oficial del Ministerio de Educación de la dictadura, “Subversión en el ámbito educativo: conozcamos a nuestro enemigo”, que le dio letra y citas de autoridad en las que se amparó años después, cuando su abierto apoyo a Videla—por entonces reo en el penal de Magdalena, tras haber sido condenado al igual que otros ex comandantes del Proceso de Reorganización Nacional—produjo un movimiento de repudio sin precedentes en la vida institucional del Santa, como se verá más adelante.

⁸ Entrevista de los autores al doctor Rubén Porto, ya citada.

⁹ *Ibid.*

IX. Conozcamos a nuestro enemigo

En el mes de octubre del 77 el Ministerio de Cultura y Educación emitió el decreto N° 538 que hacía obligatoria la lectura del folleto titulado: “Subversión en el ámbito educativo: conozcamos a nuestro enemigo”. El documento constituía un llamado claro y lineal a la labor de inteligencia militar dentro de las escuelas. El texto se imprimió en los talleres del propio Ministerio, autorizado por el ministro Juan José Catalán, quien siguió los pasos de su predecesor Pedro Bruera, responsable directo del Operativo Claridad.¹ El folleto invitaba a los educadores a reconocer dentro del alumnado a la “infiltración marxista” para poder “arrancarla de raíz”, metáfora para nada desligada de la política de desaparición de personas que practicaba sistemáticamente el gobierno militar.

El artículo del Ministerio establecía que: “Las autoridades de los respectivos establecimientos serán responsables de la difusión del contenido del folleto [...] entre todo el personal docente y administrativo”.

La cúpula militar rescataba el carácter clarificador del texto ya que, decía: “tiende a facilitar a los docentes la comprensión del proceso sub-

¹ A través de esta operación la dictadura comenzó a infiltrar agentes dentro del campo cultural y educativo, además de confeccionar las nefastas listas negras de los posibles opositores al régimen militar, verdadera antesala de las desapariciones. El 24 de marzo de 1996, el diario *Clarín* publicó el resultado de una investigación periodística, a cargo de Sergio Ciancaglini, Oscar Raúl Cardozo y María Seoane, que documentaba la existencia del Operativo Claridad durante la dictadura. El informe puso a la luz pública las carpetas que contenían nombres de artistas y escritores prohibidos y exiliados —la lista de más de doscientos nombres incluía los de varios desaparecidos, por ejemplo: Rodolfo Walsh—; el material daba cuenta de la metodología del operativo y de la caracterización de un amplio perfil para seleccionar quiénes debían ser vigilados, perseguidos y censurados.

versivo en el país, especialmente en el medio educativo, y brinda elementos de juicio sobre la forma de obrar del marxismo”.

Más aun, afirmaba: “El accionar subversivo se desarrolla a través de maestros ideológicamente captados que inciden sobre las mentes de los pequeños alumnos, fomentando el desarrollo de ideas o conductas rebeldes, aptas para la acción que se desarrollará en niveles superiores [...]”²

De más está decir que este folleto, que llegó a los establecimientos educativos acompañado de material filmico, es citado por todos los estudios sobre la dictadura militar como expresión del más alto nivel de penetración de la lógica represiva dentro de los colegios, apuntando básicamente a la denuncia de los jóvenes que asumieran algún liderazgo junto a sus compañeros, o de aquellos profesores con cierta inclinación por abordar una visión crítica de la realidad en sus clases.³ Dos años más tarde, el gobierno militar hizo llegar a las escuelas y universidades el conocido documento “El terrorismo en Argentina” con el que intentaba justificar, a través de la publicación de recortes periodísticos sobre el accionar de las organizaciones armadas, la represión que se estaba llevando a cabo.

Como se puede apreciar en su libro sobre el Instituto, Rodríguez no solamente reconoce haber accedido al documento “Subversión en el ámbito educativo”, sino también haberlo aplicado en la labor institucional cotidiana a raíz de la circulación de folletos “de origen dudoso”, según sus propias palabras. Incluso llegó a comparar los folletos del GRES, que en más de una oportunidad criticaron su modo autoritario de conducción institucional, con el ataque al director de un Instituto en Capital Federal publicado por el diario conservador *La Nación*, poniéndose en la situación de posible víctima, a pesar de ser conspicuo admirador y allegado de los verdaderos victimarios: “Noticias que nos llegaban del panorama general de la educación en el país⁴ hacia [sic]

² Gociol, Judit (coord.), *Un golpe a los libros*, Buenos Aires, Eudeba, 2002, p. 105.

³ Citan este folleto, entre otros autores: Gociol, Judit, *op. cit.*, pp. 104-106; García, Prudencio, *El drama de la autonomía militar*, Madrid, Alianza Editorial, 1995, p. 475; Pigna, Felipe, “La letra con sangre entra”, en Guelerman, Sergio (comp.), *Memorias en presente. Identidad y transmisión en la Argentina postgenocidio*, Buenos Aires, Norma, 2001.

⁴ “Hace unos días se produjo en la Escuela Industrial de la Nación Otto Krause un triste episodio: el director de dicho establecimiento fue seriamente herido de bala

que redobláramos nuestros esfuerzos en la lucha por preservar nuestra institución educativa [...]”.⁵

Más de veinte años después de la publicación de tamaño manifiesto de perversión educativa, y pese a tener conocimiento pleno de la desaparición de los diez ex alumnos del colegio, Tino Rodríguez reivindicó haberlo utilizado y haber llevado a cabo sus enseñanzas. Después de transcribir los párrafos que consideraba más relevantes afirmó: “Atento a lo que acabamos de leer y las observaciones diarias *in situ* podíamos decir ‘nuestra casa está en orden’, la gran mayoría de los alumnos acomodaban su quehacer en la escuela al orden y la disciplina que les proponíamos”.⁶ Esta frase conduce a las siguientes preguntas: ¿qué sucedía con aquellos alumnos no adaptados al orden propuesto?; la afirmación “la casa está en orden” ¿suponía la tranquilidad de saber que poco a poco, y coincidentemente con las fechas de publicación y difusión del folleto, iban desapareciendo aquellos que en años anteriores habían atentado contra la disciplina impuesta por el rector y su programa ideológico con rasgos autoritarios?

Tal fue la seguridad con que vivió sus últimos años Rodríguez que se animó a mostrar, con respecto a su participación activa en el Proceso, más de lo que muchos de sus detractores pudieron decir públicamente. Lo escrito en su vejez confirma lo que tantas veces vociferó delante de profesores, padres y alumnos: su acuerdo con los métodos “antisubversivos” ideados por la dictadura y su utilización dentro del Instituto Santa Lucía.

por un, al parecer, alumno que le disparó a boca de jarro en plena luz del día. El agresor estaba pintando con aerosol consignas políticas en las paredes del edificio, y cuando el director intentó impedirsele reaccionó de aquella desmesurada forma. [...] Pocos ignoran que en los establecimientos educativos se vive una permanente situación de activismo político, junto con el deterioro y descrédito de la función docente. [...] Es obvio que la ausencia de autoridad y la falta de disciplina conspiran contra la eficacia de los estudios y, por consiguiente, de la adecuada formación del alumno para su posterior desempeño en el ejercicio de la carrera elegida.” *Diario La Nación*, “Una víctima más” (nota editorial), 28 de junio de 1974.

⁵ Rodríguez, Modesto Evaristo, *op. cit.*, p. 72.

⁶ *Ibid.*, p. 95.

X. Secuestros y cautiverios

Ausencia de ustedes,
allí, donde gritan las sombras,
aquí, donde la luz pálida del amanecer
no los encuentra,
porque el vacío que dejaron
no es simple ausencia, es latido,
es sangre derramada sobre la esperanza...
¿de qué (nos) hablan los diálogos
nunca pronunciados al azar, sino
inscriptos como aguafuertes sobre los muros
abatidos por el dolor y la sed?
Intentamos descifrarlos y seguir caminando
por el filoso rumbo de la historia,
buscamos la esencia de su lucha en cada mirada
que interroga el mundo
y en cada gesto capaz de desafiar
el orden naturalizado de la muerte...
la rebelión dormida, compañeros,
sobre un colchón de piedra
cercada por alambres
se despierta y mira y pregunta:
¿quién me toma? ¿quién enarbola mi divisa?
¿quién abraza esta causa y le da vida?
¿quién me da vida
y me lleva en su aliento?
¿quién sale conmigo
al vibrante calor del camino?
Son preguntas, nada más, que buscan

bajo el manto de hojas secas del sendero,
 son preguntas que crujen
 y como ramita seca van ardiendo,
 son preguntas que se derraman desde las venas
 abiertas de la memoria colectiva...

RAFAEL BRITZ

Daniel Demaestri fue secuestrado en su hogar de la calle Contreras de Florencio Varela, el 8 de febrero de 1977, durante un operativo de las fuerzas conjuntas de la dictadura. Esa misma tarde, antes de irrumpir en la casa de Daniel, se llevaron a Antonia Oldani de Reggiardo de su domicilio en Monteagudo y Mitre, en pleno centro comercial de la localidad.¹ La caravana de autos transitó desde esa esquina por la arteria comercial,² hizo cuatro cuadras y dobló por Contreras, describiendo un circuito en ele hasta donde vivía Daniel. Allí se desató el horror y la desolación descriptos por su hermana Inés Demaestri en el Juicio por la Verdad:

[...] los vecinos ven que llega un auto, que dentro de él había una señora encapuchada y entran de forma despótica en el hogar de mi madre, por delante de la puerta principal, por el costado y por el fondo con gente, con armas, donde entran de forma brutal y lo toman a mi hermano en una habitación apuntándolo, que eso lo ven mi abuelo y mi mamá, a mi cuñada y a mi abuelo los ponen en otra habitación boca abajo apuntándolos. Hacen destrozos en la casa de mi mamá, revuelven todo, se llevan cosas de valor, rompen libros, como es, documentos que tenía mi hermano que estudiaba medicina, no documentos, sino apuntes, bueno, destrozan todo y mi mamá y mi familia no ven absolutamente nada lo que hacen con mi hermano en la otra habitación y a pesar de que estaban mis sobrinitos chiquititos, el recién nacido de cuatro días y Ezequiel que tenía casi nueve meses, también la tienen a mi cuñada apuntándola con los chiquitos ahí...³

¹ Enrique Quique Reggiardo, hijo de Antonia, fue secuestrado en la empresa Hemigraf de Lanús, donde trabajaba, al día siguiente.

² El operativo se desarrolló de acuerdo a la metodología conocida como zona liberada: los secuestradores tenían control total del territorio, después de haber dado aviso del procedimiento a la comisaría con jurisdicción sobre la zona.

³ Declaración testimonial de Inés Demaestri, Cámara Federal de Apelaciones, La Plata. Juicio por la Verdad. 5/12/2001 (en APDH La Plata, Expediente N° 211). En

Varios vecinos vieron y reconocieron a la señora de Reggiardo en uno de los automóviles en los que los miembros del grupo de tareas llegaron a la casa de Demaestri. La hija de una vecina de la familia, que vivía a una cuadra, recuerda el espanto con que entró su madre a la casa y les contó que acababa de ser amenazada con armas por los secuestradores, cuando quiso acercarse a la señora Oldani de Reggiardo, quien desde el auto alcanzó a pedirle que le avisara a su familia que la estaban llevando.

Sergio Zurita fue secuestrado el 1° de febrero de 1978, cuando caminaba por la calle 129, entre 63 y 64, de Berisso, cerca de la ciudad de La Plata, junto con Ariel Ricetti. Su hermano Gustavo pudo reconstruir el itinerario del cautiverio de Sergio, según consta en su declaración testimonial en el Juicio por la Verdad:

[...] fue detenido en el marco de un amplio operativo de fuerzas de seguridad [...] estaban presentes autos aparentemente oficiales que correspondían a la Comisaría 34 de la ciudad de Berisso y a la Subcomisaría de Los Talas [...] son detenidos Sergio Zurita y Ariel Ricetti, a las 19:30 cuando venían caminando sobre la calle 129 antes de llegar a la esquina de 63, de acuerdo al aporte que hacen los testigos, y fueron intimidados a subir a uno de los vehículos, sin ofrecer ningún tipo de resistencia. [...] fueron trasladados a una dependencia policial que estaba localizada en la calle 12 entre 60 y 61, donde supuestamente fueron torturados. [...] Por algunos informes y por algunas declaraciones posteriores se logra saber que mi hermano Sergio fue trasladado posteriormente [...] al Batallón de Infantería de Marina Número 3, el BIM, que estaba en ese momento localizado en la calle 122.⁴

Allí estuvo Sergio durante febrero y marzo, luego

[...] fue trasladado al centro clandestino de detención denominado La Cacha, que estaba localizado en la localidad de Olmos, en el radio de la ciudad de La Plata, allí fue visto entre marzo de 1978 y julio de 1978, ocasión en que fue trasladado con destino desconocido. [...]

Pacheco, Hernán y Pablo Carrera, *op. cit.*, p. 41.

⁴Precisiones aportadas por Gustavo Zurita durante su declaración testimonial en el Juicio por la Verdad, ante la Cámara Federal de Apelaciones de La Plata, desgrabación de la sesión del 29 de octubre de 2003, Causa N° 832/SU.

En ese transcurso se produjo la visita del general Suárez Mason a ese campo y estaba en planes aparentemente de desmantelamiento, tal es así, que ese centro creo que se cerró en agosto de 1978.⁵

Julio Gushiken dejó de tener contacto con su familia en el mes de febrero de 1978. Según algunos compañeros de militancia, que se dieron la tarea de reconstruir el cautiverio de los pibes, habría sido visto en el centro clandestino de detención El Vesubio y posteriormente trasladado a El Banco.

El pibe que fue encontrado

Horacio Gushiken alcanzó a alertar a la familia de Julio sobre su desaparición, y le aconsejó que presentaran el hábeas corpus. A partir de entonces, febrero de 1978, también él perdió todo contacto con sus padres y hermanos. Era evidente que todos los pibes sabían que el peligro rondaba cerca de ellos; los testimonios de los familiares coinciden en que mantenían citas de perfil bajo, y luego solo llamadas telefónicas, extremando la cautela. No obstante, siendo consecuentes con sus principios, trataron de resguardarse sin dejar la militancia.

Cinco meses después, en julio del 78, Horacio estaba en Mar del Plata. Allí lo alcanzaron las fuerzas represivas. Su cuerpo fue encontrado en la playa conocida como Barranca Los Lobos y posteriormente sepultado como NN, el 13 de julio 1978, en el Cementerio Parque de Mar del Plata. Se desconocen las circunstancias de su secuestro. Pero el trabajo de investigación científica y de búsqueda del Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF) permitió reconstruir el modo en que fue asesinado. Luego de la autorización del Tribunal en lo Criminal Federal de Mar del Plata, el 2 de julio de 2003, el cuerpo de Horacio fue exhumado. Las pericias revelaron que fue ejecutado con dos disparos en la nuca y que sufrió otros dos, en la clavícula y en un miembro inferior. Finalmente: "El 17 de marzo de este año [2004] el Equipo de Antropología presentó un informe arqueológico donde señalaba que los restos recuperados coincidían con quien en vida fue Carlos Horacio Gushiken".⁶

⁵ *Ibid.*

⁶ *La Plata Hocht: Noticiero del Plata*, edición en castellano, jueves 30 de diciembre de 2004.

Hoy sus restos descansan en el Cementerio de Florencio Varela. Es el único de los pibes identificado hasta ahora, y de quien se pudo saber —gracias al análisis científico de los peritos del EAAF— el modo inhumano y bestial en que fue ejecutado por la espalda.

Cinco de los pibes del Santa, más un compañero de militancia que había estudiado en el Instituto San Juan Bautista, fueron víctimas de una secuencia combinada de operativos, perpetrados por grupos de tareas que reportaban al centro clandestino de detención conocido como El Banco. Las redadas se llevaron a cabo entre el 23 y el 26 de mayo de 1978 en el oeste del Gran Buenos Aires y la Capital Federal: el Toto Teodocio Acuña y Claudio Memo fueron secuestrados por el grupo paramilitar que asaltó la pensión de Ramos Mejía donde se hospedaban. El Tanito Léporre fue rodeado por los represores en la esquina de Buenviaje y 9 de Julio de la misma localidad. Cerca de allí se llevaron al matrimonio formado por Ángel Iula y Silvia Schand (embarazada de tres meses); mientras que Alejo Zurita fue levantado “[...] en Capital Federal en la dirección de la calle Vélez Sarsfield al 2100 que era su lugar de trabajo, el día 26 de mayo de 1978, a las ocho y treinta horas por un grupo operativo de fuerzas de seguridad”.⁷

Este grupo de seis pibes (siete, si se considera que Julio Gushiken pudo haber sido llevado también allí) permaneció poco tiempo en El Banco, como máximo hasta julio de 1978. Testimonios de sobrevivientes incluidos en el Informe de Amnistía Internacional de junio de 1979, presentados ante la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas, y durante el Juicio por la Verdad revelan que para esa época El Banco estaba siendo desmantelado, y que se estaba preparando como su continuidad otro centro clandestino de detención conocido como El Olimpo.

No hay certezas acerca de que alguno de los pibes fuera trasladado a El Olimpo. Diversas fuentes consultadas afirman categóricamente que su último destino fue El Banco. La búsqueda incansable de Ángela y Martina, abuelas de la criatura que habría nacido en cautiverio, seguirá como tantas otras, para poder abrazar algún día a ese nieto o nieta soñado en tantas noches sin Ángel y sin Silvia.

Claudio Zurita se encontraba en Mar del Plata, adonde había viajado por sugerencia de sus padres para tratar de eludir el accionar represivo que se había abatido sobre todos los pibes. Su hermano Gustavo testimonia:

⁷ Gustavo Zurita: declaración testimonial en el Juicio por la Verdad, ya citada.

[...] Claudio, aproximadamente en el mes de marzo, abril de 1979, por sugerencia y recomendación de mis padres, se traslada a la ciudad de Mar del Plata, no conocemos su domicilio, pero ahí comienza a trabajar en un lugar que también desconocemos y mantiene comunicaciones periódicas con mi madre por vía telefónica hasta el día 20/07/79, que es la última comunicación que mantuvo y que nosotros la tomamos como una fecha clave a partir de la cual consideramos que fue detenido y desaparecido; desde ese momento nunca más pudimos obtener dato alguno, por vinculación directa o por terceras personas [...].⁸

⁸ *Ibid.*

XI. Civilización o barbarie: el arsenal discursivo

La ideología oligárquica se consolida como un modelo maniqueo, simplista, primitivo y cerrado.

JOSÉ GABRIEL VAZEILLES

Para entender el proceso represivo que se vivió en Argentina durante la dictadura, es necesario desandar una serie de vinculaciones ideológicas que la cultura dominante derramó sobre el cuerpo social a lo largo de la historia de nuestro país.

Desde la conquista de América hasta la última dictadura militar un arsenal discursivo fue puesto a disposición del gobierno de turno para satisfacer su ambición de dominio y explotación. Pretender justificar el genocidio de los setenta a partir de la tesis de un “exceso individual en la represión” es desconocer una matriz de pensamiento que justificó y justifica hoy la destrucción del otro, del diferente; y peor aun, de aquel que pretende cuestionar el orden social. Por todo esto, nos parece interesante detenernos en algunos momentos de nuestra historia para verificar el funcionamiento de dicho aparato represor y su parafernalia discursiva.

Durante la conquista de América llevada a cabo por los españoles, los pueblos originarios dieron sobradas muestras de querer defender su territorio, sus tradiciones, sus particularidades idiomáticas, sus religiones, en definitiva, su cultura. A pesar de que las Leyes de Indias dictadas por el imperio español recomendaban un trato cristiano a los indígenas, la realidad marcó la continua explotación de los pueblos conquistados por la fuerza. La religión católica, salvo raras excepciones, se convirtió en vehículo de imposición cultural para los indígenas y de justificación para su eliminación. Los aborígenes fue-

ron considerados siempre por el europeo como miembros de una raza infrahumana, como verdaderos salvajes, alejados de toda moral y sentido de justicia y equiparables a los animales. Dos hechos históricos lo atestiguan. Primero, el caso de los indios quilmes, que a la llegada de los españoles habitaban los valles calchaquíes, y que durante años ofrecieron una tenaz resistencia a los conquistadores, quienes buscaron su aniquilamiento por todos los medios: el combate militar, la tortura a los capturados, el sometimiento a la esclavitud, hasta el destierro, llevando a los sobrevivientes a miles de kilómetros de su lugar de origen. La localidad bonaerense que lleva su nombre es el lugar al que fueron destinados.

El otro ejemplo, ya más cercano en el tiempo, es la llamada Campaña del Desierto dirigida por el general Julio Argentino Roca en 1879. El Estado argentino le encargó la matanza sin dilaciones, es decir la eliminación de las tribus que se hallaban al sur del Río Colorado. Esta expedición punitiva enfrentó a un ejército pertrechado con fusiles Remington contra malones de indios desesperados que contaban solamente con sus lanzas, arcos y flechas como armas para resistir al invasor. El resultado de tan dispar contienda quedó expuesto a la historia. En solo tres meses y medio la Confederación Indígena hegemónica por los mapuches fue liquidada. Una vez derrotados los guerreros indígenas, las tropas del gobierno nacional arrasaron con pueblos enteros, sin respetar la vida de niños, mujeres y ancianos totalmente indefensos. Una mapuche sobreviviente de la matanza, especificaba las características de la masacre: "A mis abuelos los mataron con lanzas y tiros. [...] A mis padres les cortaron el dedo gordo de la mano y la lengua; a mi madre la llevaron y la mataron y a mis hermanos los llevaron. Dicen que en barco para la ciudad."¹

La justificación para la matanza fue, una y otra vez, la necesidad de no detener el progreso y de llevar *la civilización* a todos los rincones del país. Roca y sus generales, adelantando la política cruel del campo arrasado, se repartieron el botín: grandes extensiones de tierras arrebatadas a los aborígenes. En aquella época se consolidaron las familias terratenientes que dominaron por décadas la historia del país. El fin —la civilización— justificaba cualquier medio utilizado. El Estado nacional llegó a pagar patacones (letras del tesoro) a cambio de orejas de indios salvajemente asesinados. El mismo Estado que encargó la

¹ Diario *Página/12*, Suplemento "Culturas", 12 de marzo de 1989.

expedición le rinde homenaje en numerosas plazas a Roca por haber realizado tamaña *limpieza étnica*. Todavía hoy, el monumento más alto de la Ciudad de Buenos Aires es el dedicado al general Roca.

La dicotomía expuesta por Domingo Faustino Sarmiento bajo el eslogan “civilización o barbarie” no deja ningún tipo de dudas: el modelo de cultura occidental que debía imponerse en el país necesitaba la llegada de inmigrantes europeos de origen anglosajón para poder desarrollarse, ya que los pobladores de aquel entonces —gauchos, campesinos, indios— eran incapaces de adaptarse a las nuevas formas de desarrollo de la economía mundial impuestas por la división internacional del trabajo. Una vez más estamos en presencia del puro ejercicio dialéctico que sirve para la eliminación del otro, del adversario; en el caso de Sarmiento las famosas *montoneras*. Cualquier intento de resistencia al nuevo orden servía para reforzar las acusaciones que pesaban sobre los marginados del sistema. Si los indios en su búsqueda desesperada de supervivencia atacaban un rancho o una estancia, esa acción justificaba todavía más su aniquilación decidida previamente. El modelo ideológico oligárquico: “[...] se justifica atribuyendo especialmente a las clases populares cualidades profundamente negativas de carácter incluso satánico o cuasi satánico, que no solo justifican su explotación, sino que explican por qué la Argentina no llega a ser una sociedad moderna y democrática [...]”²

Este método de acción, apoyado en un aceitado mecanismo discursivo, operó otra vez cuando los inmigrantes de fines del siglo XIX y principios del siglo XX trajeron consigo las tradiciones campesinas y obreras de lucha y reclamo por una existencia digna. Allí el discurso desarrollado por los grupos oligárquicos nacionales funcionó en consonancia con cierta prédica nacionalista, reivindicando con retroactividad la figura del gaucho (que había sido derrotado previamente en su esencia rebelde) y de un “ser nacional” moldeado de acuerdo a las necesidades del momento. El Estado, a través de la policía y el Ejército, torturó y asesinó sin contemplación a los trabajadores por ser comunistas o anarquistas. Como si eso fuera poco, dictó la Ley 4.144, conocida como Ley de Residencia, para desterrar a aquellos extranjeros díscolos acusados de algún tipo de militancia política o sindical. Estas fueron las herramientas utilizadas para mantener a raya a los

² Vazeilles, José Gabriel, *La ideología oligárquica*, Ficha de Cátedra III, Historia II, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, 1995, p. 18.

sectores menos beneficiados de la economía nacional. Economía que sirvió para caracterizar al país como “el granero del mundo”, pero que condenaba a grandes masas de población a vivir en la miseria. La política represiva aplicaba como consigna de manual un sentido de la argentinidad naciente, que se manifestó en el “Yo, argentino”, y al que se apelaba para evitar caer en manos de las bandas fascistas durante la Semana Trágica en diciembre de 1919. Luego, en el año 1921, se reprimió violentamente una rebelión en Santa Cruz encabezada por peones rurales anarcosindicalistas, hecho conocido como “la Patagonia rebelde” a partir del texto famoso de Osvaldo Bayer.

Al primer golpe militar, capitaneado por el general Uriburu, que marcó la restauración oligárquica luego del período yrigoyenista, le siguió rápidamente una acentuación del orden policial imperante. Bajo el régimen de Uriburu, explica el investigador Ricardo Rodríguez Molas, “miles de personas han sido encarceladas. Toda la vida social argentina se encontró de repente en manos de este personaje [...] que encarcelaba impunemente, que insultaba, que amenazaba, que hacía torturar”.³

El texto se refiere al hijo del controvertido escritor Leopoldo Lugones, quien como Comisario Inspector de la Policía, inauguró nuevas y aberrantes técnicas de tortura, incluida la picana eléctrica, utilizadas a lo largo de todo el siglo xx. Paradojas de la historia: la nieta del escritor fue una aguerrida militante en los setenta y, como otros miles y a pesar de su abolengo, terminó engrosando la lista de detenidos-desaparecidos. Los documentos agregan que “niños de pantalones cortos han pasado días y semanas en horrible hacinamiento en las cárceles de la Capital por el delito de haber expresado su solidaridad con la Reforma Universitaria”.⁴ Esto demuestra sin ambigüedades el peso de la represión temprana sobre las organizaciones estudiantiles, que sufrirán durante el onganiano⁵ el embate policial en el episodio conocido como “La noche de los bastones largos”.

³ Rodríguez Molas, Ricardo, *Historia de la tortura y el orden represivo en la Argentina*, Buenos Aires, Eudeba, 1985, p. 87.

⁴ *Ibid.*, p. 90.

⁵ El dictador Juan Carlos Onganía derrocó al gobierno constitucional de Arturo Illia el 28 de junio de 1966. Su gobierno, ampulosamente autodenominado Revolución Argentina, acarreó una degradación de la cultura, la reducción del presupuesto educativo y planes económicos de miseria y atraso. Su proyecto comenzó a eclipsarse al calor de la resistencia popular que generó movilizaciones como el Cordobazo y el Rosariazo, entre otras.

Los cabecitas negras

El peronismo significó la aparición masiva de los sectores populares en la escena pública nacional. El proceso de sustitución de importaciones que se desarrolló en la década de 1930 a partir de la crisis mundial del 29, se profundizó en Argentina con la Segunda Guerra Mundial. Este proceso permitió a nuestro país el despegue industrial en algunas áreas estratégicas de la economía. Gran cantidad de habitantes del país migró a los centros urbanos, donde estaban radicadas las industrias, para constituirse en mano de obra insustituible. Fueron llamados despectivamente “cabecitas negras” haciendo alusión a su tez morena. Transformado en estigma, el color de su piel sirvió para despreciarlos y ningunearlos. El fenómeno del peronismo es, en esencia, difícil de encuadrar por las contingencias sufridas a lo largo de su historia, que nosotros no vamos a analizar aquí. Pero sí debemos dejar constancia de que el antiperonismo profundo (lo que se denominó gorilismo) surgió inicialmente del temor que provocaba en las clases medias y altas ver a los “cabecitas” hacerse dueños de las calles y las plazas. Este protagonismo en el espacio público los convirtió en un factor de peso indiscutible de la realidad política nacional. Por aquella época se multiplicaron postulados de “sentido común”, cargados con un fuerte contenido racista, según los cuales los descendientes de europeos eran trabajadores, mientras que las personas con ascendencia indígena, de tez oscura, estaban menos predispuestos para la labor esforzada. Visión maniquea que hoy se reproduce, tal como podemos constatar en las afirmaciones que circulan en muchos discursos sociales, por ejemplo: “piqueteros = vagos”; “militantes de izquierda = zurdos, inadaptados”. Estos discursos adjudican a los perdedores del sistema económico y social que los explota y deshumaniza, y a quienes lo resisten, características con las que se pretende justificar el lugar que les ha tocado dentro de la estructura social.

El odio desatado sobre los sectores populares puede corroborarse en los bombardeos de 1955 contra civiles desarmados sobre la mismísima Plaza de Mayo. Más tarde, con la Revolución Libertadora instalada en el poder, se produjeron los fusilamientos del general Valle y de quienes lo acompañaban en un levantamiento contra las fuerzas golpistas. Asimismo, una decena de militantes de base fueron asesinados cobardemente por fuerzas policiales. Una vez expulsado el peronismo del gobierno, miles de trabajadores pagaron con prisión y tortura sus gestos de resistencia.

En 1961, en el debate parlamentario suscitado en torno a la aplicación del Plan Conintes (que justificaba la represión a partir del peligro de conmoción interior), el diputado socialista Alfredo Palacios denunció, en el Congreso Nacional, los cientos de episodios de tortura a presos sociales y políticos. En aquellas sesiones relató el caso del señor Pesquera que fue sometido a las siguientes vejaciones:

El 9 de junio de 1960, [...] 16 hombres que ocupaban dos camionetas, irrumpieron en el domicilio, detuvieron al señor Pesquera y lo llevaron a la sección segunda de La Plata. En la misma mañana del jueves, fue trasladado al local del ex Regimiento 7 de Infantería de La Plata, hoy Batallón Geográfico. De allí fue llevado nuevamente a la sección segunda, de donde se lo sacó con los ojos vendados. [...] se lo bajó en un lugar que sospechaba descampado, y luego, en un lugar que no pudo ver por habersele colocado encima de la venda una capucha, lo desnudaron y estaquearon, es decir, le ataron los pies y las manos con correas de manera que no pudiera moverse. Luego se le volcó un balde de agua encima para mojarlo [...] de inmediato se lo picaneó en el pecho, el abdomen y los testículos durante más de tres horas.⁶

Estos hechos aberrantes fueron cometidos sobre una persona detenida en ámbitos oficiales. Esto demuestra, siguiendo la idea desarrollada por Pilar Calveiro, que el estado de legalidad nunca es igual en Argentina al de las prácticas cotidianas. Si bien los marcos legales existen, en el contexto del “Estado policial argentino”, lo legal se constituye solo como una utopía inalcanzable.

En el levantamiento obrero y estudiantil conocido como el Cordobazo, la represión ordenada por los gobernantes militares fue tal que dejó alrededor de 20 muertos, 500 heridos y decenas de denuncias sobre apremios ilegales luego de los disturbios. Ese mismo gobierno represor llegó a imponer por decreto la pena de muerte en junio de 1970, para aplicarla, en caso de ser necesario, sobre los sectores populares y las organizaciones sociales.

La generación de los setenta, que fue arrasada por la dictadura de 1976, intentó oponer a estos discursos y estas prácticas una mirada distinta, orientada a comprender las raíces profundas de la desigualdad y la opresión. Actuó conforme al diagnóstico que la época les dictaba,

⁶ Rodríguez Molas, Ricardo, *op. cit.*, p. 206.

intentando producir un quiebre histórico en el sistema de acumulación del capital, anunciando el socialismo que generaría, al fin, “el *hombre nuevo*” como superación del hombre alienado en una sociedad capitalista signada por el individualismo y la falta de compromiso social. Su derrota política, la desaparición de sus utopías, condenó al país a treinta años de un repliegue social que recién hoy parece ir quedando de lado: “Nunca como en el período que se abrió en 1976 tuvo la oligarquía la oportunidad de desplegar su propia política sin cortapisas, concesiones ni oposición”.⁷

Por todo lo expuesto, no nos engañemos con algunos de los falsos discursos todavía imperantes. Los 30.000 desaparecidos, los miles de torturados y exiliados no son resultado de un plan improvisado o inconsulto desatado por un grupo de militares pervertidos. Esa barbarie fue la culminación de una violencia prevista y sistematizada durante décadas de entrenamiento, que se apoyó también en las políticas de represión para los pueblos latinoamericanos ideadas en Estados Unidos, a través de doctrinas como la de Seguridad Nacional. Como bien explica Pilar Calveiro:

Las características de este poder desaparecedor no eran flamantes, no constituyeron un invento. Arraigaban profundamente en la sociedad desde el siglo XIX favoreciendo la desaparición de lo disfuncional, de lo incómodo, de lo conflictivo.⁸

Debemos destacar también que la represión desatada sobre las organizaciones se repitió sin tanta sangre pero con igual brutalidad sobre vastos sectores de la población que vieron cómo perdían una a una las conquistas económicas y sociales conseguidas en las décadas anteriores. Toda esta violencia debe ser inscripta en el proyecto de *restauración conservadora* que solo podía llevarse a cabo, a modo de *solución final*, a través de la eliminación física de los sectores más combativos y la despolitización progresiva de los sectores populares.

⁷ Vazeilles, José Gabriel, *op. cit.*, p. 79.

⁸ Calveiro, Pilar, *Política y/o violencia*, Buenos Aires, Norma, 2005, p. 13.

XII. La teoría de los dos demonios

Sobre la década de 1970 se han vertido numerosas interpretaciones. La más conocida es la famosa “teoría de los dos demonios”, consolidada a partir del prólogo del *Nunca Más* escrito por Ernesto Sabato, que vincula la violencia genocida de los militares a una violencia anterior desarrollada por las organizaciones armadas populares, llámense ERP, Montoneros, FAR o FAP. Realizar tal afirmación constituye un reduccionismo rayano en la falsedad. La breve reseña, desarrollada en el capítulo anterior, intenta mostrar en forma acotada a aquellos sectores que históricamente utilizaron la violencia en nuestro país. Además, existen otros argumentos que pueden y deben ser considerados.

El primero es que la guerrilla en Argentina, en forma organizada y con algún grado de poder de fuego, aparece casi cuarenta años después del primer golpe de Estado realizado por las Fuerzas Armadas. Los grupos revolucionarios nacen como resistencia al accionar brutal de los organismos del Estado sobre los sectores populares. A su vez, es necesario señalar que la respuesta armada de las organizaciones populares no es más que una “de las numerosas formas de desobediencia que se practicaron en la sociedad, la más radical y confrontativa”.¹

La guerrilla estaba formada por ciudadanos particulares que ejercían el derecho a la rebelión previsto por la Constitución. Según los documentos de Naciones Unidas, el Estado debe respetar y garantizar los derechos fundamentales de la persona y, cuando no lo hace, es responsable de la violación de los derechos humanos y, en sentido estricto,

¹ Calveiro, Pilar, *op. cit.*, p. 97.

es el único que puede serlo. [...] No son equiparables, por tanto, los delitos protagonizados por organismos del Estado con aquellos que pudieran haber sido cometidos por ciudadanos particulares.²

Por último, y para terminar de desentrañar el origen de la violencia, creemos conveniente remarcar *la violencia primigenia y sistemática* que se ejerció sobre los sectores populares desde los tiempos de la Colonia a través de la explotación económica, la falta de trabajo, el hambre, la prostitución, las diferentes formas de esclavitud encubiertas y la discriminación social e intelectual, ya sea por cuestiones étnicas o de pertenencia de clase.

² Santucho, Julio, *Los últimos guevaristas*, Buenos Aires, Vergara, 2004, p. 97.

XIII. El fin del sueño: del pueblo chico a la debacle de “la ciudad iluminada”

El partido de Florencio Varela está ubicado en la zona sur del mapa del Gran Buenos Aires. Su constitución geográfica y poblacional cumple con los tópicos —sobre todo desde la década de 1940— de las localidades desplegadas en cordones urbanos alrededor de la Capital. Veinticinco kilómetros la separan de Buenos Aires, su centro comercial está organizado del lado noroeste de la estación ferroviaria; hacia el sudeste se asienta, desde sus inicios, la zona más residencial, que incluía viejas quintas solariegas. Los nuevos barrios, más periféricos, empezaron a expandirse con la explosión demográfica que se inició en la década del sesenta. Para esa época, el casco urbano propiamente dicho comprendía, aproximadamente, veinte cuadras a la redonda. Las casas con jardines al frente, las calles empedradas y, sobre todo, el estilo de vida tranquilo, sin urgencias, le han dado a Varela desde siempre ese aire de pueblo chico, donde la mayoría (por lo menos en las veinte manzanas del centro) se conoce. Los vínculos de familia o relaciones de amistad tejieron un entramado peculiar, según la mirada de muchos de estos vecinos, y conformaron un trazado de pertenencia.

La vasta zona rural, con localidades como Hudson, Bosques y La Capilla, entre otras, era entonces territorio de cultivos a cargo de familias organizadas en núcleos poblacionales con presencia de algunas colectividades de diverso origen: portugueses en Hudson (huertas de verduras y hortalizas), japoneses en Villa San Luis y La Capilla (principalmente dedicados a la horticultura y la floricultura). Estas referencias son de trazo grueso, a fin de brindar una aproximación global, y no tiene pretensiones de estudio demográfico; pero refleja lo que aún hoy se mantiene como sustrato en el recuerdo de los vecinos memoriosos.

Florencio Varela empezó a transformarse en “ciudad dormitorio” para muchos de los habitantes que se radicaron en esa época: albergaban

el sueño obrero del terrenito propio sobre el que iban levantando, ladrillo a ladrillo, sus viviendas, mientras debían salir cada madrugada hacia sus trabajos en Buenos Aires; el regreso al anochecer cerraba el periplo diario. A principios de los sesenta, con aquella ilusión de establecerse con la familia como acicate motivador, los nuevos pobladores empezaron a llegar desde los conventillos de La Boca, Barracas y Avellaneda, e inclusive desde localidades cercanas, como San Francisco Solano (partido de Quilmes). Una franja importante de esa población recién llegada tenía lazos comunitarios con la corriente inmigratoria asentada en el oeste bonaerense, especialmente en González Catán, donde se arraigaron familias provenientes del norte del país y de Paraguay.

Cientos de hectáreas se parcelaron en lotes para viviendas familiares. Los contingentes de potenciales compradores eran atraídos durante los fines de semana por las empresas de remate de tierras. Llegaban en transportes que la inventiva popular bautizó “bañaderas”, porque eran ómnibus sin techo. El plan era la promoción y activar la concreción inmediata de la venta mediante planes de pago a largo plazo. Los promotores se instalaban en carpas levantadas para la ocasión, dándole al campo un aspecto festivo, con banderines de colores con el nombre de las empresas que comercializaban las tierras (Kanmar S.A. y Luchetti, eran dos de las más activas), en representación de grupos de familias propietarias de grandes extensiones cuyos herederos optaban por fraccionarlas para su venta. En un lapso relativamente breve (una década) parte de ese territorio quedó convertido en nuevos vecindarios alrededor del centro, erigidos sin infraestructura alguna. El tendido de electricidad fue el servicio que llegó más rápido, aunque por algún tiempo se mantuvieron los populares faroles que funcionaban a querosén y con mecha de algodón, o los más sofisticados con tanquitos de bencina como combustible, llamados “sol de noche” por su mejor calidad lumínica respecto de los primeros. El agua era provista desde pozos caseros con bomba manual. La red de gas y de cloacas aún hoy abarca una mínima superficie del distrito. Años después se confirmaría que no todas las familias con raíces históricas en Varela se desprendieron de ese capital territorial; algunas prefirieron dejar reposar esas vastas propiedades, muchas de ellas ubicadas en los parajes más distantes al centro.

El paisaje rural fue cambiando con las topadoras que empezaron a abrir calles por donde antes solo corrían las liebres y volaban las perdices, para el trazado de los nuevos barrios. Nacieron en aquella época

los vecindarios de San Nicolás, Chacabuco, San Jorge, Villa Argentina, Mayol, entre otros.

No obstante el mencionado circuito de trabajadores que salían y volvían cada día a la localidad, había también una opción de empleo local en genuinas e importantes fuentes de trabajo como: La Algodonera (fábrica textil que cerró y se trasladó al interior del país a fines de los sesenta), Ferrodúctil (metalúrgica), FIFA (Fabricación Industrial Fotográfica Argentina) —posteriormente AGFA-GEVAERT y actual AGFA—, y medianos y pequeños talleres de distintos rubros que funcionaban cerca del centro. En el límite con Berazategui, las empresas Adabor (fábrica de silos, metalúrgica), Alpargatas, Peugeot, Abbot y Lederle (producción farmacéutica), entre otras, constituyen desde entonces una suerte de polo fabril alrededor de la llamada Rotonda de Alpargatas, en el km 32 de la ruta nacional N° 2 que lleva a Mar del Plata.

En resumen: la década de 1960 marca un quiebre en la estructuración urbanística de Florencio Varela. La periferia crece a pasos agigantados a partir de los múltiples loteos realizados en un tiempo relativamente breve. El paisaje sufre grandes modificaciones y las familias tradicionales se ven rodeadas por miles de nuevos habitantes que modificarán sus costumbres y su estilo de vida.

Este proceso que tuvo lugar en Florencio Varela, en la segunda mitad del siglo XX, se dio también en las grandes metrópolis latinoamericanas y, por ende, en Argentina, a comienzos del mil novecientos. ¿Cómo fue su desarrollo?

Para los organizadores de la Argentina institucionalizada —léase la línea de pensamiento que incluye a Sarmiento, Mitre, Avellaneda, Rocaprimó siempre el ideal de la ciudad sin grandes conflictos, especie de Atenas griega —en el sentido de República democrática en la que solamente unos pocos toman las decisiones—, como cuenta el escritor e investigador David Viñas.¹ Esa ciudad tenía como principal característica la homogeneidad, es decir, la imposibilidad de que surgieran dentro de ella discursos diferentes a los del orden dominante: “En el siglo XIX, en lo esencial y con todos los matices que se quiera, había una sola clase en tanto tal. El resto de la población no estaba articulada en una homogeneidad social y operativa; y los conflictos urbanos, a lo sumo, primordialmente eran enfrentamientos internos de la oligarquía tradicional.”²

¹ Viñas, David, *Anarquistas en América Latina*, Buenos Aires, Paradiso, 2004.

² *Ibid.*, p. 22.

En todo caso, los pocos conflictos que podrían surgir eran básicamente problemas internos de las clases acomodadas. El proceso de modernización creciente de principios del siglo xx y la división del trabajo en el ámbito mundial posibilitó que las ciudades latinoamericanas cambiaran, se transformaran y que las periferias —que existían con anterioridad, pero que no cuestionaban el orden central— se convirtieran en espacios en los que el aumento de la conflictividad social iba de la mano de la toma de conciencia de los sectores bajos. En Argentina, estos fenómenos están reflejados en un hecho tristemente célebre: la Semana Trágica, a fines de la segunda década del siglo xx. Posteriormente el peronismo surgirá como el intento de apaciguar esas tensiones a partir del reconocimiento de derechos fundamentales de los sectores populares.

La ciudad oligárquica “se cuartea, se crispa, se polariza”³ y las élites abandonan las tácticas defensivas que habían asumido desde el control del Estado, pasando a un nítido predominio de lo represivo que atravesará toda la historia del siglo.

Florencio Varela se mantiene aparte de todas estas disputas. Las viejas familias terratenientes conviven con aquellos vecinos que exitosamente, y fruto muchas veces de laboriosos emprendimientos individuales, logran un alto nivel de vida para la época. Los arrabales que crecen en un principio lentamente no parecen plantear un quiebre a esa visión edénica de la ciudad-pueblo.

El paso de la década de 1960 a la siguiente marca el comienzo del malestar: la quinta ha sido invadida. Partiendo de la concepción asignada por Viñas a la metrópoli, es viable la aplicación del concepto de ciudad oligárquica a Florencio Varela. De este modo se puede comprobar que el territorio de las “grandes personalidades” sufrió su primer cimbronazo con el afamado caso Penjerek, que incluía como principales sospechosos a destacados personajes de las familias pudientes del distrito y que llevó a la ciudad a la consideración nacional a través de los medios masivos.⁴ El mito de la ciudad luminosa tenía los días con-

³ *Ibid.*, p. 23.

⁴ Cobró fama un copete periodístico con el que Ariel Delgado presentaba el tema de la adolescente Norma Mirta Penjerek —presuntamente asesinada por miembros de un círculo de corrupción de menores— difundido a través de Radio Colonia: “Florencio Varela: ciudad del vicio, cuna de maleantes [...]” era el avance previo a las novedades judiciales y políticas relacionadas con el caso, tratado en los medios durante meses. El periódico vespertino *Crónica*, que había comenzado a editarse poco tiempo

tados. Florencio Varela había llegado tarde a la modernización, pero lo hacía mostrando la trama de una sociedad petrificada todavía por un sentido feudal profundo. Cualquier similitud que se quiera hacer con el caso María Soledad de la provincia de Catamarca o el cercano “crimen de la Dársena” en Santiago del Estero, denotaría un atinado uso del sentido común por parte del lector.

El quiebre, que en las grandes ciudades del país se había desarrollado 60 años antes, Varela lo vive pleno de tensión en un lapso de diez. El ex alumno del Santa Lucía Julio Larrousse cuenta: “Varela era tan pequeño en los sesenta que al egresar todos los alumnos de los secundarios de la ciudad, nos hacían una fiesta en el gimnasio del Club Varela y cabíamos todos ya que éramos solamente entre ochenta y cien alumnos”. Otro ejemplo que atestigua esta situación lo constituye el hecho de que barrios casi céntricos como Villa Vatteone o Villa del Plata eran zonas claramente suburbanas a las que se llegaba con dificultad. La población en esos años no superaba a los cien mil habitantes.

La ola inmigratoria sumada a las condiciones históricas ya reseñadas hizo que los barrios céntricos “sobredesarrollados” y los “arabales subdesarrollados”⁵ entraran en colisión (fenómeno que hoy, en pleno siglo XXI, ha cobrado una dramática polarización). Utilizando las propias palabras de Viñas, Florencio Varela comenzaba en forma embrionaria pero tardía “a reproducir en su propia geografía el drama esencial del espacio capitalista”,⁶ que no es otro que la lucha de clases. Por aquella época empezó a ser común escuchar frases despectivas dirigidas hacia los habitantes de la periferia, como “estos negros de mierda”, refiriéndose fundamentalmente a los migrantes de origen no europeo que se establecían en el distrito, reflejado esto en el recuerdo de los entrevistados.

En Varela, ese período estuvo signado por la aparición de una alianza sincera y creciente entre jóvenes provenientes de ambos espacios geográficos —hijos de obreros, hijos de trabajadores de la zona rural, e

antes, pasó de vender 20.000 ejemplares a agotar tiradas de 100.000. Antes de sumarse a la larga lista de crímenes impunes de la historia penal argentina, la investigación atravesó los típicos laberintos judiciales, con pistas que no llevaban a ninguna parte y supuestos testigos clave que luego se esfumaban o se llamaban a silencio. Un comerciante local, Pedro Vecchio —dueño de zapaterías en el centro de la ciudad—, fue imputado, procesado y finalmente absuelto por la justicia.

⁵ Viñas, David, *op. cit.*, p. 23.

⁶ *Ibid.*, p. 25.

hijos de los comerciantes del centro de la ciudad— que compartían un ideal social de justicia y transformación social. El caso Santa Lucía es emblemático para observar esa mixtura. Evidentemente, los sectores dominantes no perdonaron esa traición de clase que ponía en peligro la organización social que les daba sustento y les aseguraba el manejo indiscriminado del poder. Si observamos hoy la alianza que esas mismas familias han tejido con el poder político comunal, del que forman parte varios de sus hijos dilectos, entenderemos mejor los motivos del ensañamiento y de la desaparición de estos jóvenes compañeros que antepusieron sus convicciones a los estigmas que les marcaba su condición de clase.

XIV. Un aura de silencio

Aquel rasgo comunitario, de época de cambios entre la pequeña localidad y la expansión poblacional, fue clave en la vivencia y posterior lectura de los terribles sucesos de represión, persecución y, finalmente, secuestro y desaparición de muchos de los hijos de las familias del centro. Un aura de silencio se levantó alrededor de ellos por mucho tiempo, como si una especie de reflejo de encapsulamiento fuera capaz de aislar a Varela de lo que pasaba en el país. Pero, como ocurre muchas veces, la verdad tiene caminos insospechados. En un principio fue la lucha solitaria de las familias, su andar angustiado en la búsqueda de sus hijos, hermanos y esposos, con puertas que solo se entreabrían para cerrarse de inmediato, porque todos los engranajes del Estado dictatorial estaban combinados en el siniestro mecanismo de represión y negación de la masacre que se llevaba a cabo. Luego, como inmediata y humana necesidad de acercarse a quienes padecen los mismos males para afrontarlos juntos, los entonces nacientes grupos de derechos humanos empezaron a brindar la imprescindible organización para la lucha por la verdad, la justicia y la vida.

Mientras tanto, en Florencio Varela seguía sin hablarse demasiado del tema. Tiempo después, ya restaurado el sistema constitucional, tuvo que acontecer un episodio de trascendencia internacional como la aparición de los mellizos Reggiardo-Tolosa para que algunos empezaran a darse cuenta de que esos chicos podrían haber crecido, jugado y caminado por las calles de Varela, y no criados con una identidad falsa, si sus padres —Quique y María Rosa— no hubiesen sufrido el horror del sistema de exterminio de la dictadura:

Los menores nacieron en abril de 1977 durante el cautiverio de su madre y fueron apropiados inmediatamente por Samuel Miara, ex

subcomisario de la Policía Federal y su esposa Alicia Castillo, quienes los inscribieron como hijos propios. [...] Su situación es exacerbada como consecuencia de la supresión de su identidad mientras siguen si ser restituidos a su familia legítima [...]¹

Con respecto al Santa, ya a principios de los setenta había cambiado algunos criterios. Según relatan las voces que evocan aquellos días, cuando Varela contaba con menos de 80.000 habitantes: “todos los pibes del centro se anotaban en el Santa”.² Algunos pocos, por pura impostura juvenil “para hacer la contra, como yo”³ se anotaban en el Comercial. El Santa había ido ganando espacio y prestigio.

No obstante, seguían concurriendo también hijos de obreros que realizaban el esfuerzo económico para solventar los estudios de los jóvenes que querían cursar el bachillerato y no tenían otro colegio en la zona para hacerlo. En el imaginario de entonces el título de Bachiller Nacional, que entregaba la institución a quienes completaban los cinco años de estudio, era más apropiado para abrir las puertas de la educación superior en virtud de brindar una más amplia formación, ya que complementaba una sólida base de matemática, química y física con las asignaturas del campo humanístico. Julio Larrousse recuerda: “en aquella época siendo bachiller, ingresabas a cualquier facultad, por la excelente formación que te daba”.⁴

En este punto puede advertirse la aspiración de origen con que ingresaban los alumnos: continuar los estudios universitarios, más allá de los trayectos ulteriores que alcanzaran a concretar; en cambio, el colegio comercial impartía una currícula basada en la contabilidad y la preparación para trabajos administrativos.

La breve referencia anterior quiere subrayar la cuestión de clase y, por otro lado, lo que la historia posterior mostraría como la pertinaz mirada positivista de la gente sencilla y trabajadora que creía en el ascenso social de sus hijos a través del estudio, la mirada que apuntaba a la meta de “m’hijo el doctor”. Esas ilusiones abiertas en la Argentina de mediados del siglo xx se basaban en el sueño indus-

¹ Tenembaum, Ernesto y Matilde Herrera, *Los niños desaparecidos y la justicia. Algunos fallos y resoluciones. Tomo II*, Buenos Aires, Abuelas de Plaza de Mayo, 2001.

² Entrevista de los autores a Roque Lépore ya citada.

³ *Ibid.*

⁴ Entrevista de los autores a Julio Larrousse ya citada.

trialista anunciado por la etapa de sustitución de importaciones de la posguerra.

Dentro de este marco, se sentaban en el Santa, uno cerca del otro, los hijos “del centro” con algunos hijos de la clase trabajadora, que lejos estaba de imaginar las categorías de desocupado, precarizado y excluido que tres décadas después lacerarían el tejido social.

El sector social tradicional de los comerciantes y profesionales varelenses (los de más sólida posición y apellidos que se remontan a la primera mitad del siglo o antes; no nos referimos aquí a la esforzada pequeña empresa, taller de manufactura, ni al comerciante de barrio) ha reivindicado desde siempre —atribuyéndose la pertenencia a una élite— su larga raigambre varelense. Si bien hoy esta franja social se ha diversificado y acaso muchos han evolucionado en sus posturas, subsiste todavía en ese sector de la comunidad un núcleo tradicionalista y reacto a los cambios, cuyo explícito autorretrato social siempre apuntó a creerse depositario de una incierta y borrosa identidad localista, paradójicamente ubicada sobre algunas líneas y rasgos bien definidos: aristócratas de pueblo chico, guardianes del orden conservador característico de las clases dominantes.

Así, parecía inevitable que la convivencia de la diversidad mencionada dentro del Santa tuviera resonancias conflictivas, no tanto entre los jóvenes —que más bien se enriquecían y disfrutaban de tal integración—, sino en los hogares del centro elitista. Desde ese sector se ha alentado y construido una versión oficial de la historia de Varela: la evocación de una mítica y perdida “edad de oro” del pequeño pueblo que luego “se contaminó” con la explosión demográfica y su correspondiente “aluvión zoológico”.

XV. Los herederos de la revuelta

El clima político, social y cultural empezaba a dar indicios significativos y propios de lo que la década del sesenta había preparado, en términos de convulsión política regional y mundial, al pasarles la posta a los protagonistas de los setenta. Algunos tópicos, que solo mencionaremos sin desarrollar, son los siguientes:

1955 a 1973. Resistencia Peronista.

1959. Revolución Cubana.

1965. Invasión de los Estados Unidos a Santo Domingo, República Dominicana: anticipo de la Doctrina de Seguridad Nacional.

Junio de 1966. Golpe de Estado: Onganía destituye a Illía.

Julio de 1966. Noche de los bastones largos: avasallamiento de la autonomía universitaria.

Septiembre de 1966. Asesinato del estudiante y trabajador Santiago Pampillón en una manifestación contra Onganía en Córdoba.

1966. Nacimiento del rock nacional, cantado en castellano.

1967. Asesinato del Che Guevara en Bolivia.

1968. Mayo francés. Revuelta estudiantil en París.

Septiembre de 1968. Incursión en Taco Ralo, Tucumán, de las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP).

Octubre de 1968. Matanza de Tlatelolco, cientos de estudiantes son asesinados por el Ejército mexicano.

Mayo de 1969. Movilización popular en Córdoba: el Cordobazo señala el principio del fin del gobierno de Onganía.

22 de agosto de 1972. Masacre de Trelew.

20 de junio de 1973. Trágicos acontecimientos en los bosques de Ezeiza. El regreso definitivo al país de Juan Domingo Perón provoca el ataque de las bandas fascistas de la derecha a la Juventud Peronista.

Septiembre de 1973. Golpe militar encabezado por Augusto Pinochet contra el gobierno socialista de la Unidad Popular de Salvador Allende.

11 de mayo de 1974. El sacerdote Carlos Mugica es asesinado frente a la parroquia de San Francisco Solano, en Buenos Aires.¹

Con la amplitud temporal observada, este fue el marco de época en el que se formaron muchos de los jóvenes profesores que ingresaron a trabajar al Instituto Santa Lucía alrededor del año 1970. Ellos fueron testigos y protagonistas de ese momento histórico especial en el que la lucha por la construcción de subjetividad se libraba desde cada sector —económico, político y social— de acuerdo a los intereses y visiones en pugna.

Veamos cómo Carrera y Pacheco reconstruyen esta etapa:

Al igual que en el resto de la sociedad, dentro del grupo de profesores del Santa Lucía había distintas tendencias políticas. Pocos docentes son recordados por haber sido formadores de una postura de cambio, y son mencionados por sus ex alumnos como los que tuvieron una influencia positiva. Algunos de los que integran este grupo son la profesora de Historia, Alicia Irigoyen, el profesor de Física, Norberto Álvarez y, principalmente, el profesor de Religión, el sacerdote Joaquín Carregal, quien tenía una postura tercermundista y facilitaba un espacio en una iglesia de Avellaneda para realizar reuniones de índole política.

Otro de los profesores que es recordado, pero en este caso por su postura reaccionaria, es el sacerdote de apellido Tamburo [...].²

En efecto, testimonios recolectados para esta investigación concuerdan con las apreciaciones anteriores: la profesora Irigoyen, nos dicen, se preocupaba porque sus alumnos accedieran a una vasta bibliografía que les posibilitara la lectura crítica y la comparación de ideas, más allá

¹ “Su muerte fue un preanuncio de lo que vendría. Era una figura simbólica y carismática que la oligarquía (que lo consideraba un traidor a su clase) y las Fuerzas Armadas no podían tolerar viva mientras preparaban el gigantesco genocidio.” Mignone, Emilio, *Iglesia y dictadura: el papel de la Iglesia a la luz de sus relaciones con el régimen militar*, 4ª ed., Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional, septiembre de 1987.

² Pacheco, Hernán y Pablo Carrera, *op. cit.*, pp. 145-146.

de los acartonados y fragmentarios manuales que, en general, realizaban un recorte grosero de la realidad social. Muchos recuerdan sus clases de lectura y debate: llevaban al aula textos de autores como Eduardo Galeano; analizar *Las venas abiertas de América Latina* significaba abordar una línea editorial ubicada en las antípodas de la ideología avalada por Tino Rodríguez. Lamentablemente, enfoques pedagógicos como el de Irigoyen eran aislados y, apenas detectados por el rector, terminaban sometidos a una presión jerárquica que los desalentaba.

En cuanto al otro docente citado anteriormente: compañeros de Horacio Gushiken se preocuparon por averiguar quién era realmente Tamburo —que había separado al alumno de su clase. Luego del conflicto desencadenado con la expulsión de Gushiken y el posterior alejamiento del profesor (un triunfo del boicot de los compañeros de Horacio, con su negativa a ingresar a las aulas mientras el docente formara parte del plante de la escuela) rastrearon un dato clave: Tamburo habría pertenecido a Coordinación Federal, organismo de inteligencia de la policía.

Entre el puñado de docentes que algunos testimonios rescatan como progresistas, está aquel que, desde su estratégico lugar de preceptor, recuerda Rubito: “En el colegio hubo pensamientos en las antípodas de ese modelo autoritario y represor, por ejemplo algunos como Eugenio Langer (profesor de Religión), que venía de un sector del movimiento teológico de la Iglesia vinculado con Carlos Mugica. Langer estaba muy comprometido con la política social de la Iglesia”.³

Se ve, entonces, que la actividad educativa en general no permaneció ajena a un debate intenso y librado en aguas agitadas; incluyó hasta servicios de inteligencia disfrazados de profesores, que fueron tejiendo una siniestra red de delación y seguimiento de alumnos. Pero también había docentes que, de acuerdo a sus convicciones, entendieron que la educación no era mera transmisión de datos neutrales ni visiones falsamente objetivas de la realidad. Dicho en términos actuales, pretendían educar para el alcance pleno del rango de ciudadanía de sus alumnos, ayudarlos a construir conocimientos apropiados para situarse y moverse en un mundo complejo. Claro que al ejercer la docencia en el Santa, tenían un problema: se amoldaban y disciplinaban a los lineamientos de Tino, o se enfrentaban a él, y terminaban mar-

³ Entrevista de los autores al doctor Rubén Porto ya citada.

chándose. Muy pocos tuvieron la habilidad y el equilibrio necesarios para sobrevivir en el plantel docente, manteniendo su independencia de criterio mientras estuvo El Jefe.

Resulta significativa la constante que se mantuvo en los diferentes equipos docentes que se fueron conformando a lo largo de los años: los más críticos siempre terminaron yéndose, acaso por la imposibilidad de generar grupalmente —con otros colegas— prácticas institucionales más democráticas. En cambio, los lugares clave de decisión y poder dentro del colegio cayeron en manos de gente muy afín a los lineamientos de Rodríguez. Un ejemplo de esto es el comentario del doctor Porto:

[María Luisa Basso de] Videla, la directora de la Primaria, es el paradigma del pensamiento represor de Tino, entonces ahí no se discute nada y el alumno es un objeto sancionable, nada más, no es ni crítico ni se promueve su pensamiento, para nada, es represión del bagaje intelectual de los alumnos, el modelo. El Santa tiene una impronta netamente conservadora e ideológicamente reaccionaria. Hoy los adherentes a Tino forman parte de una cofradía que a lo largo de la historia... tiene indeclinables adherentes a una personalidad espectacular, un líder. Bueno, construyó... materialmente construyó, nada más... la solidaridad no sé si la planteó.⁴

El análisis de los paradigmas educativos, postulamos, debe partir de las prácticas concretas, como las que estamos mostrando en el caso del Santa Lucía a través de la mirada y la experiencia de quienes estuvieron allí, en el terreno donde se desarrollaron los hechos. Se educa desde una filosofía, desde una concepción del aprendizaje —se lo haga explícito o no—, para que los sujetos sean actores participativos y transformadores, o se educa para la conservación del *statu quo*:

Decir que la educación es una función social, que asegura la dirección y desarrollo de los seres inmaduros mediante su participación en la vida del grupo a que pertenecen, equivale a decir en efecto que la educación variará con la cualidad de vida que prevalezca en el grupo. Particularmente, es verdad que una sociedad que no solo cambia sino que tiene también el ideal de tal cambio poseerá normas y méto-

⁴ *Ibid.*

dos de educación diferentes de aquella otra que aspire simplemente a la perpetuación de sus propias costumbres.⁵

En la visión maniquea de Rodríguez, lo que él consideraba la buena educación para el orden estaba separada por una delgada línea del caos y la subversión en las aulas. De hecho, lo manifestó explícitamente hasta sus últimos días, siempre dividió así las aguas, como surge de documentos y testimonios.

Ángel, Silvia, José, Teodocio, Sergio, Alejo, Claudio, Julio, Horacio y Daniel eran estudiantes que, en algún punto, se parecían a muchos jóvenes y adolescentes de su tiempo: estudiaban, trabajaban, amaban, creaban, soñaban con un mundo más justo y se divertían; algunos con un desempeño distinguido y brillante en sus estudios. Sin embargo, para *la vigilancia jerárquica* algo no andaba bien con ellos, ninguno encajaba dentro de aquellos criterios de orden sumiso y, para decirlo como Foucault, de *normalidad* uniformizada y homogeneizante festejados por Rodríguez. A sus ojos, eso los convirtió en sus adversarios por el ejemplo que podían dar a otros. Todos ellos, durante su paso por el colegio, lo enfrentaron de algún modo con nobles y valientes recursos para defender sus convicciones, a riesgo de caer en desgracia dentro de la institución. Empezaron a militar cuando todavía vestían el blazer azul y la corbata bordó. Su militancia era esencialmente de ideas, a las que les pusieron el cuerpo, el corazón, el pensamiento y el tiempo. Libraban una lucha de ideas por el cambio social al servicio de una sociedad más justa. Por eso fueron perseguidos y, como miles de compañeros, no tuvieron posibilidad alguna de defenderse. En el momento de sus secuestros, cuando el aparato de exterminio de la dictadura se los llevó, la correlación de fuerzas era abrumadoramente desventajosa en su contra. Fueron arrancados de la vida cuando estaban en sus lugares de trabajo, caminando por la calle, estudiando o regresando a sus casas, rodeados por los matones de los grupos de tareas, cercados con pistolas, fusiles y capuchas.

⁵Dewey, John, "La concepción democrática en la educación", en *Democracia y educación*, Madrid, Morata, 1998.

XVI. Las organizaciones

La clase obrera y el pueblo han manifestado, a través de miles de actos diarios, su profundo odio hacia la dictadura militar; y a través de sus luchas, ha cobrado fuerza en ellas y en sus organizaciones revolucionarias, la idea de aunar fuerzas para oponer un FRENTE DE RESISTENCIA ANTIFASCISTA Y PATRIÓTICO a los reaccionarios planes del fascismo.

El comunista, mayo de 1977. Publicación oficial del PCML.

El movimiento generacional del cual formaron parte los pibes del Santa fue gestándose a lo largo de la historia argentina y estalló a partir de la confluencia de factores históricos de carácter nacional pero también internacional. La participación espontánea de los jóvenes en Florencio Varela tuvo expresiones de diversa índole, y dio cuenta de la inserción en grupos de diferentes tendencias políticas, sociales y religiosas. La opción por la militancia desarrollada por la juventud varelese se llevó a cabo dentro de organizaciones de tinte popular que intentaron transformar una realidad alienante y de opresión histórica sobre los sectores sociales menos favorecidos. He aquí un abordaje sobre la historia de dos de las organizaciones de las cuales formaron parte activa los desaparecidos del Instituto Santa Lucía. Pretendemos que este breve recuento sirva para vincular el recuerdo humano, fresco y tierno de nuestros compañeros —que en más de una oportunidad se hace en este libro— con su opción militante en función de construir una sociedad más justa y solidaria, ya que estamos convencidos de que ambos caminos están estrechamente ligados.

Desde principios de siglo XX, la oligarquía terrateniente comenzó a ver amenazado su reinado por la aparición, con una entidad cada vez

más afianzada, de sectores medios progresistas y de una clase trabajadora que cobraba identidad propia. Los grupos económicos más poderosos del país sintieron que dejaban de controlar el sistema político que les daba legitimidad y sustento. El anarquismo, el radicalismo, el socialismo, el comunismo y, más adelante el peronismo, iban a cuestionar las relaciones de poder y la estructura económica que sostenían a los sectores dominantes. Planteado este esquema de confrontación entre los sectores populares y la oligarquía, “las Fuerzas Armadas y en especial el Ejército se constituyeron en el medio para acceder al gobierno a través de las asonadas militares”.¹ La violencia sistemática que el Estado utilizó para defender los intereses de la oligarquía en el poder fue constante y directamente proporcional al grado de organización que los movimientos populares alcanzaban.

Si el peronismo significó en los hechos la llegada al poder de los “cabecitas negras” que lograron durante el gobierno de Perón reivindicaciones sociales y económicas impensadas apenas dos décadas antes, la Revolución Libertadora marcó históricamente el inicio de la reacción de los grupos que habían perdido las riendas del país. Con Perón en el exilio, el movimiento peronista comenzó un ciclo histórico conocido como “la Resistencia”. Aquellos años estuvieron signados por huelgas, sabotajes y quites de colaboración de los obreros fueran o no peronistas. Durante el primer año de gobierno de la Libertadora “se perdieron más de 5 millones de días de trabajo; en el segundo más de 3.300.000”.² La coyuntura nacional e internacional favorecía la rebelión popular que se multiplicaba en los países del Tercer Mundo. Hasta la misma Iglesia, habitualmente ligada a los sectores conservadores del planeta, desarrolló una postura progresista durante el papado de Juan XXIII que se confirma a partir de la encíclica *Populorum Progressio* de su sucesor Paulo VI. El clima de época ejerció influencia directa sobre la izquierda nacional que comenzó a construir un camino de tipo revolucionario a través de diferentes apuestas políticas, pero también de lucha armada. El plan Conintes, decretado bajo presión militar por el gobierno de Frondizi, motivó la persecución y tortura para numerosos militantes; en ese contexto siguieron conformándose los grupos juveniles revolucionarios que harían su eclosión a fines de los sesenta.

¹ Calveiro, Pilar, *op. cit.*, p. 10.

² Luvecce, Cecilia, *Las Fuerzas Armadas Peronistas y el Peronismo de Base*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1993, p. 33.

El Peronismo de Base

De la Resistencia Peronista nace lo que se conocerá como el Peronismo Alternativo o Peronismo de Izquierda influenciado notablemente por el pensamiento de John William Cooke, quien intentó progresivamente, y a partir de su estadía en Cuba, transformar al peronismo en un movimiento revolucionario. Por otra parte, el sindicalismo peronista, con Perón en el exilio, se va escindiendo en dos tendencias opuestas: la burocracia sindical –surgida durante los primeros años del gobierno peronista– y una nueva camada de sindicalistas representados, entre otros, por Raymundo Ongaro, elegido secretario general de la CGT de los Argentinos a partir de la división de la central, y también figura importante del Peronismo de Base. La CGTA, que contó con el apoyo del líder sindical clasista del interior Agustín Tosco, tenía una postura opuesta a la política “acuerdista” con los gobiernos militares que desarrollaban los viejos dirigentes.

El Peronismo de Base (PB) estuvo fuertemente vinculado al Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo que, si bien rechazaba la lucha armada, diferenciaba “la violencia de los opresores de la violencia de los oprimidos”.³ La participación de varios religiosos y su trabajo esmerado dieron al Peronismo de Base un fuerte prestigio. En la prédica política cotidiana de estos grupos primaba el “acercarse a la humildad de los trabajadores privilegiando valores como la honestidad del militante y su fidelidad al pueblo”.⁴

Gustavo Zurita y Nelly Bartucci cuentan que el PB tuvo fundamental incidencia en Florencio Varela. Los testimonios de la época coinciden en señalar el arraigo popular que despertaba cada cita del movimiento peronista. Las columnas varelenses siempre fueron nutridas por la gente de los barrios y por aquellos jóvenes de la JP que soñaron, a través del peronismo, construir la “Patria Socialista”. Varios de los jóvenes que militaron dentro de nuestro distrito en el Peronismo de Base, como en otros frentes populares ligados al peronismo, fueron acercándose a Montoneros, la cual se constituyó en pocos años en la organización más numerosa dentro del ala izquierda del movimiento peronista.

Gustavo Zurita relata:

³ *Ibid.*, p. 64.

⁴ *Ibid.*, p. 79.

La JP la formamos nosotros, Pancho [Francisco Bartucci], [Francisco] Ringa y yo, la JP de la Tendencia Revolucionaria, en el año 1973. Después estaba el Partido Justicialista, lleno de burócratas, que fue el único Partido Justicialista que no se pudo presentar a las elecciones, tal era el burocratismo y el enfrentamiento entre las diferentes corrientes que lo intervinieron. Ahí fue donde ganó la Unión Vecinal de [Juan Carlos] Fonrouge, que era conservador populista. Antes de la fundación de la JP habíamos formado el Peronismo de Base, que formaba parte de la primera organización armada del peronismo a nivel nacional: la FAP [Fuerzas Armadas Peronistas]. Que tenía a su vez gente de la Resistencia y de otros subgrupos, que fue el primer grupo armado en la Argentina, en el año 59 en el monte tucumano.⁵

Además, agrega respecto su militancia en la JP:

Desarrollábamos actividad de esclarecimiento político e ideológico, actividad barrial y actividad política fuera de la localidad, de apoyo a hechos políticos concretos. Por ejemplo una marcha que hicimos desde la CGT a Plaza de Mayo, cuando vino Torrijos, que era presidente de Panamá, para apoyarlo. O para apoyar medidas que tenían que ver con la defensa de los intereses populares. Nosotros movíamos mucha gente. En una marcha a la CGT movilizamos doscientas mil personas.⁶

El Partido Comunista Marxista Leninista (pensamiento Mao)

El fenómeno peronista impuso un debate amplio entre los partidos tradicionales de la izquierda nacional acerca del denominado “entris-mo”, consistente en la necesidad de acercarse al pueblo a través del movimiento peronista o por fuera de él. El Partido Socialista y el Partido Comunista sufrieron varias escisiones de grupos que con el correr de

⁵Entrevista de los autores a Gustavo Zurita ya citada. Entre otras organizaciones del movimiento peronista que optaron por la lucha armada, además de Montoneros, debemos mencionar a las FAP (Fuerzas Armadas Peronistas), las FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias) y Descamisados. Todas ellas intentaron organizarse bajo la denominación de OAP (Organizaciones Armadas Peronistas).

⁶*Ibid.*

los años conformaron “la nueva izquierda”. El trabajo clandestino que caracterizó al PCML, desarrollado para neutralizar las políticas represivas del Estado, motiva que aún en la actualidad muchas personas desconozcan la militancia de sus amigos o familiares dentro de esta organización; no obstante, podemos asegurar que tuvo en aquella época un alto grado de inserción en nuestra comunidad.

El PCML se nutrió de ex militantes del Partido Socialista Argentino (PSA) y de la Federación Juvenil Comunista (en la cual se formaron los hermanos Ríos, cofundadores del partido). Estos jóvenes integraron el Movimiento Argentino Revolucionario Unificado (MARU) hasta que, en el año 1968, decidieron dar nacimiento al PCML.⁷

Para el PCML, que poco a poco se volcó al maoísmo, la revolución debía llevarse a cabo en los países del Tercer Mundo. Esta visión era compartida con los diferentes grupos maoístas: el Partido Comunista Revolucionario (PCR) y Vanguardia Comunista.

Luego de un primer acercamiento a la ideología política del Che Guevara, del que se alejaron por desacuerdos con su teoría “foquista”, toman decididamente el camino de construcción política a través de un partido que tenía como postulado la “clandestinidad en la acción y presencia de partido”.⁸

El PCML hacía una lectura contundente del peronismo, consideraba que “Perón era un líder fascista y lo único que esperaba a la clase obrera siguiendo su dirección eran derrotas”.⁹ A pesar de esto, a lo largo de su existencia, de 1970 a 1977, el PCML instrumentó políticas de masas en la que incluía la posibilidad de actuar con Montoneros y otras organizaciones populares como el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), brazo armado del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), e incluso, durante la dictadura y ya cerca de su desaparición en el año 1978, con los sectores más progresistas del radicalismo (el alfonsinismo). El PCML participó del conocido Frente Antiimperialista por el Socialismo (FAS) con algunas de las mencionadas organizaciones, coordinando acciones barriales y sindicales. La política partidaria

⁷ Para Adrián Celentano, en cambio, el PCML surgió de un grupo que fue expulsado del Partido Comunista en 1963 por estar en desacuerdo con la postura del partido en el conflicto entre las dos potencias comunistas: la URSS y China. Celentano, Adrián, “Maoísmo y lucha armada: El PCML”, *Lucha Armada*, N° 4.

⁸ *Ibid.*, p. 36.

⁹ *Idem.*

consistía en trabajar con las masas desde la clandestinidad, para lograr luego su adhesión. La organización tenía una especial preocupación por no quedar aislada de los trabajadores a partir de la concepción de vanguardia, de allí que promovió la opción obrera en sus militantes para que lucharan codo a codo con los trabajadores.

Esta forma de construcción del PCML tuvo su correlato en el frente estudiantil:

[En] la Universidad Nacional de La Plata se formaron muchos de esos activistas. Allí el PCML tuvo presencia en facultades como Humanidades, Ingeniería, Arquitectura y Bellas Artes, en las que formó agrupaciones llamadas Grupo de Resistencia Estudiantil; y distribuyó volantes con la denuncia sobre la represión tanto en las escuelas como en otras facultades hasta 1977. Estas tareas se combinaban con la militancia sindical.¹⁰

Ese frente universitario estuvo inspirado en el primitivo GRES que comenzó a modelarse en las luchas contra las políticas autoritarias del rector Rodríguez en el Instituto Santa Lucía.

Como podemos apreciar, las trayectorias de los alumnos desaparecidos del Santa Lucía guardan total relación con los proyectos de tipo revolucionario delineados por las agrupaciones a las que adhirieron, lo que imprimió convicción en la militancia y disposición para el sacrificio por la "causa" en cada uno de ellos. Luego de militar en el entramado estudiantil, iban paulatinamente ingresando en las estructuras de los partidos y en el frente gremial, en pos del proceso de proletarianización que también se llevó a cabo, bajo otros programas y objetivos, en distintas organizaciones como el PRT.

Como ya se dijo, los egresados del Instituto Santa Lucía fueron detenidos en sus lugares de trabajo, en las puertas de sus casas o simplemente en la calle, por comandos que mostraron una brutalidad absoluta. Su desaparición física contrasta con la fuerza renovada que adquirieron con el tiempo sus sueños y esperanzas.

¹⁰ *Ibid.*, p. 40.

XVII. La democracia y Florencio Varela

El recuerdo del pasado puede dar lugar a peligrosos descubrimientos, y la sociedad establecida parece tener aprensión con respecto al contenido subversivo de la memoria.

El hombre unidimensional, HERBERT MARCUSE

Corría el año 1983 y la dictadura militar se hallaba en franco retroceso. El creciente caos económico, político y social sumado al desastre que significó la derrota en la Guerra de Malvinas, puso plazo inmediato a la retirada. En el país se vivían días de gran turbulencia ya que los partidos políticos, los sindicatos y las organizaciones de derechos humanos, con las miles de denuncias realizadas, comenzaron a disputarle el poder a la Junta Militar palmo a palmo. Los partidos políticos reunidos en la Multipartidaria discutían “con el gobierno su alejamiento del poder y el llamado a elecciones generales [...]”. La sociedad empezó, tímidamente en algunos casos, a mostrar su rechazo hacia el gobierno, mientras que los organismos de derechos humanos lo hacían de forma más explícita y con mayor determinación”.¹

El 30 de octubre se realizaron las ansiadas elecciones que dieron como triunfador a Raúl Alfonsín, de la Unión Cívica Radical. Los militares y sus cómplices civiles estaban decididos a preparar una retirada tranquila: “La Iglesia promovió un servicio y una misa de la reconciliación, para que los partidos pactaran con el gobierno las condiciones de la sucesión y negociaran una amnistía”.² El último presidente de facto,

¹ Pacheco, Hernán y Pablo Carrera, *op. cit.*, p. 128.

² Verbitsky, Horacio, *El vuelo*, Buenos Aires, Planeta, 1995, p. 89.

el general Reynaldo Bignone, publicó una ley de autoamnistía que liberaba a los militares de cumplir con cualquier tipo de condena por los “excesos” cometidos en lo que ellos denominaban “guerra sucia”. El tendal de muertos y desaparecidos que dejaron luego de casi ocho años de gobierno dictatorial, sumado al reclamo incansable de los organismos de derechos humanos no les permitió cumplir con su objetivo.

El 15 de diciembre de 1983 el gobierno democrático firmó el Decreto Ley N° 187 por el cual creó la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (Conadep), que realizó una investigación fundamental recogiendo los testimonios de familiares y amigos de desaparecidos como así también de los sobrevivientes. El trabajo de la Conadep y de los organismos fue fundamental para probar, en el juicio a los miembros de las tres primeras juntas militares, el carácter sistemático del genocidio llevado a cabo durante la dictadura y condenarlos. Sin embargo, la impunidad cubrió, pasado el primer momento, a los genocidas ya que luego llegaron las leyes de Punto Final, Obediencia Debida y los indultos. Los delitos económicos, como la estatización de la deuda externa —cumpliendo con una de las premisas básicas del capitalismo: “las ganancias se privatizan y las pérdidas se socializan”— siguen hasta hoy impunes.

¿Cómo repercutió la “primavera democrática” en Florencio Varela?

A pesar de cierto amanecer democrático y de una efervescencia más de tipo electoralista que de verdadera conciencia de ciudadanía, Varela seguía durmiendo su siesta pueblerina, negando su pasado manchado de sangre y dolor. Debí pasar mucho tiempo para que la sociedad varelense empezara a hablar sin tapujos de los desaparecidos. Los sectores acomodados, los vecinos del Centro (que como detallan los informes de la DIPBA, fueron en algunos casos delatores de los desaparecidos), ante la evidencia de la vuelta a la democracia se aferraron a la “teoría de los dos demonios” que, ante todo, culpabilizaba como provocadores de la tragedia a aquellos que la habían sufrido en carne propia. Partícipes directos de violaciones a los derechos humanos en Varela, junto a cómplices del gobierno de facto comenzaron un proceso de reposicionamiento político que no les demandó mucho esfuerzo ante la pasividad de la mayor parte de la población.

El conflicto, que estalló en octubre de 1983, entre monseñor Novak y el rector Rodríguez del Instituto Santa Lucía permitió ver, como a trasluz, el entramado de complicidades y lealtades que constituyen la estructura ideológica y cultural de nuestra ciudad-pueblo.

XVIII. Novak y los derechos humanos

Para analizar el ataque certero de las familias conservadoras varelenses a Jorge Novak, debemos aclarar que la diócesis de Quilmes, a través de su obispo, desarrolló un papel importante en la vuelta a la democracia. Quilmes fue la primera diócesis del país que contó con una oficina para atender las denuncias sobre desapariciones, a cuyo frente estaba el vicario de Acción Social, el padre José Andrés Mato. En los peores años, Novak defendió las garantías civiles creando una secretaría que se ocupó de darles apoyo legal a los familiares de desaparecidos y de conectarlos con los organismos internacionales de derechos humanos, fundamentalmente Amnesty International y Justicia y Paz del Vaticano. Además, fue cofundador del Movimiento Ecuménico por los Derechos Humanos (MEDH) del cual era también copresidente.¹ En el MEDH participaban, además de la Iglesia católica (representada por las diócesis de Quilmes, Viedma, Neuquén e Iguazú), la Iglesia Evangélica Metodista Argentina, la Iglesia Evangélica del Río de la Plata, la Iglesia Evangélica de los Discípulos de Cristo, la Iglesia Valdense del Río de la Plata, la Iglesia Reformada Argentina, la Iglesia Evangélica Luterana Unida y la Asociación Iglesia de Dios. Como postal de aquella época quedaron las famosas ollas populares que se realizaron en las fábricas y en los barrios más desprotegidos bajo el amparo de la diócesis.

Los sucesivos planes económicos generaron tasas de desempleo que fueron récords históricos en el país, destrozando la economía de las familias pobres y arrojando a un tendal de obreros a la lucha por la sobrevivencia. Caso testigo de esto fue el cierre de la fábrica Peugeot, que había llegado a tener casi cinco mil empleados, pertenecientes prin-

¹ De la Serna, Eduardo, *Padre Obispo Jorge Novak, amigo de los pobres y profeta de la esperanza*, Buenos Aires, Guadalupe, 2002, p. 79.

principalmente a los partidos que conforman la diócesis: Quilmes, Berazategui y Florencio Varela.² Las familias de los obreros de Peugeot junto a otros desocupados acudían a la olla popular de Nuestra Señora del Milagro de Bosques, a cargo del padre Gino Cardenal.

Novak fue un obispo que se destacó por su sensibilidad hacia los problemas sociales; no hizo de su cargo un mero puesto burocrático, sino que buscó el contacto diario con sus feligreses y puso en jaque en más de una oportunidad a las autoridades militares que negaban una y otra vez la desaparición sistemática de personas. Los familiares llegaban a la diócesis como último recurso para encontrar a sus seres queridos, luego de haber golpeado todas las puertas sin resultados. Algunas personas recurrían al obispo en forma reservada, de manera tal de preservar al resto de la familia. Varios de los amigos y familiares de detenidos-desaparecidos del Instituto Santa Lucía fueron recibidos por Novak quien no solamente les brindó apoyo moral, sino que los animó en la tarea de búsqueda, de acuerdo a la afirmación de los familiares de Ángel Iula, Silvia Schand y de los hermanos Zurita. Ángela Iula y Martina Schand recuerdan con afecto el momento que les dedicó en su propio despacho el obispo, alentándolas a seguir con la tarea emprendida. En una misa realizada para pedir por los detenidos-desaparecidos, organizada por el MEDH, en 1981 el obispo decía:

Ha de llegar el día en que los grupos de tareas ya no salgan, al amparo de la noche lóbrega, para secuestrar y hacer desaparecer personas. Ha de llegar el día en que ya no haya torturadores y victimarios. Ha de llegar el día en que los inconmensurables recursos del armamentismo, se inviertan en viviendas dignas, trabajo seguro, educación integral.³

Como ocurre seguido en este país que carece de infraestructuras y voluntad para resguardar la memoria, los archivos de la Comisión de Justicia y Paz quedaron olvidados en un lugar húmedo del obispado, y habrían terminado en la basura si no fuera por la buena voluntad del padre Miguel Hrymacsz y la gente de la Pastoral Social, que dieron con el material, decidieron protegerlo y darle publicidad.

² Para más información sobre el tema: Pacheco, Hernán y Pablo Carrera, *op. cit.*, pp. 151-153.

³ De la Serna, Eduardo, *op. cit.*, p. 61.

La actividad desarrollada por el Servicio de Justicia y Paz de la diócesis provocó la reacción de las autoridades militares, y forzó al exilio de los padres José Andrés Mato y Joaquín Carregal Puga. José Andrés fue detenido con el auto oficial de la diócesis por una patota paramilitar, pero como el sacerdote estaba con barba de varios días y un aspecto no tan bien cuidado, decidió hacerse pasar por el chofer y engañó a sus captores. Novak no dudó y le pidió que partiera a España por un tiempo. A partir de ese hecho, la atención a los familiares se hizo rotativa para brindar más seguridad al personal de la diócesis que, no obstante, vivió siempre bajo situaciones límite.

El padre Orlando Yorio –secuestrado y torturado en la ESMA y cobijado por Novak tras ser liberado–, testimonia que los militares no les perdonaban a los sacerdotes su compromiso con los sectores más desprotegidos. En su declaración ante la Conadep (legajo N° 6328), Yorio revela las recriminaciones que le hacían sus torturadores:

“Usted es un cura idealista, un místico, diría yo, un cura piola; solamente tiene el error, que es haber interpretado demasiado materialmente la doctrina de Cristo. Cristo habla de los pobres de espíritu, y usted hizo una interpretación materialista de eso, y se ha ido a vivir con los materialmente pobres. En la Argentina los pobres de espíritu son los ricos, y usted, en adelante, deberá dedicarse a ayudar más a los ricos, que son los que realmente están necesitados espiritualmente.”

[...] la persona que me interrogaba perdió la paciencia, se enojó diciéndome: “Vos no sos un guerrillero, no estás en la violencia, pero vos no te das cuenta de que al irte a vivir allí [...] con tu cultura, unís a la gente, unís a los pobres, y unir a los pobres es subversión”.⁴

Ser religioso y asumir posiciones relacionadas con la defensa de los derechos humanos durante la dictadura significaba transformarse en el peor enemigo, y por ende, era recorrer un camino de amenazas y persecuciones que muchas veces terminaba en la muerte. A eso se le sumó la falta de protección por parte de la institución a quienes asumieron posiciones de compromiso con los excluidos. El caso de Orlando Yorio es ejemplificador. A pesar de ser, junto con el padre Francisco Jalics, muy reconocido por su labor pastoral y teológica, Yorio fue expulsado de la orden de los jesuitas, a la cual pertenecía, mientras

⁴ *Ibid.*, p. 204.

estaba desaparecido. Su superior jerárquico en la Compañía de Jesús, al momento de tomarse aquella decisión, era el actual cardenal primado Jorge Bergoglio. En una entrevista concedida a Horacio Verbitsky para su libro *El silencio*, Yorio señaló: “[...] pensar que Bergoglio nos liberó... más bien todo lo contrario. A mis hermanos les avisó que yo había sido fusilado, para que fueran preparando a mi madre. [...] La Cruz Roja Internacional tenía esa información, los familiares de Jalics celebraron funerales”.

Y luego agregó que: “[Bergoglio] tenía comunicación con Masseur, le habrían informado que yo era el jefe de los guerrilleros y por eso se lavó las manos y tuvo esa actitud doble. No esperaban que saliera vivo”.⁵

Cuando el resto de la jerarquía eclesiástica miraba para otro lado, Yorio fue protegido por monseñor Novak, quien lo cobijó dentro de la diócesis. Otro de los sacerdotes que recibió la colaboración del obispo de Quilmes fue el padre Miguel Ramondetti, según atestigua la investigación realizada por Gabriel Seisedos:

Producido el golpe de Estado, abandona la diócesis de Goya, Corrientes, poco después su casa es invadida por un grupo de encapuchados. Empieza entonces una suerte de exilio interno que lo lleva a vivir durante un año en una obra en construcción en Villa Domingo, alternando el trabajo de albañil con el de sereno, sabiendo que cualquier actividad pública puede llevarlo a la muerte. Protegido por Jorge Novak, obispo de Quilmes, quien gestiona ante el Nuncio Pío Laghi la salida al exterior, finalmente tras fatigosas negociaciones, el ex secretario general del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo (MSTM), acompañado por un funcionario de la Nunciatura, abandona el país el 10 de agosto de 1977, sumándose a la larga lista de exiliados.⁶

El MSTM, al que pertenecía Ramondetti, tuvo su auge a fines de la década de 1960. El desarrollo de su opción por los pobres le permitió

⁵ Verbitsky, Horacio, *El silencio*, Buenos Aires, Sudamericana, 2005, p. 105. El cardenal Jorge Bergoglio ha negado en varias oportunidades esta información vertida por el padre Yorio. Para más datos sobre el tema: Orlando Yorio, *Cuentos para contemplar la vida*, Buenos Aires, Ediciones del Chingolito, 2003.

⁶ Seisedos, Gabriel, *Hasta los oídos de Dios*, Buenos Aires, San Pablo, 1997, p. 127.

lograr, en pocos años, un reconocido arraigo popular. Sus miembros fueron atacados por la Alianza Anticomunista Argentina (Triple A), responsable del asesinato en mayo de 1974 del emblemático padre Carlos Mugica. Las diferencias en el seno del MSTM afloraron en 1974 y 1975, quebrando al movimiento. La dictadura pondría punto final a esta experiencia con el sistemático ataque a sus integrantes y allegados que los condenó a la reclusión, la muerte o el exilio. Otros miembros de la estructura de la Iglesia que no se “adaptaron” al esquema previsto por las autoridades militares, corrieron la misma suerte. Entre muchos casos son todavía motivo de investigación los asesinatos de los padres palotinos, de monseñor Enrique Angelelli,⁷ y la desaparición de las monjas francesas Alice Domon y Leonie Rene Duquet, cuyo cuerpo fue ubicado recientemente en una tumba NN en el cementerio de General Lavalle. Los peritos forenses comprobaron que Leonie Rene Duquet había sido arrojada al mar.

Con respecto a Florencio Varela, los primeros años de la década de 1980 marcaron la explosión de la labor sacerdotal en función de los más pobres: el padre Gino organizando las ollas populares; José Andrés y Joaquín Carregal desde Justicia y Paz; el padre Miguel Hrymacsz desde Cáritas; a estos se sumó la influencia del padre Jorge Eduardo Goñi, un sobreviviente del movimiento de los curas vileros de la capital. También a él lo recibió Novak y le ofreció una vicaría en Nuestra Señora de Itatí. Todos, con sus propios perfiles, encaminados en la opción hacia los pobres que tan bien marcó el asesinado padre Carlos Mugica (cuentan que Jorge Goñi conservaba dentro del sagrario un pedacito de camisa ensangrentada perteneciente a Mugica). En ese trabajo cotidiano por los desaparecidos, los desempleados y los pobres, siempre estuvieron al frente las hermanas Sara y Daniela luchando desde Cáritas, codo a codo con la gente, contra Hamilton –intendente de facto– y las autoridades municipales nombradas por el gobierno militar. Todos hermanados “por el corazón sensible e intelecto superior” de Jorge Novak.⁸

⁷ Al cumplirse 30 años de la muerte de Enrique Angelelli, el obispo emérito de Viedma, Miguel Esteban Hesayne, aseguró: “Es hora de que la Iglesia católica en la Argentina reconozca en Angelelli su primer mártir obispo argentino”, en clara alusión al desinterés mostrado por el Episcopado Argentino en aquella época para investigar las razones del deceso. Diario *Clarín*, jueves 3 de agosto de 2005, p. 31.

⁸ Entrevista de los autores a Gladys Alcaraz el 6 de mayo del 2006.

En una homilía pronunciada en septiembre de 1979 en la Parroquia San Juan Bautista –la más importante del distrito–, el obispo planteaba sin ambigüedades un tema que era tabú para la comunidad varelnse:

Hoy quiero alargar la reflexión, por tratarse de un mes que la juventud suele apropiarse: día del estudiante, día de la primavera, día de los jóvenes, y entonces la ausencia de tantos jóvenes, hundidos en las sombras de la desaparición, se hace sentir más cruelmente. La Biblia nos trae, con divina dramaticidad, belleza y ejemplaridad, *la historia de un desaparecido*. La de José en Egipto.

El crimen de esa desaparición aparece en el texto sagrado del Génesis nutrido por la envidia (37, 19-20), disimulado por la mentira (37, 32) y atentando contra la piedad. [...] Dios tiene también hoy sus recursos, infinitos, para mover a la conversión. *Nuestra súplica por los secuestradores, los torturadores es que depongan los instintos feroces de barbarie y acaten el imperio soberano de su conciencia*. Que se conviertan y se reconcilien con Dios y con sus hermanos.

Esto quiero repetirlo como obispo respecto de los desaparecidos. Corresponde al pastor asumir la responsabilidad en favor de todos los que sufren. El Obispo sucede a los Apóstoles, que entregaron su vida por causa del Evangelio. A los misteriosos secuestradores les digo, con la serenidad de un pastor dispuesto a dar la vida por sus ovejas: “Que se quede el Obispo en lugar de tantos desaparecidos, para que vuelva la paz y la reconciliación a los hogares y a la patria”. [...] Sella esa historia de José la escena del reencuentro. “Yo soy su hermano José [...] besó a todos sus hermanos” (45, 15). Y hubo olvido, reconciliación, sentido familiar restañado, fraternidad auténtica”.

Tras el reencuentro con el padre, Jacob dijo a José: “Ahora puedo morir, después de haberte visto en persona, vivo” (46, 30); *¿se repetirá esta imagen, en millares de familias argentinas? Una pregunta a la que tratamos de ballarle la respuesta de la verdad. Una respuesta que aguardamos de Dios, aunque los hombres prefieran seguir envolviendo en el sangriento ropaje de la mentira la realidad de los hecbos.*⁹

Mientras en el Instituto Santa Lucía delante de todos los alumnos se le entregaba un ramo de flores a la esposa de Pedro Eugenio Aram-

⁹ Homilía en la Eucaristía con familiares de desaparecidos, en la Parroquia San Juan Bautista, 19 de septiembre de 1979. Las cursivas son nuestras.

buru, el general fusilador de la autodenominada Revolución Libertadora, la diócesis pregonaba un catecismo altamente cuestionador de las desigualdades sociales, a través de Cáritas Zonal y los Encuentros de Evangelización en Cura Brochero. Dicha prédica se asentaba en los documentos de Medellín 68 y Puebla 79, en los que se propugna una Iglesia al servicio de los pobres basada en la dignidad humana y en un profundo sentido de justicia.

Un testimonio elocuente de la lucha emprendida por Novak contra la dictadura es la nota de Madres de Plaza de Mayo, firmada por Hebe de Bonafini, en la que le agradecen a Novak haber intercedido por ellas cuando, en plena huelga de hambre dentro de la Catedral de Quilmes, impidió que la policía se las llevara a punta de pistola.

Buenos Aires, 27 de enero de 1982

Apreciado Padre:

Hemos dejado pasar unos días para decantar nuestras apreciaciones sobre los hechos ocurridos en Quilmes, es decir, los hechos que protagonizamos las Madres y lógicamente –sin quererlo– Ud. también.

Así es que surge la necesidad de enviarle esta nota, que como podrá apreciar tiene la virtud de hacerle llegar, con toda honestidad y respeto, las conclusiones a que hemos arribado.

En primer lugar, estamos convencidas [de] que todo cuanto hagamos por nuestros hijos, será poco para hallarlos, partiendo de esta premisa, no sentimos temor por el pecado. Ellos son para nosotras jirones sangrantes de esta vida de martirio que padecemos y ciertamente creemos que es nuestra autodefensa, luchar sin claudicar.

Sentimos que Ud. nos ha comprendido, que si bien es cierto, hubiera estado a salvo en otra parte, asumió su compromiso con esa casi extinguida caridad cristiana, tan valorada por estas madres que seguimos en medio de una orfandad vergonzante, por parte de quienes debieran ayudarnos a encontrar a nuestros hijos.

No hace falta ser demasiado lúcidas, simplemente hay que sentir una angustia como la nuestra para saber agradecer a un pastor que calme su rebaño, que lo defienda aunque sea poco, pero que lo proteja del ataque de las jaurías.

En esa Casa [por la Catedral de Quilmes] sentimos miedo, casi terror, pero todo fue poco, por los hijos hubiéramos querido sentir mucho más aun y que el Señor nos los devolviera, pero si ello no fuera posible, Dios es testigo [de] que nuestra lucha seguirá hasta la muer-

te, para que nunca más una madre viva este calvario, aunque dentro de su inmenso dolor, ella encontrara una mano cálida y una mirada comprensiva como la suya y un gesto que aunque algunos lo juzguen indiferente, nosotras sabemos bien que fue indulgente como el de Monseñor Novak.

La fe puede perderse porque el dolor a veces nos ciega, pero también puede recuperarse cuando una pequeña luz se ve en la oscuridad.

Reciba todo nuestro sincero agradecimiento y nuestro convencimiento que Ud. no se engañó. Somos solo madres desesperadas que pedimos ayuda para encontrarlos y para que los hombres que olvidaron a Dios no vuelvan a cometer tantas injusticias.

Asociación Madres de Plaza de Mayo
Hebe P. de Bonafini
Presidenta¹⁰

¹⁰ De la Serna, Eduardo, *op. cit.*, p. 85. Las cursivas son nuestras.

XIX. El conflicto con el Instituto Santa Lucía

Para mediados de 1983 monseñor Novak se propuso reorganizar la diócesis poniéndose a tono con los nuevos aires que la realidad nacional respiraba. Además de otras medidas coyunturales decidió reemplazar a varias personas que estaban al frente de las personerías jurídicas en los colegios pertenecientes a su distrito. Entre los representantes legales que dejarían su cargo estaba el padre Francisco de León Motta del Instituto Santa Lucía secundario. Motta, no obstante, conservaría bajo su jurisdicción el Colegio Santa Lucía primario, situado junto a su parroquia, en la esquina de Montevideo y Florida, barrio de Villa Vatteone.

Rodríguez, ubicado siempre en la vereda opuesta a la concepción cristiana del obispo Novak, temió rápidamente que el nombramiento de un nuevo representante legal sirviera para mellar su poder dentro de la institución y preparó una reacción de la que fue partícipe por adhesión, por temor o por simple ingenuidad, una proporción notable de la "comunidad"¹ del Instituto Santa Lucía. Por aquellos días, y según el testimonio de los entrevistados era habitual escuchar esta frase: "De la diócesis vienen a colgar las banderas rojas" haciendo alusión a la absurda tesis de que el obispo y su personal eran adeptos al comunismo. Delirio asumido una y otra vez por los militares y sus partidarios que veían un subversivo en toda persona que no profesara sus ideas.

El encono de Tino Rodríguez con el padre Novak venía de larga data, debido a la posición tomada en materia social y de derechos humanos. La ex preceptora del colegio Isabel Díaz y hoy inspectora jubilada, recuerda la repulsión que le producía a Rodríguez la presencia

¹ Este concepto adquiere un fuerte sentido autorreferencial para los grupos que apoyaban al rector, excluyendo al resto de los docentes, padres y alumnos.

del obispo. En ocasión de un acto que ambos compartieron, el rector hizo varias veces desagradables observaciones sobre el aspecto físico de Novak —era común en él degradar a las personas por su apariencia— y agregó por lo bajo que no toleraba “a ese cura rojo”.²

Históricamente, en la Iglesia los representantes legales de los colegios católicos siempre habían sido sacerdotes. Se fundaba un colegio parroquial dentro de una diócesis y el padre fundador pasaba a ser el representante legal. Todavía hoy existen casos de religiosos que cumplen esa función pero, luego del Concilio Vaticano II, que define el rol del laico en la Iglesia, esa situación varió.³ La función de representante legal comenzó a ser asumida por los laicos preparados para esa tarea, ocupando el sacerdote el rol pastoral y sacramental. De aquella época data también el nacimiento de los Consejos de Asuntos Económicos, formados por laicos de la comunidad eclesial. La función del representante legal quedó del lado técnico, ya que no era una labor pastoral para la cual cada colegio católico debía tener su capellán. Novak fue a lo largo de sus años un defensor a ultranza del Concilio Vaticano II y por esto creyó oportuno ese momento para comenzar a manejar los colegios de la diócesis a través de hombres de su confianza, ya que existían también conflictos en otras instituciones escolares. Decidió hacer esas modificaciones de una manera gradual para no herir susceptibilidades, de acuerdo a su carácter conciliador. Por esta misma razón, en primera instancia, dispuso que se realizara el cambio de representante legal en cada zona pastoral, es decir, Quilmes, Berazategui y Varela. Los colegios elegidos fueron el Perpetuo Socorro, en Quilmes y el Madre Teresa, en Berazategui. En Varela debía elegir entre dos: Santa Lucía o San Juan Bautista. Nuevamente, tratando de mantener el equilibrio y conservar el clima de “comunidad”,⁴ el obispo decidió que el padre Motta conservara el colegio Santa Lucía primario y designar

² Entrevista con Isabel Díaz, 25 de enero del 2006.

³ El Concilio Vaticano II se desarrolló entre los años 1963 y 1965 por iniciativa de Juan XXIII, el Papa que trató de poner a la Iglesia al servicio de los oprimidos. El Concilio sirvió también, para desarrollar la idea de ecumenismo. La preocupación de Juan XXIII por estos temas se vio reflejada en la encíclica *Pacem in terris* redactada en el momento más conflictivo de la Guerra Fría, conocido como la “crisis de los misiles”. El Concilio Vaticano II culminó bajo el papado de Paulo VI, que continuó con el compromiso social adoptado por su antecesor.

⁴ Conocidas son las diferencias ideológicas que existieron entre el obispo Jorge Novak y el padre Juan Santolín, encargado del principal templo vareense y del Insti-

un representante en el instituto secundario. Era sabido por los alumnos, ex alumnos y docentes que el padre Motta cumplía sus funciones en el colegio primario y que en el instituto secundario Rodríguez había asumido, de hecho, las dos funciones: la de rector y la de representante legal, es decir la suma de todos los poderes dentro de la institución. “Motta venía de vez en cuando y Rodríguez le decía que firmara tales cosas y él las firmaba. [...] Rodríguez tenía la independencia, que así hacía lo que se le daba las ganas.”⁵ Esta situación fue remarcada por varios entrevistados con los cuales logramos reconstruir el conflicto fomentado por Rodríguez.

Cuando la persona encargada de asumir el cargo, Daniel Mandrióni, concurrió al Instituto a notificar la decisión de la diócesis, que previamente había comunicado al padre Motta, el rector Rodríguez reaccionó de forma virulenta alegando que se trataba de un ataque a la institución y utilizando argumentos contra Novak similares a los antes mencionados por Isabel Díaz.

Luego de esto, el vicario de la diócesis, el padre Rumbo, decidió hacerle una visita al rector Rodríguez acompañado por el representante legal designado. Cuando llegaron al colegio los recibió una comitiva de alrededor de ochenta personas amenazantes dispuestas a confrontar con los delegados del obispo. El padre Rumbo y su acompañante se abrieron camino hasta la puerta del despacho del rector y se quedaron esperando afuera. Luego de unos minutos un preceptor le comunicó al padre Rumbo que Rodríguez no lo podía atender, tras lo cual Rumbo entró a la oficina y manifestó delante de los presentes que no tenía problemas en esperar pero que debía ser atendido. Rodríguez estaba reunido con uno de sus hermanos, con Ramón César Suárez, el doctor Dardo Otonello, miembros de la Comisión de padres y algunos otros allegados. Bajo aquellas circunstancias, Suárez, director del influyente diario local *Mi Ciudad*, le dijo a los gritos al padre Rumbo que era un mal educado, a lo cual el vicario le respondió que asistía a esa visita en representación del obispo y, por lo tanto, no se le podía hacer semejante desprecio. Para que las personas que se agolpaban fuera del despacho pudieran escuchar, el padre Rumbo propuso hablar delante de todos.

tuto San Juan Bautista. El padre Santolín se negó siempre a brindar cualquier tipo de apoyo a los familiares de desaparecidos.

⁵ Entrevista de los autores a Alberto Marchesini realizada el 14 de junio de 2006. Marchesini fue profesor de la institución en esos agitados años.

Una vez instalados en el salón de actos, Rodríguez tomó la palabra y pronunció el típico discurso que profería en aquellas ocasiones, en el cual relacionaba su esfuerzo cotidiano —que nadie en ese momento estaba poniendo en tela de juicio— con el crecimiento del instituto, asumiendo un sentido injustificado de propiedad sobre el mismo.

Más tarde, Rumbo intentó explicar a los presentes que la institución, al permanecer en la órbita del obispado, quedaba bajo la autoridad indiscutible del obispo quien la delegaba en un representante, ya que toda la responsabilidad administrativa de cualquier tipo recaía sobre él. Los presentes, enardecidos por la arenga del rector, no dejaron que el vicario terminara de hablar y le exigieron que la diócesis reviera la medida. Suárez, uno de los más exaltados, y defensor a ultranza de Rodríguez, llegó a pedirle a Mandrioni la renuncia pública a su nuevo cargo de representante legal.

Varela se hallaba convulsionada y bajo una fuerte campaña mediática atizada nada sutilmente por los medios locales. Se decidió hacer una reunión con el padre Motta para plantearle la situación. Pero la maquinaria dialéctica de Rodríguez y cía. estaba lo suficiente arraigada y aceitada para enfrentar a una de las diócesis que más hicieron en materia de derechos humanos en Argentina. Avionetas publicitarias recorrieron una y otra vez la ciudad llamando a una asamblea. En los cursos del colegio, al igual que en la sala de profesores se sembró un clima de agitación y temor por la supuesta llegada del “rector rojo”. Como tan bien lo entendió Bertolt Brecht, los rasgos fascistas en el imaginario social se refuerzan siempre a partir del miedo.

Paradójicamente, cuando se vislumbraba el amanecer democrático, el 1º de noviembre, alrededor de 800 personas se juntaron en el gimnasio del Instituto Santa Lucía para defender, en la figura del rector, el orden conservador varelese y, por ende, la macabra ideología que lo sustentaba. Que se entienda bien: haber concurrido a aquella manifestación de apoyo al rector no significó en forma automática ser cómplice de la dictadura. Muchos de los presentes actuaron sin racionalizar todo lo que implicaba su actitud, por impulso de los afectos adquiridos en tiempos de estudio y otras motivaciones similares. Sin embargo, el grupo duro de apoyo al rector tenía cabal conciencia de las consecuencias que tendría a futuro perder las riendas del “poder pleno” sobre el instituto. La tarea de despejar parte del cuerpo de profesores con ideas progresistas se había realizado con prolijidad en los años setenta; casos testigo fueron el alejamiento del doctor Zurita y del padre Joaquín Ca-

rregal. El fin de la dictadura necesitaba un cierre de filas entre la tropa conservadora para evitar que el poder acumulado y la posibilidad de adoctrinamiento de miles de jóvenes se les escurriera de las manos. Aquel que no asumiera esta postura sufriría las consecuencias.

La asamblea fue conducida por el grupo cercano a Tino que tenía como cabeza visible a la Comisión de Padres,⁶ utilizada habitualmente para refrendar los dichos del rector. Varios testimonios indican que no se respetó la libertad de expresión de quienes no estaban de acuerdo con la postura del rector. Como dato vale señalar que al momento de tomar la palabra personas alejadas del entorno de Rodríguez, aquellos que se encargaban del sonido desenchufaron el micrófono impidiéndoles expresar el mínimo cuestionamiento.

Desde el Obispado se preparó una nueva delegación encabezada por el Vicario General, el padre José Andrés (que había vuelto ya del exilio) junto con el padre Rumbo y Daniel Mandrioni. Pero había sido tan adverso el clima que les había tocado vivir a Rumbo y Mandrioni en la visita anterior, que decidieron finalmente no participar de la segunda, temiendo que su presencia pudiera alterar el posible diálogo.

Como consta en actas, que el propio Rodríguez se encarga de publicar en su libro sobre la institución,⁷ la reunión fue abierta y estuvo dirigida por el doctor Dardo Otonello. El nivel de agitación de los presentes era tal que solamente al nombrar a Daniel Mandrioni se escuchó una estruendosa silbatina. Los sucesivos oradores fueron caldeando el ambiente para hacer imposible la misión del padre José Andrés. Uno de los que llegó más lejos fue Ramón César Suárez, quien en una actitud entre "grotesca y payasesca gritaba 'no quiero un trapo rojo en la escuela'"⁸ una y otra vez, desde la parte superior de una escalera. Más aun, cuando hizo uso de la palabra se expresó de la siguiente forma:

Si bien la asamblea se ha pronunciado, yo he sido testigo del atropello a que fue sometido el Rector por ese señor que dice ser sacerdote, les voy a decir [...] no vamos a aceptar el avasallaje de los representantes de Dios que en la tierra lo están negando. *El representante que nos man-*

⁶ Uno de sus presidentes durante varios años, Jesús Llavona, fue secretario de Obras Públicas durante el mandato de Oscar Mingote, último intendente de la dictadura y luego candidato local del MODIN de Aldo Rico.

⁷ Rodríguez, Modesto Evaristo, *op. cit.*, p. 161.

⁸ Entrevista de los autores a Alberto Marchesini ya citada.

*dó Monseñor Novak hoy [por el padre José Andrés] es marxista, el que nos mandó el viernes también [en referencia al padre Rumbo] y él mismo que no cumple con su rebaño [...] y yo le digo padre Andrés: vuestra práctica está en contra de nuestro colegio y esto va a salir en todos los diarios para que toda la opinión pública lo sepa.*⁹

El contenido de esta diatriba es similar a las palabras utilizadas por el torturador del padre Yorio. Una y otra vez, los sectores conservadores atacaron a quienes fueron defensores de los derechos humanos, a quienes como el padre José Andrés sufrieron persecución y exilio, utilizando argumentos cobardes y difamadores. Cuando Suárez anuncia que estos hechos van a salir en todos los diarios, obviamente está haciendo clara alusión al suyo, defensor a ultranza del rector Rodríguez.

Durante el Proceso, a nivel nacional, la postura asumida por los medios de comunicación fue la defensa irrestricta del accionar militar. *Clarín* y *La Nación* se constituyeron en voceros de las políticas implementadas por las cúpulas golpistas y los empresarios que apoyaban el régimen. Periodistas de toda calaña como Bernardo Neustadt y, el muchas veces reconvertido, Mariano Grondona, desde sus columnas en diarios, revistas y programas televisivos promovían el consenso social sobre la masacre que se perpetraba sordamente. Sin embargo, en noviembre de 1983, algunos medios ya se cuidaban de exhibir tanto apoyo a una dictadura que estaba finalizando y publicaban notas sobre las tumbas NN.

Volviendo a la reunión, luego tomó la palabra Smimmo para agregar que en varias oportunidades él ya le había comunicado al obispo Novak que: “Una *mafia marxista* lo estaba salpicando de lodo. [...] Lo que se quiere es sacar al rector Rodríguez porque molesta a quienes *quieren introducir la ideología marxista en los colegios católicos* y eso no lo vamos a permitir [...]”¹⁰

Para estas personas, evidentemente, la actitud de defensa de los derechos humanos asumida por la diócesis de Quilmes no podía ser otra cosa que “marxismo”, sabiendo que bajo la utilización de esa misma noción como estigma se había secuestrado, torturado y posteriormente desaparecido a diez ex alumnos de la “comunidad” a la cual decían defender. Todo esto bajo una interpretación muy particular del “ser

⁹ Rodríguez, Modesto Evaristo, *op. cit.*, p. 162. La cursiva es nuestra.

¹⁰ *Ibid.*, p. 162. La cursiva es nuestra.

católico” que, al decir de Prudencio García responde a una doctrina “religioso-esotérico-militar” desarrollada en Argentina a partir de una visión conspirativa de la historia, que se adecuaba al imaginario de los sectores dominantes. Esta forma de razonar, utilizada en las arengas de Smimmo y Suárez, puede observarse, por ejemplo, en un discurso pronunciado en fecha cercana por el general Cristino Nicolaides ante representantes de las Fuerzas Armadas: “Debemos pensar que hay una acción comunista marxista internacional que desde 500 años antes de Cristo tiene vigencia en el mundo y que gravita en él”.¹¹ Prudencio García señala:

Esta alucinante doctrina nos remite directamente a las enseñanzas de aquellos ideólogos que acabaron configurando la mentalidad argentina actual. Los viejos conceptos ultracatólicos y radicalmente antidemocráticos de los teólogos franceses Ousset y Grasset, y de los argentinos Meinvielle, Genta y Disandro, perviven sólidamente incrustados en las mentes de los militares [...] y se manifiestan tanto en las alocuciones verbales en actos castrenses como en los documentos doctrinales al más alto nivel.¹²

La alta jerarquía de la Iglesia católica estuvo atravesada por estos discursos de claro corte inquisitorial, que sirvieron para cobijar en varios momentos de su historia las represiones más crueles a los sectores populares. Esta mentalidad se reproduce y perdurará en nuestro pueblo conservador, como es intención demostrar en el presente libro, por más tiempo que en otros lugares del país, básicamente porque aquellos que la sustentan ocupan todavía hoy posiciones destacadas en la localidad.

Debido al clima hostil que se vivía en esa jornada —nada que pudiera considerarse participación espontánea, sino que se dio bajo el agujijoneo permanente del núcleo duro que rodeaba al rector— el padre José Andrés decidió explicar el cambio emprendido por la diócesis ante representantes de los padres, de los alumnos, de los ex alumnos y del cuerpo docente, más el rector y el padre Motta, que no asistió. Por más que se lo esperó y a pesar de que se envió una persona a buscarlo, el padre Motta nunca llegó a la cita.

¹¹ García, Prudencio, *op. cit.*, p. 204.

¹² *Ibid.*, p. 204.

El padre José Andrés explicó a los presentes que la estructura formal de la Iglesia indica que así como el Papa tiene como representantes a los obispos, las escuelas deben tener presencia del obispo por medio de una persona cercana de su confianza. El rector, ante esas palabras, abandonó la sala intempestivamente. El padre José Andrés pidió que lo llamaran para seguir explicando la situación, pero Rodríguez, que había regresado por un instante, volvió luego a abandonar el lugar definitivamente. El padre José Andrés decidió entonces dar por terminada la reunión debido a la ausencia de los dos implicados principales: Motta y Rodríguez, verdadero artífice de la protesta.

Como resultado de estos hechos circularon versiones que despreciaban a los integrantes de la diócesis, tan absurdas que nos parece inútil reproducirlas. Pero vale la pena, para dar cuenta del contexto histórico, citar al menos dos: una afirmaba que al desembarcar los curas de la diócesis de Quilmes en el Instituto Santa Lucía, se comenzaría a enseñar marxismo en las clases de catequesis. Otra sostenía que Cáritas había comprado miles de anticonceptivos y los repartía indiscriminadamente. Esta versión tomó estado público al ser vertida en la asamblea por Smimmo. Asumir el control de la natalidad como un pecado, forma parte también de esa visión ultraconservadora denunciada por Prudencio García.¹³

Este *modus operandi* es similar al utilizado en el caso del doctor Mariano Zurita, y años más tarde en el conflicto con el diputado Jorge Fava, que denunció las visitas realizadas por el rector y sus amigos al penal de Magdalena para ver a Videla. No era una táctica nueva, el Batallón 601 de Inteligencia del Ejército en su manual de contrainsurgencia —exportado en la década de 1980 a países centroamericanos— proponía diferentes tipos de tácticas:¹⁴

1. Obsequios privados
2. Agentes especiales
 - Activistas femeninas
 - Polemistas callejeros*
 - Agentes de rumores
 - Aguafiestas y agitadores de reuniones públicas

¹³ *Ibid.*, p. 162.

¹⁴ *Clarín*, Suplemento “30 años”, 26 de marzo del 2006. Las cursivas son nuestras.

- Agentes provocadores
- Rompe-huelgas, esquiroles
- Falsificadores
- 3. *Propaganda subliminal*
- 4. Compulsión física a las torturas
- 5. Compulsión psíquica
- Anónimos, amenazas*
- Seguimiento físico, persecución telefónica
- Secuestros, chismes, calumnias, panfletos, libelos
- Raptos, *boicots*
- Pornografía*
- 6. Terrorismo, desmanes, sabotaje
- 7. Toxicomanía
- Alcoholismo
- Drogas
- Gases incapacitadores psicológicos
- 8. Lavado de cerebro

Las personas que actuaron durante aquel conflicto asumieron, en diferentes momentos y bajo circunstancias distintas, actitudes similares a las recomendadas en el manual elaborado por los represores del Batallón 601. Generar rumores, descalificar al adversario, amedrentar a través de la sanción, fueron las técnicas que se utilizaron en los momentos de crisis en el Instituto Santa Lucía, como lo demuestra la temprana pintada de 1974 con que comenzamos el primer capítulo del libro.

Muchos profesores y egresados asumieron una postura no solo de acompañamiento al rector Rodríguez, sino claramente ofensiva hacia la diócesis y el obispo. En la desgrabación de una asamblea —que se publica en Memoria gráfica— realizada para tal fin durante el conflicto, se puede observar una tibia defensa de Jorge Novak por parte del profesor de religión Corrieri, mientras que la postura más agresiva es asumida por la profesora de lengua y literatura Fanchiotti (hermana del comisario Alfredo Fanchiotti, condenado años más tarde por los asesinatos de los piqueteros Kosteki y Santillán), y secundada por otros profesores que propusieron “estar en movilización permanente, con notas a la prensa y estar continuamente frente a la curia [...]” (en alusión directa a Novak).¹⁵

¹⁵ Rodríguez, Modesto Evaristo, *op. cit.*, p. 169.

Por último, se realizó una reunión en la diócesis con la presencia de los actores principales en el conflicto, incluidos Motta y Rodríguez. Luego de dejar en claro que era su derecho como obispo designar al representante legal, Novak accedió al pedido del padre Motta quien, presionado por el entorno de Rodríguez, solicitó continuar un tiempo más en el colegio. El obispo, que en su compromiso con los derechos humanos arriesgó varias veces su integridad como persona, creyó conveniente, según las fuentes consultadas, acceder a ese pedido esperando que el ambiente se calmara, y confiando, quizás, en que el desarrollo democrático traería nuevos aires dentro de la región.

Otros conflictos vinculados con el arraigo de concepciones autoritarias dentro de la diócesis impidieron luego que el obispo Novak concentrara su atención sobre el tema Santa Lucía. Por aquella época el poder de Novak era limitado, ya que el Episcopado era mucho más conservador que en la actualidad: Jorge Novak, Jaime De Nevares y Miguel Esteban Hesayne actuaban generalmente juntos, pero estaban fuertemente cuestionados por el resto de los obispos. A los tres se los denominaba socarronamente como “el trío los panchos” o “la Santísima Trinidad”. Las fuentes consultadas aseguran que varias veces monseñor Novak volvió en un muy mal estado de las reuniones del Episcopado, a causa de los desprecios que sufría por parte de sus hermanos obispos. La coyuntura eclesial, más el apoyo logrado por el rector dentro de sectores del centro de la ciudad, impidieron al obispo ir a fondo contra un aparato de poder que se autolegitimaba a partir de las descalificaciones constantes.

De aquel conflicto nació en Rodríguez —como él mismo lo detalla— la idea de formar una asociación de ex alumnos con personería jurídica propia con el objetivo de comprar un campo que estuviese fuera de la jurisdicción de la diócesis. “Organizar una sociedad civil que animada por la fe en Cristo, encuadrada en leyes que aseguren su funcionamiento y que conducida responsablemente por los egresados del instituto [...]”¹⁶ Esta nueva sociedad civil, que finalmente se creó bajo el nombre de Promociones Santalucinas, no dependería ya del Obispado. Claramente, el mensaje del rector era constituir una herramienta legal que permitiera el funcionamiento del Instituto con más libertad, ante la actuación de la diócesis.

Como ocurrió años después en el conflicto de 1987, y ocurrió nue-

¹⁶ *Ibid.*, p. 126.

vamente a raíz del trabajo de la Comisión por la Memoria, la Verdad y la Justicia, las amenazas, hechas bajo la cobardía del anonimato, fueron utilizadas para amedrentar a las personas que por uno u otro motivo se enfrentaron a la actitud totalitaria del rector.

Daniel Mandrioni accedió a comentarnos lo siguiente: “Estaba en Cura Brochero de noche preparando un encuentro de evangelización con el padre Gino, y vino a buscarme el padre Armando porque Marina [esposa de Daniel] estaba en casa llorando debido a que había recibido amenazas telefónicas”.¹⁷ Además de este tipo de “aprietes”, varias personas vinculadas a la diócesis se vieron involucradas por las “versiones” antes señaladas, en hechos que buscaban perjudicar su nombre y reputación.

La fuerza que tuvo la reacción de los grupos conservadores varenses repercute todavía sobre nuestra sociedad que busca por estos días encontrar el camino de la verdad histórica. En una entrevista reciente a Luis Stöckler, el nuevo obispo de la diócesis de Quilmes, el director actual de *Mi Ciudad*, Alejandro Suárez (hijo de Ramón César Suárez), retomó nuevamente el tema de la Teología de la Liberación,¹⁸ en el obispado de Quilmes, relacionando a Novak con la intención de propiciar el desarrollo del marxismo en la diócesis. El documento al cual se alude para sostener esa tesis –el cuaderno de trabajo Hoja de Ruta Nº 5, utilizado para catequesis en los ochenta– no es más que un intento de comprender esa ideología sin tapujos ni prejuicios. Una de las características del pensamiento conservador es desdeñar la posibilidad de que las masas puedan estudiar la realidad desde diferentes puntos de vista para entenderla y poder tomar una postura racional. Todo lo que se escape de su estrecho margen de aceptación debe ser negado, ocultado y reprimido.

Podemos observar en la tapa de un ejemplar de la revista católica reaccionaria *Movimiento de Reafirmación Cristiana*, editada en los setenta, esta misma forma de analizar la realidad (exacerbada por el

¹⁷ Entrevista telefónica del 2 de marzo de 2006 a Daniel Mandrioni. De las situaciones relatadas en este capítulo Mandrioni nos dijo que por respeto a las autoridades de la diócesis y en virtud del espíritu de comunión reinante en la misma, no realizará ningún comentario, más allá de confirmar las amenazas recibidas en aquella época.

¹⁸ Nombre de la teología desarrollada por la corriente de sacerdotes que hicieron de la opción religiosa un camino necesario para la liberación de los pueblos sometidos del Tercer Mundo. El término fue utilizado por primera vez, como título del libro del padre peruano Gustavo Gutiérrez a principios de la década de 1970.

marco político de aquella época) lo que demuestra como cíclicamente los argumentos conservadores vuelven a ser retomados por distintos sectores de poder.

Más aun, debemos remarcar que, si bien el obispo de Quilmes decidió proteger en más de una oportunidad a sacerdotes y personas ligadas al movimiento tercermundista, Novak no pertenecía ni provenía de esos sectores. Todavía hoy persisten en la diócesis algunas opiniones críticas en cuanto al rol excesivamente “moderado” de Novak por aquellos años. Quizás, el desenlace final del conflicto con Rodríguez, que le dejó libre el camino al rector para perpetuarse en el poder, sean la muestra más cabal de lo desacertado de vincular a Novak con posiciones ideológicas cercanas a las vanguardias políticas de su tiempo.

Las agresiones gratuitas de los conservadores varelenses contra Novak obedecieron, como se puede constatar, a una visión ideológica contrapuesta a la del obispo. Una moral cristiana cercana al pueblo que sufre y que es perseguido, representada por el obispo Novak, y una concepción seudoreligiosa desarrollada por los sectores dominantes con un tono netamente mesiánico y autoritario. El Jefe¹⁹ fue siempre muy cuidadoso al elegir a sus enemigos. Jorge Novak se convirtió, sin duda, en un peligroso baluarte de aquello que más odiaba, y por la misma razón lo enfrentó amparado en el aura que su posición privilegiada dentro del Instituto Santa Lucía le brindaba.

En una entrevista realizada por la revista *Siete Días*, en los meses finales de la dictadura militar, y a raíz de una pregunta que le hizo un periodista del medio, Jorge Novak explicó con sencillez y claridad su concepción acerca del rol de la educación en los colegios católicos. La respuesta de Novak desentraña con claridad la trama de complicidad ideológica que una enseñanza despojada de todo sentido solidario y humanístico puede llegar a tener sobre los estudiantes. Cuando se releen sus palabras puede también comprenderse mejor el ensañamiento de quienes deseaban mantener el dominio sobre la formación intelectual y ciudadana de miles de varelenses. Aunque estos dichos de

¹⁹ El apodo no es nuestro: “[...] esa sombra que había echado sería imposible como así todo lo que se fue formando en esta escuela, si no hubiese estado el profesor Modesto E. Rodríguez, ‘El Jefe’ para nosotros que trabajamos junto a él”. Del discurso pronunciado por Coco Cordary, ex alumno, jefe de Preceptores y luego uno de los propulsores de Promociones Santalucinas. Rodríguez, Modesto Evaristo, *op. cit.*, p. 285.

Novak datan de meses antes del conflicto reseñado, se puede apreciar con claridad su posición comprometida con la historia que tanto lo alejó de Rodríguez.

Periodista: La mayoría de los actuales gobernantes, los de este proceso, proclaman su catolicismo. También no pocos de ellos son egresados de colegios religiosos, es decir, han recibido una formación educativa y espiritual religiosa. ¿Cómo puede ser entonces que estos dirigentes que han salido de colegios religiosos y universidades religiosas, lleguen a lo que han llegado? ¿Qué examen de conciencia se hace en este caso la propia Iglesia?

Jorge Novak: El examen de conciencia de ver si sus instituciones educativas son coherentes con el proyecto educativo católico. Y si este proyecto está esclarecido por una abundante y precisa documentación dentro de la Iglesia. Creo que a veces se ha ido procediendo a que el contenido de la instrucción ha ido por unos cauces y la materia de enseñanza religiosa por el otro, no tendiendo el puente o no logrando que lo religioso aspire y compenetre todo el resto del contenido. Pero quizá la omisión o la falencia más grande ha sido separar lo vertical de la fe, de lo horizontal de la fe. En salvaguardar entonces una fe vertical que haga casi una pura referencia de Dios, siendo así que esa fe debe darse, pero debe llevar necesariamente a un compromiso con la historia, que sería horizontal. Y ese compromiso con la historia supone cambios en la historia, nos dice que la estructura de la sociedad es en gran parte injusta y eso en nuestra América Latina se manifiesta muy claramente. Está dicho en el documento de Puebla: excesiva acumulación de riqueza, en manos de unos pocos, y en que las masas están entonces en situación de angustia. Este proceso, en vez de revertirse se está recrudeciendo, se está intensificando, y por lo tanto, pasando a nuestras instituciones educativas. [...] La doctrina social [...] se debe enseñar. Pero no solo debe ser enseñada, cosa que muchísimos ignoran. El contacto con los laicos, aun de práctica religiosa, nos lleva a la constatación de que ignoran la Doctrina Social de la Iglesia, lo que inclusive *hace caer en la tentación o en la trampa de que el "obispo es comunista"*, cuando en realidad el obispo [se] está haciendo simplemente eco de la Doctrina Social de la Iglesia.²⁰

²⁰ Tomado de la revista *Siete Días*, en De la Serna Eduardo, *op. cit.*, p. 180.

XX. El bien y el mal

La visión maniquea de la historia en el pago chico

Hay que generar para estos tipos una condena social inapelable.

JULIO SARMIENTO¹

Hacia el año 1987 la tragedia de los chicos del Santa parecía un capítulo cerrado para la sociedad varelense, que prefería mantenerse sorda a los vientos de la Historia que la atravesaban, amparada en la todavía efectiva “teoría de los dos demonios”. En el Instituto que vio crecer a los pibes en sus años de juventud nunca se tocaba el tema. A uno de nuestros entrevistados, el profesor Alberto Marchesini —que ingresó al colegio en 1981— siempre le pareció asombroso que nunca se los nombrara, especialmente a Ángel Iula, que había sido abanderado, es decir, el representante de la escuela. A pesar de este ambiente adverso a nivel local, la valiente denuncia sostenida por un pequeño grupo de ciudadanos sumada a la soberbia de Rodríguez reinstaló el tema de los derechos humanos en nuestra ciudad y en especial en el ámbito educativo.

“24 de marzo del 1987: Un día más en el quehacer laborioso de Santa Lucía, un día más que se presentaba como tantos otros días de trabajo y análisis de proyectos ciertos [...] fue marcado por las noticias que traía el diario *El Sol* de Quilmes que nos alcanzaba un activo padre de alumno.”² Así introducía Rodríguez su visión de los hechos que se desarrollaron durante aquel año. Para él, el 24 de marzo era so-

¹ Ex profesor del Instituto Santa Lucía. Actualmente, profesor de la Universidad Nacional de La Plata, realiza su tesis de doctorado.

² Rodríguez, Modesto Evaristo, *op. cit.*, p. 189.

lamente “un día más”, sin recuerdos del comienzo de la barbarie encabezada por la Junta Militar en 1976.

Ningún vestigio en su discurso hacía referencia a la fecha de inicio de un régimen despótico que sembró de silencio al país y enlutó las casas de diez ex alumnos de su institución.

Los inconvenientes comenzaron cuando el diputado provincial Jorge Fava dejó por escrito en la Cámara de Diputados de la Provincia la denuncia acerca de las visitas realizadas por Rodríguez, en el penal de Magdalena, al reo Jorge Rafael Videla. Fava, que era miembro de la Comisión Investigadora de las Desapariciones de la Cámara de Diputados provincial, estaba al tanto del apoyo que desde sectores civiles se había brindado a los militares en épocas de la dictadura. Estos lazos todavía seguían funcionando con regularidad en los primeros años de la democracia.³ La denuncia, al ser publicada en un medio masivo adquirió cierta relevancia dentro de la ciudad. Allí se planteaba, entre otras cosas, la imposibilidad de dejar en manos de quien tenía en tan bajo grado la conciencia sobre el respeto por los derechos humanos un instituto de enseñanza al que concurrían cientos de adolescentes. Además, afirmaba: “los padres y los alumnos de quienes concurren allí, deben saber cuál es la ideología de quienes dirigen ese establecimiento”.⁴ Tamaña denuncia hubiera bastado en cualquier lugar sensato del planeta para solicitar la renuncia o la rectificación pública del aludido. ¿Se puede imaginar a un director de una escuela alemana visitando y ofreciendo un ramo floral a algún ex jerarca nazi? Sin embargo, como veremos a lo largo del capítulo, en una demostración cabal de su carácter conservador, parte de la comunidad varelense cerró nuevamente los ojos a la verdad. El ángel de la historia, como bien lo describía Walter Benjamin, miró nuevamente anonadado la reacción de tantos en defensa del amigo del genocida Videla.⁵

La agitación en los sectores reaccionarios fue total. Al siguiente día de clases, a las 7:15, la secretaria, María Eufemia Añorga de Aimi, se acercó antes de comenzar las tareas del día a la sala de profesores e

³ Las denuncias de espionaje en ámbitos de las Fuerzas Armadas, realizadas a comienzos de 2006 por el Centro de Estudios Legales y Sociales, dan cuenta de la regularidad que tienen todavía hoy las prácticas implantadas en la dictadura.

⁴ Diario *El Sol*, 24 de marzo de 1987.

⁵ En otro hecho similar en el ámbito educativo, pero en 1975, el por entonces rector de la UBA, Alberto Ottalagano apareció en la tapa de la revista *Siete Días* afirmando sin medias tintas: “Soy fascista, ¿y qué?”.

invitó a los docentes a presenciar el discurso que Rodríguez iba a brindar a los alumnos de 3º, 4º y 5º año.

En su arenga, relata Alberto Marchesini, el rector ratificó su visita a Videla: “[lo] comparó con los héroes nacionales, y agregó que, por lo tanto, estaba más allá del bien o el mal porque nos había salvado a todos. [...] Los desaparecidos eran todos delincuentes, asesinos, y que bien merecen lo que les pasó”.⁶ El entrevistado describe la escena: “y él se paró en lo que nosotros graciosamente denominábamos púlpito —en el descanso de la escalera que comunicaba a las aulas del primer piso—, porque a él le encantaba pararse ahí porque estaba en un nivel más alto [...] y se agarraba de ese caño y se estiraba más y sacaba la cabeza”.⁷

No conforme con lo que ya había dicho, en un raptó de efervescencia discursiva, habitual en su personalidad, afirmó que: “él había visto caminar por el pasillo al diablo —haciendo alusión a los alumnos de la escuela desaparecidos— pero que gracias a Dios esas personas estaban hoy viendo crecer los rabanitos desde abajo”.⁸

Como reveló en la entrevista, el ex alumno y por aquel entonces profesor suplente Julio Sarmiento quedó “conmocionado con esas palabras y confundido, ya que no sabía las razones por las cuales Rodríguez estaba haciendo esa arenga tan virulenta y tan fuerte”. Luego se enteró de la nota aparecida en el diario *El Sol*. Después de ese discurso, Rodríguez entró a la sala de profesores y planteó: “[ante esta situación] se está conmigo o en la vereda de enfrente”.⁹ Inmediatamente, el profesor Sarmiento, pese a que conocía el perfil del rector, consternado por lo que había escuchado le pidió que mantuvieran una charla. Se reunieron en el despacho de Tino durante veinte minutos. Allí tuvieron una fuerte discusión: Julio Sarmiento le planteó que como profesor de Instrucción Cívica —era suplente de la profesora Ema Gagliolo— él iba a defender ante sus alumnos los ideales democráticos y a refutar todo lo que Rodríguez había dicho, y que les explicaría a los estudiantes quién había sido Videla. Además, recalcó lo incorrecto de realizar una defensa pública a figuras que habían sido condenadas por la justicia, delante de todo el alumnado. Sarmiento relata que el rector “sacó un libro editado por el Ejército, con la propaganda de las Fuerzas Armadas de la

⁶ Entrevista de los autores a Alberto Marchesini.

⁷ *Ibid.*

⁸ Julio Sarmiento. Entrevista colectiva, 15 de abril del 2006.

⁹ *Ibid.*

época, mostrando atentados y defendiendo la supuesta guerra sucia, y luego tomó una tela del cajón con la leyenda de Montoneros¹⁰ que, según dijo, les había incautado en los setenta a alumnos de este mismo colegio. La conversación terminó abruptamente y en muy malos términos. Después de aquel encontronazo, quedó claro que Julio Sarmiento había “cruzado de vereda”.

Los profesores que se encontraban allí actuaron apoyando por acción u omisión al Jefe. La mayor parte del cuerpo docente dejó solo a Julio, y no le dio su solidaridad, ni siquiera un comentario por debajo de la mesa. Alberto Marchesini fue el único que tomó una posición de inconformismo: antes de que Rodríguez terminara su discurso abandonó el lugar a la vista de todos. En cierta forma, siempre en el Instituto se plantearon las cosas en términos dicotómicos: por un lado estaban *los buenos*, representados por Tino y sus seguidores más obsecuentes, y por otro lado *los malos*, los que no adherían a cada una de sus directivas. Los alumnos del colegio, los padres, los egresados habían naturalizado con el tiempo esa visión mesiánica sobre el bien y el mal, por lo tanto, cada conflicto con Tino —el máximo representante del bien— involucraba a toda la institución.

Julio Sarmiento decidió comunicar los dichos del rector a sus compañeros y amigos del secundario. Sarmiento estaba en una posición privilegiada para comprender el conflicto por su condición de profesor y de ex alumno; además, había hecho toda su secundaria bajo la dictadura.

Por aquellos días, y debido a la repercusión pública que adquiriría la denuncia de Fava, el periodista vareliense Daniel Otero entrevistó en su despacho a Rodríguez para el ciclo *Los protagonistas* que emitía Radio Nacional. Desde un comienzo, Otero sintió que era manifiesta la actitud del rector por aparecer como simpático, quizá para desmentir todas las cosas que se decían sobre su persona.

Él no negaba los vínculos que podría haber tenido con la desaparición de personas en la escuela, si bien tampoco lo afirmaba manifiestamente. Repetía que Videla era una buena persona y trataba de justificar que gracias a todo lo que hicieron ellos hoy se podía vivir en libertad; pero además yo recuerdo que el discurso que estaba diciendo ni él se lo podía creer, era un discurso ingenuo, infantil. El recuerdo que yo

¹⁰ *Ibid.*

tengo ahora es el de una persona perversa, demoníaca, y maquiavélica, esa fue la imagen que me quedó de Rodríguez. Por otro lado, subestimaba a la gente, creía que con ese discurso convencía. Me acuerdo que cuando salió el programa llamó a la radio alarmado por lo que se había dicho de él, siendo que si algo había quedado claro a lo largo de la entrevista era que yo no compartía lo que decía.¹¹

En otro momento del reportaje, Rodríguez planteó la duda sobre el tema de los desaparecidos, utilizando la gastada tesis (esgrimida por los represores) que sostenía que estaban veraneando en España y otros países de Europa. Debe quedar en claro que al momento de realizar la entrevista, a Daniel Otero lo movían solamente fines de tipo periodístico ya que no era egresado, ni tenía un especial interés por los asuntos del colegio. Más tarde, como vecino de Varela mantuvo contacto con el diputado Fava y otras personas que condenaban los dichos del rector.

No fueron las únicas oportunidades en que Rodríguez hizo pública su defensa de la dictadura. Por ejemplo, aparece su firma en una solicitada que se publicó en *Clarín* el 19 de septiembre de 1981, que contenía las siguientes afirmaciones:

En testimonio de la Verdad

Solidaridad Nacional frente a la campaña del terrorismo internacional y de funcionarios y políticos extranjeros en nuestro país.

-Damos testimonio de la solidaridad del pueblo argentino con la lucha que nuestras Fuerzas Armadas libraron para defender la libertad y derrotar a la violencia subversiva sin haber recurrido al apoyo de ninguna potencia extranjera.

-Exhortamos a los extranjeros interesados en opinar sobre nuestros problemas internos a ser veraces y valientes en sus manifestaciones respecto del clima de paz, libertad, trabajo y seguridad que hoy se vive en la Argentina.

-Hacemos votos para que otras naciones no necesiten vivir nuestra pasada experiencia, que tanto dolor causa en la gran familia argentina, para tomar conciencia de las condiciones en que se desarrolla la agresión marxista contra los valores espirituales de occidente.

¹¹ Daniel Otero, entrevista colectiva.

La entrevista emitida por Radio Nacional sirvió para que los ex alumnos se movilizaran aun más. Desde la casa de uno de ellos hablaron con Radio Universidad de La Plata. Cuando Alejandro Ormaechea terminó la comunicación con el periodista, una voz le gritó: “Zurdos de mierda digan la verdad”¹² por la línea que estaba, como se dice habitualmente, “pinchada”.

En aquellas salidas mediáticas, los ex alumnos, que más tarde constituyeron el espacio colectivo Convocatoria por los Derechos Humanos: El Cacerolazo, trataban de contar lo vivido en el colegio y hacer saber al resto de los varelenses los dichos de Rodríguez. De sus épocas de estudiantes recordaban varias experiencias, como aquella vez que Tino al suspender a un compañero, Claudio Cattáneo, le dijo: “Su madre va a terminar como esas locas del pañuelo blanco que dan vueltas en la Plaza”.¹³ Lentamente fueron consiguiendo que la gente participara y se animara a comunicar los malos tratos que habían sufrido en el colegio durante los años de la dictadura. Entre otras cosas surgía como queja la costumbre del rector de tildar de subversivos y zamarrear a los alumnos, tarea repetida en varias ocasiones por los preceptores más apegados al Jefe. Asimismo, varios de los ex alumnos corroboraron que el supuesto exabrupto cometido el día del discurso ante los estudiantes, cuando se jactó públicamente de haber visto transitar al diablo por los pasillos del colegio, era una frase recurrente del rector en sus momentos de mayor enojo. Estas palabras quedaron grabadas a fuego en la memoria de los estudiantes de aquella época.

Luego de la primera salida al aire, Alejandro Ormaechea, Orlando Babuin, Claudio Cattáneo, Gustavo Ganganelli, Mario y Claudio Lozano concurrieron al estudio de Radio Universidad para una entrevista colectiva organizada rápidamente. A su regreso de la ciudad de La Plata los invitaron a concurrir a una reunión en el Instituto. Al llegar allí se encontraron con un grupo de gente que los acusaba de estar traicionando al colegio y diciendo mentiras. Para sorpresa de todos, uno de los acusadores (que estaban presididos por el veterinario Luis Lucho Casares) poseía la grabación de la entrevista realizada al mediodía, con lo cual se podía verificar toda la maquinaria de inteligencia puesta al servicio del rector Rodríguez. En ese encuentro, el grupo de Convocatoria por los Derechos Humanos consiguió demostrar

¹² Alejandro Ormaechea, entrevista colectiva.

¹³ *Ibid.*

que no todos los alumnos y ex alumnos estaban a favor de los dichos autoritarios de Tino.

Al día siguiente, Rodríguez le comunicó a Julio Sarmiento, antes de que subiera a dar clase, que estaba suspendido por haber participado de los encuentros de opositores a él. Basta recordar el rostro desencajado de Sarmiento para comprender el peso de la soledad dentro de la institución: cientos de alumnos pasaban a su lado, contrariados y confundidos, como una marea humana indolente. No todos los alumnos y docentes apoyaron esto, pero el colegio se encargó muy bien de mantenerlos aislados e impotentes para realizar cualquier intento de organización colectiva.

El profesor de física, Alberto Marchesini, acompañó a Julio Sarmiento hasta su casa debido a que el joven profesor estaba muy preocupado. El encono creciente hacia su figura se debía a su coraje para desafiar un orden que parecía mantenerse inmutable a través del tiempo, a pesar de los cambios políticos ocurridos en el país. La suspensión duraría, según Rodríguez, sesenta días y Julio —que por aquel entonces contaba con solo 23 años— definió así su estado de ánimo: “No sabía para dónde disparar; no sabía si intentar subir y que me bajarán por la fuerza o si irme tranquilo”.¹⁴ Hizo lo que varios le aconsejaron en aquel momento: se dirigió a CTERA, donde se estaba realizando un plenario, allí rápidamente se confeccionó una nota que se llevó a Capital y publicaron los diarios. La repercusión que tuvo el caso fue inmediata.

Los acontecimientos narrados empezaron a colorear las tapas de los periódicos zonales; poco después tomaron estado nacional y fueron abordados por la revista *El Periodista* y los matutinos *Página/12* y *La Nación*. El diario de los Mitre se hallaba desprestigiado por su apoyo incondicional al régimen militar, hecho que había repercutido en una baja notoria de ventas. Tratando de recomponer esa imagen, el viejo vocero de la oligarquía cubrió el caso Santa Lucía. Una joven cronista fue a entrevistar al rector en las instalaciones del Instituto. Las preguntas que le formulaba impacientaron a Rodríguez, que terminó amenazándola. Entre otros dichos, El Jefe le gritó que de persistir con ese tipo de investigación iba a terminar en el fondo del Río de la Plata con una bolsa de cemento en los pies. La reportera aseguró a Cecilia Boyer¹⁵

¹⁴ Julio Sarmiento, entrevista colectiva.

¹⁵ Cecilia Boyer, entrevista colectiva.

y a varios de sus compañeros, llena de temor, que jamás volvería a reportarlo. Rodríguez, fiel lector de *La Nación*, se sintió sorprendido y traicionado. Acto seguido decidió ir a arreglar cuentas con sus editores. El escándalo que causó su presencia motivó que los encargados de seguridad lo retiraran por la fuerza. Una ex alumna, Elsa Chiappino, empleada del diario, fue testigo de aquel altercado.¹⁶

Julio Sarmiento logró volver al Instituto de la mano de la secretaria general del Suteba¹⁷ de Florencio Varela y ex alumna de Santa Lucía, Olga López, que apenas se encontró frente al rector recibió una amonestación verbal: “Usted siempre metida en líos, López”,¹⁸ por su conocida militancia dentro de la UES en la década de 1970. Rodríguez, que para ese entonces evidentemente había recibido asesoramiento jurídico, negó haber suspendido al profesor de Instrucción Cívica, hecho que los alumnos de aquella época pudieron presenciar claramente. Sarmiento se sorprendió porque, si bien creía capaz a Tino de confrontar directamente a partir de sus ideas reaccionarias, no esperaba una mentira descarada como aquella. Finalmente, luego de las gestiones del gremio el profesor fue reincorporado, pero dentro del Instituto la polarización que existía entre los alumnos y ex alumnos que acompañaban a Julio, y aquellos que apoyaban a Tino se hacía más y más evidente.

La presión fue continua, sostenida, y atravesó a todos aquellos que se animaron a desafiar el orden conservador y autoritario del colegio y de la ciudad. En una reunión de profesores, y avizorando el vendaval que se descargaría sobre él, Julio Sarmiento, concurrente habitual a las reuniones del grupo de ex alumnos denunciadores, recibió la amenaza de Tino Rodríguez: “Ojo con la casa de Lozano que va a pasar lo mismo que en Bocuzzi 135”, refiriéndose a la casa que había sido residencia de la familia Zurita. El Jefe “tenía la dirección bien clara de lo que había sido el hogar del doctor, e incluso agregó que una vez había visitado la casa de Zurita y que en ella observó una biblioteca muy peligrosa”.¹⁹ Por aquel entonces los ex alumnos y vecinos se reunían en varias sedes, que por precaución eran rotativas. Entre ellas, la vivienda de la familia Lozano en la calle Rivadavia. Como parte de la premonición lanzada por Tino, un día de reunión una caravana de autos circu-

¹⁶ Entrevista a Elsa Chiappino, 18 de febrero de 2006.

¹⁷ Sindicato Unificado de la Educación de la Provincia de Buenos Aires.

¹⁸ Entrevista a Olga López, octubre 2005.

¹⁹ Cecilia Boyer, entrevista colectiva.

ló reiteradamente frente a la casa lanzando amenazas a viva voz contra los participantes. El Peugeot 505 marrón del rector trepó a la vereda y alumbró con sus faros la casa de los hermanos Lozano; lo seguía de cerca el resto de la comitiva. Los ex alumnos, que en ese momento eran cuatro o cinco porque se habían reunido a comer pizza, vencieron el primer instante de temor y salieron golpeando cacerolas y cantando para enfrentar la agresión de Tino y sus allegados.

Mientras tanto los estudiantes que no participaban del "circo" montado por Rodríguez eran apretados por el propio rector junto a algún preceptor que le hacía de alcahuete. Poniendo como excusa problemas de conducta, Tino en persona interrogaba a los alumnos exigiéndoles que dieran razones de los supuestos motivos que los enfrentaban con él. Laura López, alumna en aquel momento de 3° año de la carrera de Perito en Técnicas Bancarias e Impositivas, recuerda bien esos convulsionados días en el Instituto. Junto a sus compañeros de división había presenciado la arenga en la cual Rodríguez había defendido "las varias visitas realizadas al penal de Magdalena y la guerra sucia";²⁰ de allí en adelante tomó una postura crítica hacia el rector y su entorno. Junto a Carlos Barral, Mónica Barsaglini, Gabriela Camilietti y otros amigos de división decidieron solidarizarse con el profesor Julio Sarmiento. A partir de esa toma de posición fueron sintiendo la presión ejercida por el resto de los profesores, los preceptores y una parte de sus propios compañeros. López asistió en más de una oportunidad a discursos (entre otros, de la profesora de contabilidad Graciela Masgoret y del preceptor Pablo Balcone) que pretendían presionarlos para que cambiaran de actitud y se dieran cuenta de lo "peligroso" que era colaborar con Julio Sarmiento. Al poco tiempo de desatarse este conflicto, los alumnos en cuestión fueron interrogados en la Dirección por El Jefe bajo la excusa de que se negaban a pagar la libreta del colegio. Lo curioso de la medida fue que solamente fueron careados aquellos que tenían una clara relación de afecto con el profesor Sarmiento.

Las denuncias contra Rodríguez coincidían con un continuo malestar de las Fuerzas Armadas en el ámbito nacional motivado por los juicios a militares de distinto rango que actuaron en la represión, situación que culminó en el levantamiento militar de Semana Santa. Como nos comentó el experimentado periodista vareliense Daniel Otero, en el imaginario de la época "el 87 coincidía con el período cíclico de los

²⁰ Laura López, entrevista con los autores, 14 de agosto de 2006.

golpes militares”²¹ que no habían dejado culminar un ciclo presidencial democrático desde la primera presidencia de Perón, a principios de la década de 1950. Los valores democráticos no estaban afianzados como en la actualidad y la posibilidad de un golpe militar no se había alejado para nada de la realidad institucional. Semana Santa fue el escenario de una nueva amenaza a la democracia naciente. Allí radica la importancia de aquellos que, como los integrantes de El Cacerolazo, el diputado Fava y muchos otros, en ese contexto de debilidad institucional, pusieron el cuerpo para alertar a la población sobre cualquier intento de atropello al nuevo orden que se estaba construyendo con sumo esfuerzo. Todavía existía mucha impunidad: “El modo en que nos llamaban por teléfono cotidianamente nos hacía pensar en dónde iba a terminar esta cuestión”.²² Este contexto se agravaba en nuestra ciudad. Señalo Otero:

Mucha gente que participó de la estructura represiva vivió en Florencio Varela, incluso hoy todavía algunos siguen viviendo aquí; en la municipalidad del distrito muchos ex represores terminaron de una u otra manera siendo funcionarios o empleados; gente que trabajó con la banda de Aníbal Gordon, gente que trabajó con la Triple A en algún momento tuvo un domicilio legal en Florencio Varela, o sea que Tino Rodríguez fue una persona despreciable, pero no la única.²³

²¹ Daniel Otero, entrevista colectiva.

²² Cecilia Boyer, entrevista colectiva.

²³ Daniel Otero, entrevista colectiva. Para más información Pacheco, Hernán y Pablo Carrera, *op. cit.* Un ejemplo de las tramas de impunidad local lo constituye el padecimiento de una vecina varelese, ex detenida-desaparecida. Se trata de una ex delegada gremial del Hospital Boccuzzi –trabajaba allí como enfermera– que fue llevada de su casa el 5 de abril de 1976 y estuvo secuestrada en el Regimiento 7 de Infantería de La Plata. Hizo pública una acusación contra Francisco Chicho Basile, dando precisiones a un periódico local sobre el modo en que el ex funcionario municipal habría participado durante su detención: “No fui secuestrada por Basile. Eso sí, él fue quien me llevó. Él se ofreció a los militares a llevarme a donde me dejaron detenida, por pedido del comisario y luego que los militares se fueran. Me llevó hasta donde estuve detenida en el centro militar clandestino”, Semanario *La Colmena*, 24 de septiembre de 2004, p. 3. Resulta un síntoma muy grave que la víctima, todavía hoy, deba resguardarse en sus declaraciones, pidiendo a los medios que no publiquen su nombre, ya que el aludido sigue gozando de influencia en algunos círculos allegados al poder.

Olga López hizo gestiones ante la diócesis y fue recibida por el padre Joaquín Carregal, que había sido profesor del Instituto y que ya había recibido a vecinos molestos por las declaraciones del rector. López recuerda como Carregal indignado le comentó que Tino se había manejado siempre “como un patrón de estancia, no respetando ni siquiera las leyes laborales”.²⁴ Con respecto a esto, distintas fuentes nos aseguraron que el apoyo a Tino redundaba en una mayor disponibilidad de horas para el futuro. El docente que se enfrentara al rector corría riesgos ciertos de ver “congeladas” sus horas, es decir, que no le ofrecieran más módulos y que las horas conseguidas en condición provisional o suplente las terminara perdiendo. De acuerdo a esto, y sobre la base de versiones inobjetables de aquellos años, las horas-cátedra fueron utilizadas por Rodríguez para el disciplinamiento del personal.

Desde el obispado, si bien les dieron su apoyo a los denunciantes, no se iniciaron acciones concretas para obligar al rector a que se desdijera. Los lazos de tipo institucional le impidieron a la diócesis manejar tiempos más cortos: tiempos que necesitaban quienes se estaban enfrentando a Tino. Obviamente, a Novak no le gustaba Rodríguez. La intención del obispo era buscar conductores de los colegios con un perfil democrático, adecuado a la nueva etapa que el país había comenzado a vivir luego de la barbarie dictatorial, pero evidentemente ese cambio debería llegar, para Novak, a través del consenso social y evitando los enfrentamientos. De allí que la diócesis no haya terminado de tomar cartas en el asunto.

Mientras, las denuncias revelaban la presencia del coronel Von Kluges y del comerciante Omar Bótega en las visitas realizadas a la cárcel de Magdalena. Al menos en una oportunidad varias personas del distrito alquilaron un colectivo que partió desde la plaza de Varela rumbo al penal donde estaban detenidos los ex comandantes. Al mismo tiempo, en el Concejo Deliberante los representantes de la Unión Cívica Radical propusieron una moción bajo el N° de resolución 3658/87: “[...] repudiando el hecho de que en el seno de la sociedad varelese se hallen ciudadanos que apoyan y se solidarizan con quienes hayan escrito las páginas más amargas y dolorosas de la historia Argentina”.

Una sesión realizada en abril contó con la participación del rector Rodríguez, que se apersonó en el Concejo favorecido por la anuencia de la bancada peronista que le permitió realizar un descargo ante los ediles,

²⁴ Entrevista a Olga López, 23 de octubre de 2005.

en el cual fustigó al diputado Fava.²⁵ “Tino mostraba prepotencia, sabía que esa parte conservadora de la sociedad estaba con él. Reglamentariamente, para que alguien que no pertenece al Concejo o al Ejecutivo pueda participar, se tiene que declarar la sesión en Conferencia pública. Eso es lo que le permite la mayoría del Concejo [bancada peronista].”²⁶ Dentro de la bancada radical algunos concejales propusieron abandonar el recinto como muestra de desprecio hacia la figura del rector; sin embargo, por decisión de la mayoría permanecieron en sus lugares para asistir al debate que luego no se realizó. Una vez en el recinto, y como era el método ideado por El Jefe para estos casos, Rodríguez procedió a la descalificación personal del diputado provincial, antes de reconocer el viaje realizado al penal de Magdalena para entregarle flores en una “visita de caridad” al reo Videla. Con la habilidad que lo caracterizó siempre, el rector intentó relacionar nuevamente la denuncia contra su persona con un ataque al Instituto Santa Lucía. Actitud metonímica que demuestra el sentimiento de propiedad de Rodríguez sobre el Instituto.

El concejal Julio Larrousse, ex alumno del colegio y amigo de la familia Zurita, fue uno de los encargados de demostrarle a Rodríguez que su actitud estaba lejos de ser inocua. Larrousse preguntó: “¿No es embanderarse de un lado el solo hecho de solidarizarse con quien ha cometido cosas terribles y ha sido el responsable de los peores crímenes llevados a cabo en nuestro país?”²⁷ y más aun, preguntó a los presentes si las flores que le entregó a Videla le servirían a este último para salvar la conciencia debido a todos los asesinatos cometidos cuando fue comandante del Ejército. Estas preguntas no obtuvieron respuesta porque Rodríguez se había retirado con suma tranquilidad, una vez realizado su descargo.

Lo que siguió a esa sesión fue un ataque sostenido hacia varios de los concejales que votaron contra Tino Rodríguez, a través de pintadas con leyendas humillantes y amenazadoras. A esa andanada de amenazas se sumó el clima de hostilidad que se vivía y que se transmitía en los comentarios diarios dentro de la ciudad.

²⁵ “Conservar sus privilegios en una sociedad estancada y dependiente, es el secreto de esta ideología destinada a dar un *bill* de indemnidad absoluto a personas oligárquicas y una sospecha perpetua de culpabilidad, cuando no la culpabilidad misma, directamente a todo integrante del pueblo, la ‘plebe ultramarina’, la ‘chusma radical’, los ‘cabeceitas negras’, y los ‘parditos’”, en Vazeilles, José Gabriel, *op. cit.*, p. 87.

²⁶ Julio Larrousse, entrevista con los autores ya citada.

²⁷ Actas del Concejo, citado por el mismo Modesto Evaristo Rodríguez, p. 213.

A la semana siguiente se llevó a cabo una nueva sesión del Concejo Deliberante en la cual algunos concejales peronistas, que habían hablado con padres de alumnos y ex alumnos del Instituto, cambiaron su voto (sesión que Tino Rodríguez, faltando a la verdad histórica, no reprodujo en su libro).

Ahí sí, en la nueva sesión, pudimos hablar libremente, y yo ya venía con una andanada, hubo debate. Tino era un conservador, reaccionario, golpista. Lo del Concejo desencadena que el bloque peronista se dé vuelta, que se debata el tema y se lo denuncie a Tino y ahí sí hay una resolución de repudio. Si bien yo tuve situaciones como concejal donde podía haber sentido presión, como cuando apresaron a Carpinetti [por entonces intendente de la ciudad] ya que yo había sido uno de los denunciantes, el momento de más tensión lo viví cuando repudiamos en el Concejo a Tino [...] porque fui el que más lo atacó, el que más lo escrachó y era el único al que Tino no amenazaba. Yo no le tengo miedo al que discute conmigo, sino al que se calla, y en ese momento tuve hasta temor de que me pasara algo. Inclusive tuve notas en el diario.²⁸

Un dato no menor es el seguimiento que realizó el grupo de ex alumnos sobre los concejales peronistas que habían absuelto en la primera votación a Tino. Gran parte de los que votaron contra el rector en la segunda sesión, sobre todo la bancada peronista, siguieron reprochando largo tiempo a los jóvenes de “El Cacerolazo” por obligarlos a través de su labor incansable, a tomar semejante determinación. Cecilia Boyer recuerda: “[la votación se hizo] por la presión que ejercimos: los concejales no podían decir que lo dicho por Rodríguez estaba bien”.²⁹ Nadie en Varela quería ponerse en contra de Rodríguez, que representaba, simbólicamente en su persona, el *statu quo* local.

Luego de las sesiones, la mujer del rector visitó una noche el Comité de la calle España de la UCR, en condición de afiliada, tratando de defender a su esposo. En el camino de sostener su posición, el rector no escatimó ninguna de las influencias posibles para ejercer coerción sobre los demás.

Después de la presencia de los ex alumnos en las sesiones del Concejo Deliberante, los profesores adláteres de Tino Rodríguez hicie-

²⁸ Julio Larrousse, entrevista con los autores ya citada.

²⁹ Cecilia Boyer, entrevista colectiva.

ron circular una nota declarando a Julio Sarmiento persona no grata. A Sarmiento algunos profesores le dijeron luego, por lo bajo, que si bien habían firmado, ellos no lo consideraban “no grato” como persona, distinción que hasta el día de hoy el profesor de la Universidad de la Plata no puede comprender con claridad. El tiempo transcurría y la situación coyuntural se enrarecía con rumores de golpe de Estado. Los participantes de las reuniones de alumnos y egresados siguieron sufriendo “aprietes” telefónicos y ataques de la prensa por un largo período. Una de las situaciones más comprometidas que vivieron involucró a sus familiares: una reunión del grupo se prolongó entre debates y pizzas hasta la mañana siguiente en la casa de Cecilia Boyer. Alrededor de las 7 comenzaron a llegar los familiares de los que habían pasado la noche allí. Con desesperación les contaban que habían recibido llamadas telefónicas diciéndoles que tenían secuestrados a sus hijos. El que sufrió la peor parte fue Julio Sarmiento ya que sus padres soportaron en su casa la frenada abrupta de un Falcon “con cuatro tipos a bordo que bajaban como para entrar en la casa. Maniobra que hicieron varias veces en la madrugada”,³⁰ simulando arteramente un allanamiento como los realizados durante la dictadura.

Ya reincorporado Julio Sarmiento, El Jefe le dijo con claridad que sabía quiénes eran y dónde se reunían y agregó además que pararan la mano porque iban a salir todos perdiendo.³¹ Amenaza velada que la ingenuidad del joven Sarmiento solo pudo decodificar con el paso del tiempo.

Otro de los ex alumnos que sufrió una amenaza severa fue Alejandro Estupiñán, militante en aquella época de la juventud radical. Desde el momento de la denuncia realizada por el diputado Fava, Alejandro y otros compañeros comenzaron a tener entrevistas con los alumnos que habían presenciado el discurso de Rodríguez, además de participar de algunos de los debates en el colegio.

Una noche, cuando se encontraba a dos cuadras de su casa de Villa Vatteone, fue interceptado por un automóvil ocupado por varias personas que le gritaron “zurdo de mierda, déjense de joder que van a ser boleta”.³² El auto era un Renault 12 *break* verde, que participó de otros aprietes y seguimientos en aquella época, y pertenecería a un

³⁰ Julio Sarmiento, entrevista colectiva.

³¹ *Ibid.*

³² Entrevista de los autores a Alejandro Estupiñán, 25 de marzo de 2006.

ex alumno amigo del rector, que actualmente desempeña un cargo en Promociones Santalucinas.

Rodríguez formuló una denuncia contra Alejandro Estupiñán en la Comisaría 1° de Varela, por supuestas amenazas telefónicas que nunca pudo probar. Esta maniobra se inscribía en la campaña de amedrentamiento hacia las personas del círculo cercano al diputado Fava.

En la Semana Santa de 1987, los argentinos vivimos la primera de las rebeliones “carapintadas” que intentaban poner fin al orden constitucional vigente haciendo uso nuevamente de la fuerza. Gran parte de la sociedad se movilizó en defensa de la democracia, pero el gobierno del doctor Alfonsín, que ya había sancionado la Ley de Punto Final en diciembre de 1986, terminó por claudicar ante los militares enviando al Congreso la Ley de Obediencia Debida —aprobada con apoyo de los diputados y senadores radicales y sus aliados del momento. La aplicación de estas leyes permitió que quedaran en libertad los autores materiales de los principales hechos represivos; sin embargo, la situación de inestabilidad institucional se prolongó durante 1987 y 1988. Los levantamientos de Monte Caseros y Villa Martelli acentuaron la tensión entre la corporación militar y la sociedad civil. Tamaña incertidumbre en el panorama nacional certifica la *calidad* de la información que obraba en poder del diputado Fava; como así también se puede comprender hoy, a casi veinte años de distancia, lo necesario y urgente de su intervención en pos de conseguir un alto grado de madurez cívica dentro de la población. También hoy se puede apreciar que en tales circunstancias, y a escasos días del levantamiento militar que tuvo en jaque a la democracia, las declaraciones de Tino Rodríguez defendiendo a la dictadura suenan no solo aberrantes, sino también conspirativas, ya que era partícipe del círculo de amistades de Videla. El Jefe no debe ser visto como un eslabón perdido que defendía a los asesinos más terribles de la historia argentina por simple esnobismo, sino que a partir de las comprobadas relaciones que tejió durante su vida con personalidades de claro tinte autoritario, queda identificado como vocero ideológico de la reacción en ciernes. Sus tremendas amenazas, que muchas veces fueron observadas con jocosidad por sus alumnos o las personas que lo rodeaban,³³ llevaban el peso de una larga tradición argentina de persecución y muerte.

³³ Incluso Cecilia Boyer y el resto de los alumnos nos confesaron que en aquella época, con tremenda inocencia, algunas veces les resultó divertido verse perseguidos por el auto de Tino y su comitiva.

Una vez producido el levantamiento militar de Semana Santa, los alumnos y ex alumnos que paulatinamente, y a pesar de los inconvenientes, se iban organizando, emitieron un volante muy clarificador con respecto a su opinión sobre el tema:

A la comunidad santalucina:

En Semana Santa, el pueblo entero se manifestó en defensa de la vida, por el nunca más, a la noche negra del poder militar.

Para ocupar el ámbito real de la democracia, para que esta no sea solo una palabra abstracta, debemos cuidarla y defenderla en nuestro lugar de estudio o de trabajo, de los cómplices de la muerte.

Por eso llamamos a los alumnos y padres, para que no permitan que de este Instituto, que hicimos todos, con nuestro esfuerzo y nuestro dinero, se reivindique el terrorismo de Estado, el secuestro, la tortura y la muerte.

Firma: Grupo de Alumnos y ex alumnos

(Aclaración: No respondemos a ninguna organización política o religiosa)³⁴

Como respuesta, la “alta” sociedad varelense –profesionales y comerciantes– organizó un gran mitín de apoyo a Rodríguez para el día 27 de abril. Dice el filósofo alemán Theodor Adorno que en las sociedades masivas quien no se adapta a los impulsos de la masa queda sumido en la “impotencia y soledad del aislado y así es muy fácil convencerlo de su insuficiencia”.³⁵ La reacción conservadora consistió en ir aislando y desgastando a quienes repudiaron con energía los dichos del rector. Aquellos que desde diferentes lugares apoyaron los valores democráticos vieron puesta en tela de juicio otra vez, como en el conflicto de 1983, su idoneidad personal, con lo que se buscaba que las acciones emprendidas para denunciar a Tino gozaran de escaso respaldo. Se los tildó nuevamente de “rojos” y circuló con fuerza, entre otros dichos, que los curas comunistas de la diócesis querían hacerse cargo del colegio, siguiendo con los estigmas que se arrastraban del conflicto con el obispo Novak.

³⁴ Folleto distribuido después del fallido golpe de Estado por los integrantes de Convocatoria por los Derechos Humanos.

³⁵ Adorno, Theodor y Max Horkheimer, *Dialéctica del Iluminismo*, México, Sudamericana, 1997, p. 161.

El Jefe, junto a sus más estrechos colaboradores, organizó un multitudinario acto de apoyo a su propia figura, demostrando que a pesar de los tres años de democracia transcurridos aún mantenía los reflejos intactos. Detrás de la escenificación preparada en el gimnasio del Instituto se escondían las ambiciones del rector de ser candidato a intendente por la UCD.³⁶ En aquella manifestación de apoyo la espontaneidad estuvo nuevamente ausente. A la mayor parte de las personas simplemente se las forzó y manipuló de la forma más burda pero efectiva: se organizaron listas de profesores y alumnos que apoyaban al rector y se presionó a quienes no lo hicieran así. Testimonia Marchesini: “[se había formado] un bando de profesores que quería que apoyáramos a Rodríguez”;³⁷ utilizaron los medios de propaganda a su alcance, desde folletería hasta la circulación de vehículos con altoparlantes; se exaltó el espíritu de pertenencia institucional entre los ex alumnos de manera tal que sintieran en la denuncia certera contra el rector un ataque a toda la institución; se promovió el temor entre aquellos que estuvieran en la vereda opuesta, como pudo apreciarse a través de los testimonios.

El esquema de despolitización progresiva de las masas ideado por la dictadura estaba dando sus frutos, aun en años de ilusiones progresistas. Gran parte del alumnado concurrió al encuentro del día 27 de abril –promovido por la poderosa Asociación de Padres– como si participaran de una fiesta, ignorando la reivindicación sórdida que hacían, a través de la figura de Rodríguez, a los Camps y a los Massera. Nada extraño en Florencio Varela, teniendo en cuenta que varios de los que organizaron aquel día esa reunión, eran amigos de los generales presos por su participación en la tortura y desaparición de 30.000 personas. Aquellos vecinos que, como el conocido comerciante Omar Bodega, recibían amablemente en su propio domicilio a Jorge Rafael Videla. Por la casa de Bodega había pasado a saludar al dictador, entre otros, el mismo Tino Rodríguez.³⁸

Marina y Celeste Gutiérrez, por esos años alumnas del Instituto

³⁶ Unión del Centro Democrático, partido fundado por Álvaro Alsogaray, miembro notable de los grupos golpistas en la historia argentina. Su hija, María Julia, se hizo célebre por estar involucrada en los casos de corrupción de la era menemista, por los que hoy cumple una condena.

³⁷ Entrevista a Alberto Marchesini ya citada.

³⁸ Entrevista a José Luis Calegari, 4 de abril de 2006.

(ambas son hijas de la militante de la JP y desaparecida varelnse Mirta Gerelli)³⁹ nos explicaron los sentimientos encontrados con que vivieron esa jornada. Sus relatos permiten percibir cómo la coerción social puede ser ejercida sin pudor ante una sociedad desmovilizada, y más aun, entre adolescentes:

Yo [Marina] que era la más chica de las dos solamente fui como todos a apoyar a Tino y no sabíamos por qué. Parecía que si echaban a Tino iban a venir las monjas. Yo entré y me dieron un silbato... y empecé a alentar por miedo a que vengan monjas, pero no sabía ni por qué.

Yo [Celeste], en cambio, intuía sobre qué se trataba esta cuestión. En el fondo era casi consciente de la relación estrecha que existía entre lo que representaba Tino y las desapariciones, sin embargo, en aquellos momentos sentí el deseo de ir, yo quería ser parte de aquello que pasaba, quería ser normal. Ahora pienso que arrastré a mi abuelo, pobre, a que me acompañara. Si bien estuve allí tratando de ser como todos, en el recuerdo borroso, no me veo saltando ni festejando como los demás.⁴⁰

Debieron pasar casi veinte años para que Celeste y Marina pudieran recomponer el rompecabezas y ubicar con claridad las piezas que la desaparición temprana de su madre desordenó irremediabilmente.

Lejos de desdecirse, y subiendo la apuesta, Tino Rodríguez defendió nuevamente y en varias oportunidades, ante todos sus alumnos, al general Videla, a Camps y a la dictadura en general, por haber librado la guerra contra la subversión, y acusaba también públicamente al obispo Novak de no querer officiar una misa para Famus (Familiares de Muertos por la Subversión), entidad claramente reaccionaria.

Parte de la prensa local apoyó casi sistemáticamente al amigo del

³⁹ Las dos hermanas fueron secuestradas por unas horas, a la edad de 2 y 4 años, en compañía de una persona mayor por una patota paramilitar; hecho que Celeste —la mayor— todavía recuerda con claridad. Su madre perdió contacto con la familia a los pocos días, fue secuestrada y desaparecida en febrero de 1977.

⁴⁰ Entrevista a Celeste y Marina Gutiérrez, hijas de Mirta Gerelli, el 18 de marzo del 2006.

genocida Videla. El colegio “tenía un *house organ*⁴¹ que era el diario *Mi Ciudad*⁴² que, a través de sus editoriales y notas, defendía a rajatabla todas las actitudes y dichos de Tino y se encargaba de desacreditar a cualquiera que no concordara con sus opiniones; tarea reivindicatoria que siguió cumpliendo aun después de la muerte de Rodríguez. *Mi Ciudad* confundía una y otra vez los intereses personales del rector y de la familia Rodríguez con los intereses de la institución, además de minimizar la importancia de las graves declaraciones de Tino ante los alumnos y las visitas realizadas a Videla. Este oportuno acompañamiento de *Mi Ciudad* fue festejado por Tino Rodríguez en su libro sobre el Instituto Santa Lucía.

“Los pronunciamientos del periodismo local –por *Mi Ciudad*, del cual reproduce varios artículos y editoriales– nos alientan y nos fortalecen en nuestra gestión.”⁴³ Los comentarios en los medios de comunicación generaron, señaló Boyer:

[...] esta cosa muy de pueblo, que si te tirabas contra el colegio te tirabas contra toda la aldea, toda la comarca, similar a ir en contra de la Iglesia en la época de la Inquisición.⁴⁴

Ellos armaron un discurso similar a lo que pasó en el ámbito nacional: cuando los organismos de derechos humanos atacaban al gobierno de la dictadura militar se le decía a la gente que estaban atacando al país, con eso de la campaña antiargentina.⁴⁵

Mi Ciudad nos había convertido en una especie de poder temible. Yo recuerdo que había una manifestación estudiantil por el boleto secundario... pero yo no fui. En el diario aparecía como si yo hubiera concurrido. Recuerdo que yo pasé momentos de mucho temor después del copamiento de La Tablada porque me encuentro una vez un amigo que había estado con nosotros en el grupo de derechos humanos, y me abraza muy emocionado porque le habían dicho que me habían detenido. Con el tiempo nos enteramos de que la usina de todos los rumores había sido el entorno de Rodríguez.⁴⁶

⁴¹ En la jerga periodística: medio de comunicación adicto, operador de prensa (órgano de prensa de la casa).

⁴² Alejandro Ormaechea, entrevista colectiva.

⁴³ Rodríguez, Modesto Evaristo, *op. cit.*, p. 194.

⁴⁴ Cecilia Boyer, entrevista colectiva.

⁴⁵ Alejandro Ormaechea, entrevista colectiva.

⁴⁶ Julio Sarmiento, entrevista colectiva.

La sensación que iban recogiendo los ex alumnos sobre lo que ocurría con el rector era sumamente contradictoria. A nivel provincial y nacional recibieron el apoyo de múltiples personalidades e instituciones: Pérez Esquivel, León Gieco, Teresa Parodi, organismos de derechos humanos —entre otros SERPAJ— y la central sindical docente CTERA. Ese ambiente los hacía mirar el desenlace de los acontecimientos con esperanza. Sin embargo, el clima de Florencio Varela marcaba otro termómetro contrapuesto al de la realidad nacional. Luego del famoso “Felices Pascuas” de Semana Santa, Julio Sarmiento, que volvía de Campo de Mayo a donde había concurrido para defender la democracia junto a miles de personas, encontró a una profesora del Instituto Santa Lucía dentro del colectivo que los llevaba de regreso. Julio cuenta que le “llamó poderosamente la atención porque la encontraba allí movilizada en defensa de los principios democráticos y, sin embargo, no había podido sacar el tema en su momento en el colegio, porque se respiraba una atmósfera muy autoritaria”.⁴⁷ Poco a poco, los integrantes de Convocatoria por los Derechos Humanos comenzaban a sentir que en Florencio Varela ya no se los trataba de la misma forma: cuando iban a comprar, cuando salían a caminar, la gente no los recibía amablemente.

Tiempo después, el núcleo duro que rodeaba al rector emitió un comunicado en el que recibía con agrado la retractación publicada en el diario *El Sol*, el 5 de mayo de 1987, por sectores del partido radical, donde bajaban el tono de la denuncia contra Tino y dejaban mal parados a aquellos diputados y concejales que con valentía se animaron a denunciarlo. El folleto utilizó una vez más la jerga y la semántica características de la dictadura: dirigida al “Pueblo de Varela”, la nota estaba cargada de apelativos dignos de un manual militar bajo la Doctrina de Seguridad Nacional. Entre otras frases, la que sigue: “ha ocurrido que, simplemente se activaron los mecanismos de autodefensa ante este nuevo intento de desintegración”⁴⁸ conseguía el mismo tono y utilizaba el mismo vocabulario de la propaganda desarrollada durante el terrorismo de Estado. ¿Cuál es el “intento de desintegración” al que se refería el folleto? Denunciar a quien visitó y defendió ante sus alumnos al genocida más grande de la historia argentina no parece

⁴⁷ *Ibid.*

⁴⁸ Folleto distribuido a los alumnos titulado “Comunidad educativa Instituto Santa Lucía” en mayo de 1987.

constituir ningún intento desintegrador. Con respecto a la activación de los mecanismos de autodefensa, ¿a qué se refería este folleto?: ¿a los aprietes telefónicos?, ¿a los seguimientos de los denunciantes por todo Varela?, ¿a las pintadas cargadas de amenazas?, ¿a la circulación continua de versiones difamatorias sobre las personas que no compartían el punto de vista del rector Rodríguez? Por último, ¿quiénes eran los que se autoproclamaban miembros autorizados de la comunidad santalucina? ¿Julio Sarmiento –siendo ex alumno y profesor– no lo era? Cecilia Boyer, Orlando Babuin, Alejandro Ormaechea, los hermanos Lozano, y muchos otros ex alumnos que no adherían a los dichos autoritarios de Tino, ¿eran parte de esa comunidad? Más aun, ¿cuál hubiera sido el lugar de los diez pibes detenidos-desaparecidos dentro de ese colectivo abstracto denominado “comunidad santalucina” del cual se creían dueños solamente algunos? Si los pibes hubieran sobrevivido a los campos de exterminio de la dictadura con seguridad no habrían formado parte de la defensa al rector, a quien acusaron en los setenta de “utilizar métodos pedagógicos feudales” y, haciendo uso de un lenguaje claro y preciso, tipificaron como “fascista”.

A pesar de la embestida de varios ciudadanos varelenses sobre la figura autoritaria del rector Rodríguez, el apoyo sostenido por personalidades del centro de Florencio Varela permitió que El Jefe siguiera ejerciendo su cargo hasta que le llegó la hora de la jubilación. A los cinco meses de haberse iniciado la investigación por “apología del crimen” (art. 213 del Código Penal) ya se había dictado la absolución del rector, sin tomar en cuenta la gravedad de sus dichos ni la situación enunciativa de los mismos. “Cuando lo absuelve el juez a Tino, lo hace en un tiempo récord”,⁴⁹ demostrando lo endeble del sistema judicial que había sido inutilizado durante la dictadura. Muy distinto sería hoy sostener en un juicio el nivel discursivo que utilizó Rodríguez, sobre todo a partir de la promulgación de la Ley de Defensa de la Democracia. Muchos de los que fueron citados a declarar en la causa sufrieron rápidamente olvidos repentinos sobre los dichos del rector. “De los que estuvimos en ese discurso [...] muchos negaron lo que habían oído [...] Muchos de los que estuvieron allí tienen que haber ‘dibujado’ la verdad.”⁵⁰

Rodríguez no solamente mantuvo su prestigio sino que, para cierto círculo de la sociedad varelense, adquirió casi el lugar de mártir. La

⁴⁹ Alejandro Ormaechea, entrevista colectiva.

⁵⁰ Alberto Marchesini, entrevista con los autores ya citada.

gigantografía que domina el gimnasio principal del Santa es toda una postal del imaginario que reina en la institución hasta la actualidad. Lamentablemente, no contamos hoy con la presencia de Claudio Zurita, Horacio Gushiken, Daniel Demaestri o alguno de los pibes para que nos den su opinión sobre los conflictos vividos con Rodríguez. Sin embargo, Julio Sarmiento, miembro de la generación que cursó toda la secundaria en dictadura, puede expresar con claridad el sentimiento contradictorio que genera el Instituto Santa Lucía para sus alumnos:

Una mezcla muy paradójica, porque el colegio siempre significó esto de querer y amarlo, sobre la base de una cuestión vertical y autoritaria muy fuerte. Es un poco la fascinación que despiertan las personas autoritarias. [...] A mí me parece que es bien profundo lo del Santa Lucía por esto de la adhesión que genera en alumnos y ex alumnos. Yo creo que la dictadura pudo entrar tan fuerte en la sociedad argentina porque siempre existieron estos enclaves autoritarios que fueron reforzados por la dictadura y por el clima cultural que impuso.⁵¹

El nivel de agresión vivido provocó que los hermanos de Mario Lozano y de Julio Sarmiento, que cursaban sus estudios secundarios en el Santa, tuvieran que cambiar de colegio. El aislamiento y las agresiones constantes a las que eran sometidos tornaban insoportable su permanencia. A una de las madres que más colaboraron en las denuncias le tocó ver a una cuadra de su casa sobre un paredón una inscripción terrible: "Margot cuidá a la nena", en clara alusión a su hija adolescente que cursaba en el Instituto, hecho que fue recogido y analizado por el diario *Página/12*.

Orlando Babuin dice que:

[Siempre tuvo] la sensación de que estos tipos hacían más de lo que necesitaban. ¿Viste cuando vos escuchás una manifestación y decís "algo hay que hacer"?; del otro lado, piensan igual pero en el sentido de la amenaza, del apretar, de generar miedo, y así lo viven ellos, como una cuestión que llevan adentro. Ellos se movilizan y actúan así, buscando el temor del otro. Lo que buscaban era que sintamos miedo y nos paralicemos, lo hacían de fanáticos y obsesivos.⁵²

⁵¹ Julio Sarmiento, entrevista colectiva.

⁵² Orlando Babuin, entrevista colectiva.

A pesar de no haber conseguido la totalidad de sus objetivos, los integrantes de “El Cacerolazo” sienten que, luego de aquella disputa, Tino ya no pudo recuperar el nivel dialéctico con que avasalló a las generaciones anteriores. De ahí en adelante Rodríguez no pudo volver a gritar “subversivo” a ningún alumno, ni zamarrearlo a su antojo como lo había hecho con anterioridad. Además, el gesto de enfrentarse a la derecha más recalcitrante, significó para el grupo una reivindicación de todos los mazazos que les habían dado desde 1976. “A pesar de todos los peligros y amenazas que pasamos, estábamos contentos de lo que hacíamos y lo vivíamos con espíritu militante.”⁵³ En definitiva, como remarcan los ex alumnos, el conflicto marcó cierto quiebre en la posición dominante del rector en el Instituto. Al año siguiente, en el momento de la Marcha Blanca organizada por CTERA, un grupo de docentes pudo plantear la propuesta de adhesión a las medidas de fuerza que incluían el paro, enfrentándose a la postura encabezada por El Jefe. En un hecho sin precedentes, la aceptación de la medida triunfó por tres votos de diferencia.⁵⁴

Los participantes de “El Cacerolazo”, con gran ingenio, trataron de responder a las agresiones utilizando los viejos recursos de la ironía y la parodia. Entre otras leyendas hicieron un graffiti con la frase “Todos son subversivos, yo soy Modesto”, en alusión al primer nombre del rector. Otra pintada del grupo decía: “La mentira tiene patas cortas y cabeza grande”. Alguno de los integrantes de la movida contra el rector —no exactamente del grupo “El Cacerolazo”— colocó un pasacalle para el Día de los Inocentes frente a la casa de Tino Rodríguez con el siguiente saludo: “Feliz día del inocente: los Desaparecidos”. Retórica que hacía referencia al manto de sospecha que siempre sobrevoló sobre el papel jugado por Modesto E. Rodríguez en la desaparición de varios de los ex alumnos del Santa. Debemos recordar que al menos tres de los chicos desaparecidos fueron expulsados por el rector mientras completaban sus estudios secundarios —a Horacio Gushiken y a Claudio Zurita se los reincorporó al poco tiempo, como ya vimos—, y que el más chico de los Zurita ya era vigilado por la policía de la provincia en su época de estudiante del Instituto.

Alejandro Ormaechea recuerda haber pasado, a fines de 1987, frente al colegio y haber escuchado un coro de pibes adentro festejan-

⁵³ *Ibid.*

⁵⁴ Entrevista a Alberto Marchesini ya citada.

do el fin del ciclo lectivo al grito de guerra: “Tino no se va, y Tino no se va”. Aquello lo golpeó mucho. Pero sin embargo sintió, como todos los demás, que estaban haciendo lo correcto y necesario.

Dicen que Tino nunca hizo política en el colegio, pero si vos mirás todo lo que hacía allí dentro te das cuenta de que no hacía política partidaria, pero sí hacía política en el sentido genérico del término. Además había mucha de esa mezcla fascista de autoritarismo y paternalismo propio de los autoritarios.⁵⁵

La coyuntura política e ideológica que atravesaba la ciudad por el año 1987 determinó que Tino Rodríguez fuera sobreesido y, todavía más, que se convirtiera definitivamente en el estandarte de los sectores más reaccionarios de la ciudad. Los esfuerzos asumidos por diferentes agrupaciones, partidos y particulares recorrieron —como lamentablemente ocurre con muchas de las luchas del campo popular— el camino de la fragmentación, lo que impidió la suma de todas las voluntades. Cierto es también que el campo reaccionario en Florencio Varela cerró filas en forma notable detrás de Rodríguez, además de haber contado una y otra vez con el apoyo municipal vía *personajes políticos* relevantes del distrito, para sostener sus posturas de neto corte autoritario.

Cuando, durante la primera mitad del 2006, nos acercamos a las autoridades del colegio para que asumieran, con vistas a la investigación, una postura definida acerca del rol de Tino Rodríguez y su defensa a la dictadura, se nos respondió con el silencio institucional. La actitud de la dirección del Instituto en todos sus niveles y la de su representante legal, fue sentenciar que “nunca habían oído hablar” a Tino Rodríguez delante de sus alumnos, mientras fue rector del Instituto, sobre los militares. Esa afirmación demuestra, cuanto menos, una admiración tan ciega y desmesurada por este personaje, que les impide recordar siquiera alguna de las manifestaciones reaccionarias vertidas a lo largo de los casi 30 años que dirigió el Instituto Santa Lucía. Como contrapartida, la misma sentencia del juez que insólitamente lo absolvió del cargo por apología del delito, dice con claridad:

Realizada la investigación se llega a la comprobación [de] que el Señor Modesto Evaristo Rodríguez, en su carácter de Rector del Instituto

⁵⁵ Alejandro Ormaechea, entrevista colectiva.

Santa Lucía de Florencio Varela, el día 3 de abril del corriente año y en días posteriores, habría vertido expresiones ante padres y alumnos del establecimiento, sobre los integrantes de la Juntas Militares, condenados por la violación a los derechos humanos, quienes se encuentran detenidos en el Penal Militar de Magdalena.⁵⁶

Esto demuestra, en forma cabal, la veracidad de las afirmaciones de nuestros entrevistados.

⁵⁶ Forma parte del fallo emitido el 10 de septiembre de 1987, y reproducido en el libro de Tino Rodríguez, p. 197.

XXI. Las familias: el pasado que vuelve

Al calvario que significó para los familiares la desaparición de sus seres queridos, se agregó desde el primer momento la dificultad para realizar los reclamos, ya que la mayoría de los abogados se negaba a presentar los recursos correspondientes temiendo represalias de las autoridades militares. No faltaron quienes ante la desesperación de las familias les dieron falsas esperanzas respecto a la posibilidad de establecer contacto con los detenidos previo pago de fuertes sumas de dinero. Más de un familiar de los compañeros desaparecidos citados en el presente libro, fue engañado por estos aprovechadores. En el caso de los pibes del Santa esta situación se repitió una y otra vez. Gustavo Zurita afirmó que su padre fue estafado en varias oportunidades, incluso por personas conocidas que le infundieron ilusiones a cambio de una retribución económica.

Cuando todos pensábamos que la historia iba tomando sus cauces normales, algunas familias fueron utilizadas en su buena fe, recientemente, por abogados que, con una clara intencionalidad manipuladora, se ofrecieron a realizar las gestiones necesarias para cobrar las indemnizaciones establecidas por ley. Al finalizar los trámites, por estas “desinteresadas” labores más de un abogado pretendió porcentajes por su labor que superaban los niveles históricos. Algunos, como la doctora Rita Isabel Cerioni, llegó a solicitarle a la familia Lépure el 30% del total de la indemnización otorgada por el Estado, siendo que el porcentaje habitual oscila entre el 8 y el 12%. Obligados por esta actitud de la letrada, los familiares del Tano Lépure interpusieron una acción legal, patrocinados por el doctor Roberto Oscar Zapiola. En la solicitud de “nulidad por lesión subjetiva y abuso del derecho”, el doctor Zapiola solicitó al juzgado que “so pena de convalidar una pretensión desmedida de la actora y poco ajustada a derecho, nulifique y morige-

re, en cambio, los efectos del convenio de honorarios objeto de este pleito, por ser contrario a la moral y las buenas costumbres y nítidamente abusivo". Según el escrito queda demostrado que toda acción sucesoria de esta naturaleza es un mero trámite, lo que hace aun más insostenible los honorarios reclamados por Cerioni.

Similares problemas tuvieron los familiares del desaparecido vare-lense Claudio Memo, compañero de militancia de los jóvenes del Instituto Santa Lucía. Todavía hoy, varias familias no han cobrado este resarcimiento económico que, si bien no podrá jamás mitigar sus pérdidas, implica un reconocimiento más por parte del Estado del genocidio cometido por la dictadura.

Memoria gráfica



El Tanito Lé pore en el Santa.



Sergio Zurita: 2° desde la izquierda y Julio Larrousse en primer plano.

El doctor Zurita, presidente de la Asociación de Padres, habla en el Santa con el obispo Podestá a su lado.



Julio Gushiken
adolescente.



Horacio
Gushiken.



Familia Zurita. Parados, desde la izquierda: Gustavo, Mariano y Sergio.
Sentados: Alejo, Lea y Claudio.



Daniel Demaestri en 1º año, segundo desde la izquierda.

Transcripción de uno de los primeros volantes del GRES.

A LOS ESTUDIANTES DEL INSTITUTO

COMPAÑEROS Y COMPAÑERAS: Todos nosotros conocemos bien al fascista del director, y sabemos cómo se transforma su máscara de "bombardeo" y "apertura al diálogo" cuando cualquier compañero intenta levantar la voz para discutir alguna de las tantas injusticias que se cometen en esta escuela. Frente a eso Tino pone al descubierto sus criterios pedagógicos feudales, que van desde amonestaciones y amenazas de dar el pase hasta persecuciones, golpes, insultos, etc. Este señor fascista niega nuestra dignidad como estudiantes a cada momento y en cada uno de sus discursos al alumnado, acusándonos de "irresponsables" y de que nos "tomamos muchas libertades", recordándonos enseguida la realidad de que él y los profesores son los que tienen la manija y nosotros no tenemos nada que decir.

Fero, hasta cuándo compañeros esto va a seguir así? No es justo que 500 estudiantes se mantengan callados y sometidos, sin poder opinar nada sobre cualquiera de los aspectos de la vida de este colegio.

QUE SIGNIFICA EL CLUB DE ESTUDIANTES: Por un lado nosotros necesitamos un Club, que nos una a todos y a través del cual podamos expresarnos como estudiantes, dando nuestras opiniones de conjunto y evitando así las persecuciones; además es necesario para las actividades recreativas, deportivas, culturales y provisión de apuntes. Por el otro, Tino trata hoy de generar nuestra simpatía dándonos el C.E., pero con condiciones humillantes, como ser el control de las listas que transforman una elección libre y democrática en una elección de algo que fue elegido de antemano. Además, y por si esto fuera poco, todas las actividades del C.E. serán controladas por él e profesores de su confianza y no se hará nada sin su autorización. De este forma, el llamado Club de Estudiantes se transforma en el "Club del Cabezón".

QUE QUEREMOS NOSOTROS: Ya hemos dicho que esta situación de sometimiento no puede continuar, y para ello necesitamos al C.E., a través del cual, a la vez que desarrollamos actividades culturales, deportivas, etc., también podemos participar en la vida de la escuela, en lo que respecta a las inversiones del dinero, el dictado de materias, el comportamiento de ciertos profesores que tienen ideas equivocadas sobre el respeto a los estudiantes. En una palabra, somos la abrumadora mayoría de la escuela y jamás se nos pide nuestra opinión en nada. Para cambiar esto necesitamos: **Primero**, que los compañeros que nos representan en el C.E. sean elegidos por más curso, y que sean los mejores compañeros, los más honestos y que más se preocupen por nuestros problemas; y **Segundo**, que seamos nosotros y nadie más que nosotros los que dirijamos este Club, sin necesidad de autorización de nadie.

QUE DEBEMOS HACER: Repudiamos la porquería que Tino nos ofrece, votando todo en blanco, y rotundamente organizamos una comisión con compañeros de cada curso. Frente a un petitorio explicando nuestros deseos, pero que todos lo firmamos y se lo entregamos a Tino.

NO AL CLUB ESTUDIANTIL DE TINO!

VIVA LA ELECCION DEMOCRATICA DE LOS DELEGADOS POR CURSO!

VIVA EL CLUB DIRIGIDO POR NOSOTROS!

GRES

GRUPO DE RESISTENCIA ESTUDIANTIL SECUNDARIA



Ángel Iula como
abanderado de la 10ª
promoción.



Ángel Iula y Silvia
Schand en el
Registro Civil.



El Toto Acuña, segundo desde la derecha, entre Julio Gushiken y don Andrés (el casero del Santa).





Repercusión en los medios de las visitas de Tino a Videla.

El Periodista, 15 al 21 de mayo de 1987.

60 POLÍTICA Y ECONOMÍA

LA LETRA QUE "VIDELA ES UN SEÑOR, YO LE LLEVE ROSAS" ENTRA CON SANGRE

El rector de un colegio privado de Florencio Varela arrojó al alumbrado, reivindicando la dictadura y la represión. Ahora deberá responder ante la justicia por "apología del delito"

Y o visitó a Videla porque fue un gran exultante, y también para volver para terminar con la situación. En la época del golpe no se podía caminar tranquilo por la calle, no como ahora. El resultado aquí es la presencia a Florencio Varela y no haberlo participado en varias reuniones del penal de Magdalena que motivaron una denuncia del ex-rector.

"VIDELA ES UN SEÑOR, YO LE LLEVE ROSAS"

prevención rectoral Jorge Fava y la instrucción de una causa ante el Juzgado Federal nº 2 de la Plata por "apología del delito". Fava se acusó de haber sido el actual director en esta escuela al colegio Santa Lucía e involucrar solamente a Florencio, su rector. "Nunca me permitieron aceptar que se me imputara ideológicamente a los estudiantes", puntualizó. El involucrado, a su vez, negó haber ejercido influencia sobre los alumnos. "Solo los dije en verdad", aseguró como de justificación. Sin embargo admitió haber sido el director de la escuela en el período local que publicó el primer periódico que argumentó "las declaraciones del Fava me fueron sus cuerdas".

El tratamiento legalístico de la denuncia tuvo carácter de un día y una noche. Mientras los diputados promovían visitas por activistas y una constatación de hechos, en el Consejo Deliberante de Florencio Varela las banderolas publicitarias y el único edificio de la Unión Vecinal, la escuela. "Cuando Basile, pariente de Videla, afirmó que él no era dueño de la institución y que "se podía sentir con hechos". Se citó a Julio Campesino, líder de la Federación de Huelgas Agrarias y el propietario de "compartir la tierra", para aprovechar la oportunidad de un acuerdo que "fue el único modo por una representación paritaria".



resolución judicial. A pesar de las amenazas que según trascendieron, Florencio Fava no asumió disposición a salir del país hasta toda la verdad. El Ministerio de Educación, por su parte, tampoco intervinieron hasta que se cumplió la declaración de la Justicia.

A todo esto, los privados valientes son temerarios. "Los estudiantes de alumnos desaparecidos" gritan sus letrados, desgracia. "Hoy que no podemos, desgracia, responsabilidades". "Eran para el bien y las fue en el momento". Aunque no se "arribó" si son desgraciados, mejor o peor, hoy para la familia del "vivo". También sostiene que la condena a la "viva", "no debería" ser el que "no me visitaba andar".

una lista diferente. "En el año 1972, después de un mes de subversión, nos amaron por mantener a ser oír en la reunión desde abajo. Después de eso se había hecho un año y no había más que informarnos en volver a hacer. El medio reducido, nos evitaba de volver como el modo de comenzar a mantener silencio".

Hoy, los estudiantes de Santa Lucía no afirman sobre las visitas pero reflejan las expresiones dirigidas hacia Videla. La cuestión no es si han hecho salir a su rector y Tino Rodríguez con estas naturales esta silencio en apoyo. La situación por el primer parent del Buenos Aires.

DANIEL OTEIRO

AL PUEBLO DE FLORENCIO VARELA

La Comunidad Educativa Instituto Santa Lucía, expresa su coincidencia con la afirmación contenida dentro de un comunicado hecho público por las distintas líneas internas del Radicalismo de Florencio Varela, en cuanto a que "... Ese Establecimiento (Instituto Santa Lucía) que prestigia a todos los varlonenses...", etc. (El Sol 5/5/87).

Efectivamente, el Instituto del que es co-fundador y primer rector el distinguido convecino Sr. Modesto Svarizio Rodríguez, es motivo de legítimo orgullo y premía de honor para quienes hayan pasado o no, por sus aulas.

El justificado reconocimiento de esa corriente partidaria, tiene el valor de enmendar - aunque tardíamente - las temerarias afirmaciones de un legislador de la misma extracción, en cuanto "abertaba" a la población sobre las presuntas desviaciones didácticas o ideológicas que en el mismo se cometerían. Bienvenido, entonces, el llamado de atención para quien comprometo imprudentemente la opinión del partido que le permitió su acceso a la banca.

No tan feliz, sin embargo el encabezamiento del mismo apartado: los componentes de las líneas partidarias que lo retendrán, rectores de esta ciudad, suponemos, en su gran mayoría, no pueden ignorar su pena de complicidad - que el gran objetivo final de la intriga calumnia - "...La Iglesia debe valer por la educación que allí se imparte..." (El Sol 24/3/87), apunta por elevación a mucho más que la pretendida asepsia de la "purificación" de su dirección. (La misma que guó al Instituto desde su fundación al prestigio obtenido y reconocido).

La jerarquía alcanzada por el Instituto, merced al trabajo, la disciplina, y un real ejercicio de la fe, por cuanto han sido cimentadas con los valores permanentes de la verdad y el esfuerzo propio.

En homenaje a esa verdad, no podemos menos que descalificar la insinuación de que nuestra Comunidad hubiese sido utilizada como escudo protector de actitudes particulares. En primer término, por ser contrario a su esencia, y luego, porque dentro de la misma, nadie necesita este tipo de ayuda. Ha ocurrido que, simplemente se activaron los mecanismos de autodefensa ante este nuevo intento de desintegración.

El cuarto punto del comunicado, incluye un falso testimonio que no merece nuestro comentario.

Rescatamos sí, la condena a las actitudes "novales" de que también habla. Entendemos por ello, que no se compartirá la actitud destructiva desatada contra un Instituto ejemplar, de más de veintitantos años de limpia trayectoria. Descontamos que en la intimidad de las personas de bien que con toda seguridad integran ese importante núcleo político, ya sean dirigentes o simples afiliados, anida el amargo sabor del error, una humana condición posible de corregir.

"Hagámonle cara fiera
a los males, compañeros,
porque el sorru más matrero
suele caír como un chovillo:
viene por un corderito
y en la estaca deja el cuero."

José Hernández (Martín Fierro)



Horacio y una
amiga, 1977.



Silvia recibiendo
su diploma de
manos del rector.



Julio
recibiendo
su diploma
de manos del
rector.



Silvia y sus
padres en el
cumpleaños
de 15.



Ángel y Silvia.

Ángel: Primera comunión.



Silvia a la salida de la escuela.



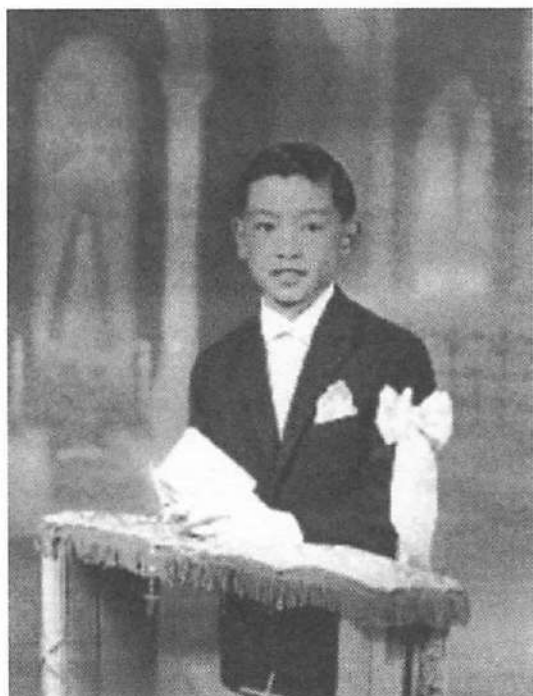


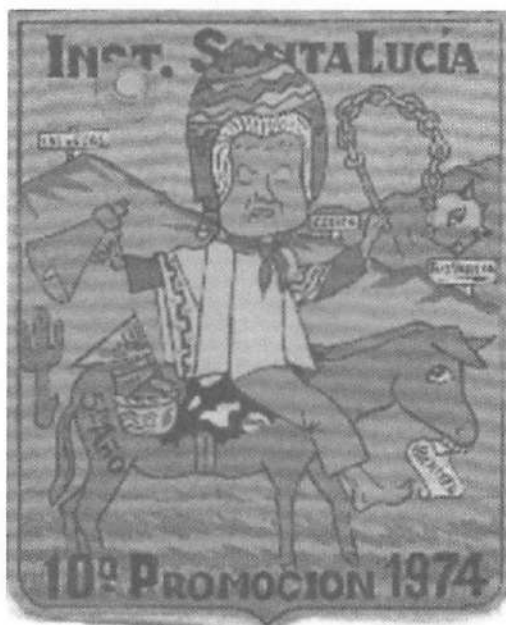
Alejo, Sergio, Claudio y Lea.

Horacio.

Primera
comuni3n de
Julio.

Horacio en la
escuela N^o 5.





Distintivos
parodiando la
figura del rector.



FORM. 270

MINISTERIO DE EDUCACION

Instituto Santa Lucia
Establecimiento

Fco. Varela, 19 de Mayo de 1960

Señor Mariano José Zurita

Comunico Ud. que el alumno Claudio Zurita

de 3er. Año A División, ha sido declarado LIBRE por

primera vez, en razón de haber incurrido en el máxi-

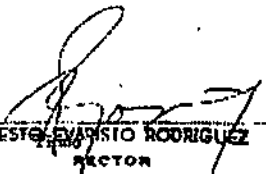
mo de veinticinco amonestaciones que prescribe el Reglamento

General. art. 201.

Saludo a Ud. atentamente,

INSTITUTO "SANTA LUCIA"
B - 396
INSTITUTO PRIVADO INCORPORADO
A LA ENSEÑANZA OFICIAL

CONTINUA 72 Fco. VARELA


MODESTO EVARISTO RODRIGUEZ
RECTOR
REPUBLICA ARGENTINA

Acta de expulsión de Claudio.

BASTA DE INJUSTICIAS Y ATROPELLLOS

CONSEJEROS/AS:

A varios meses de haber elegido la Comisión Directiva del Club Colegial, vemos que nosotros estudiantes de la misma de antes y hoy aún. El Recorrido una y otra vez nos ha hecho hábito de los políticos fascistas. La junta lucha de los compañeros de 4º y 5º año, en contra de Sumbare, nos mostró el terror que tiene el Sector cuando ve que nos organizamos y todos unidos exigimos solución a nuestros problemas. El odio al "diálogo" (¿cómo diálogo?) pero con cada uno de nuestros individualistas, así es un juego, porque sabe que de esa forma nada podemos discutir, resarcidos con persecuciones, amenazas, insultos, vigilancias semi policíacas, etc., cuando nosotros nos unimos y nos enfrentamos a su política. También en "definit" del presupuesto sirvió para que venimos el verdadero tipo, ¿cómo nos comulga al infierno? nada sobre el movimiento económico del Colegio, pero cuando tuvo la cosa el estudio entonces llamó a nuestros padres "para discutir la reforma de los planes de estudio". Qué fue el resultado de todo? Mis nuestros padres deben soportar un nuevo sacrificio para solventar el déficit, del cual no son culpables, pero que nosotros podemos seguir con nuestros estudios. Algunos profesores también se han unido a esta política usando los apodosos como sanción disciplinaria.

Esto es la realidad de nuestra situación en el Colegio, somos casi 500 alumnos que no tenemos el más mínimo derecho a expresar nuestras opiniones sin temor de ser castigados. Consejeros no nos dejemos engañar por el tipo que sea con los bronce, la falsa amistad y el diálogo, el que nos lleva después al día de la primavera, que son tan solo las artimañas que usa el tipo para tomar a los ovajitas.

La base de este método de opresión es el fascismo que para nosotros significa la negación de toda participación en la vida de la escuela. La disciplina lejana, el autoritarismo, la negación de nuestra capacidad, responsabilidad y dignidad de estudiantes con las distintas formas a que recurren para evitar que crezca nuestra espiritualidad, hagamos críticas y nos opongan a los intentos de transformarnos en débiles ovajitas.

Para llevar adelante estos planes fimo cuenta con el apoyo activo de los señores de la C.D. del Club Colegial, estos señores han transformado nuestro club en el Club "de fin" y el Turco" dando la espalda a nuestros inquietudes, ideas, opiniones y problemas, como lo vemos a través del "diálogo" nuestro círculo del inventamiento que existe entre ambos.

QUE HAREMOS HACER PARA TERMINAR CON ESTAS INJUSTICIAS?

Debemos unírnoslos solidamente para oponernos a los planes del Sector; la derrota de Sumbare por sus compañeros de 4º y 5º año, es un brillante ejemplo de lo que podemos hacer en base a la unión. A la Comisión Directiva debemos exigirle que nos consulte más y que como nosotros los que decidimos sobre los problemas que hemos al Club Colegial, en caso contrario a ellos también debemos barrerlos de los puestos que ocupan, con nuestras acciones armadas que son la UNIDAD y la DEMOCRACIA.

BASES DE AMENAZAS Y ATROPELLLOS NO PASARÁ DEL SECTOR!!

CONTRA LOS MUNDOS DE HERMANA FASCISTA!!

NOSE HAN C.D. FORMADA POR CONSEJEROS INTEROS Y DEMOCRATICOS!!

NOVA LA UNIDAD Y LA DEMOCRACIA!!

GRES

GRUPO DE RESISTENCIA
ESTUDIANTIL SECUNDARIO

Volante del GRES ¡Basta de injusticias!

La Plata, 13 de julio de 1982

Con el inmenso pesar y la íntima congoja que nos producen las pérdidas irreparables, vengo en nombre del Centro de Médicos Pediatras de Fcio. Varela, a despedir a quien fuera amigo entrañable y dilecto, distinguido y respetado colega.

Lo conocimos a su llegada a Fcio. Varela, allá por 1951, y lo vimos encarar su profesión con responsabilidad y alto sentido ético, entregándose a su ejercicio, con juvenil entusiasmo, con la generosidad y la pasión que imprimía a todas las manifestaciones de su vida, médica y ciudadana; es que tenía un conocimiento cabal de las obligaciones de un médico y pediatra por añadidura.

Por eso, no perdió oportunidad que fuera propicia de acrecentar sus conocimientos, que volcaría luego en importantes trabajos científicos. Esto le valió que a poco de instalarse en Fcio. Varela, se hiciera acreedor de la consideración y el respeto de quienes acudían a él.

Pero las aristas de su personalidad fueron múltiples, puesto que también el quehacer gremial fue objeto de sus desvelos y tuvo en él destacado y entusiasta participante, representando al Círculo Médico de Fcio. Varela en importantes y decisivas asambleas profesionales.

Una de sus últimas inquietudes fue la creación del Centro de Médicos Pediatras de la ciudad, del que fuera su primer presidente y al que entregó sus esfuerzos y sus entusiasmos, es que quería contribuir desde el mismo, a fortificar los lazos de solidaridad entre sus colegas y a mantener los principios éticos que deben privar en el ejercicio de la profesión.

Fue un padre amantísimo y amigo íntegro y sincero, leal para todos, como lo fue con sus convicciones que defendió hasta sus últimos días y hasta sus últimas consecuencias.

Por eso a quienes conocimos la reciedumbre de su espíritu y la fortaleza de su estirpe, nos sorprende dolorosamente lo inesperado de su desaparición y nos hace pensar que un huracán de inusitada turbulencia haya sido la causa de que este roble de tan vigorosa contextura fuera abatido.

Mariano:

Aunque de aquí en más, privados de tu presencia física, nos quedará por siempre el recuerdo y la imagen de tu calidez humana y de tu hombría de bien; ojalá sirva esto a los tuyos que tanto te amaron para mitigar su inmenso dolor.

Para finalizar estas breves y simples palabras, que de ninguna manera sé que llegarán a transmitir la profundidad de nuestra tristeza, pidamos a Dios paz para su alma.

DR. LIBIO MANDIROLA

Transcripción de la carta de despedida
al doctor Zurita.



Sra. Lea Blanca Brocci de Zurita en un acto
en la Universidad Nacional de La Plata.

→ OTRA AMENAZA

Amenazan a la periodista Graciela Linari por un reportaje en su medio

La directora de "Palabras con Historia" también es víctima de la intolerancia. Hizo un reportaje a dos escritores que bucean en la historia del pasado varelenso tras el golpe de 1976.

La destacada periodista y museóloga, Graciela Linari, directora de medio gráfico "Palabras con Historia" fue amenazada de muerte a través de una llamada telefónica que recibió en su casa. Ayer Linari hizo conocer el siguiente comunicado de prensa.

Minutos antes de las 20 de ayer -19 de marzo una llamada telefónica, luego de verificar que quien había atenuado la comunicación era Graciela Linari, directora de la revista "Palabras con Historia", comenzó a profesar insultos y amenazas.

"Hija de p... dejá de publicar los meritos de Rafael y Néstor si no querés aparecer en una zarza... Vos y ellos... Yo los conozco al Rafa y a Néstor y conozco a sus familias... También te conozco a vos y a tu familia..." Respondí que yo solamente había publicado una nota informativa y pregunté quién hablaba.

"¿Cómo te a través a preguntar quién habla, hija de p...? Lo que dicen son todas mentiras. Si no se callan van a aparecer todos en una zarza..."

Si dame tiempo a decir más, la cobardie agresora - pese a estar deformada sonaba como una voz de mujer - cortó la comunicación.

La denuncia correspondiente fue radicada en la Comisaría 1ª del Distrito.

HABLA LINARI

Anoche este diario se comunicó con la señora Linari, esposa del colega Romeo Rosselli. Graciela aún vivía la amargura de la cobardie amenaza, como ella bien da cuenta en su comunicado de prensa.

"Esto es parte de alguien que está añorando otras épocas. No puedo entender que en estos momentos alguien tome el teléfono tan cobardemente y uno no puede conocerle la cara ni responder. Con una moneda de 25 centavos una hace una llamada desde un teléfono público y asusta al otro, o no, de acuerdo como lo teme".

Linari había entrevistado a los docentes Rafael Brites y Néstor Jenza que están armando un libro sobre desaparecidos en Varela. La noticia ya había sido publicada en otros medios. Pero le tocó a Linari la amenaza.

"Los entrevisté para que me sirviera en este mes de Marzo para recordar el tema, con algún capítulo de la investigación. Ellos están en esa etapa. Pero en el último de Palabras con Historia di a conocer la nota. Se trata sobre los 11 desaparecidos



de colegio Santa Lucía. Pero yo no digo nada. Es más: he hablado bien de la familia Rodríguez (dueña del instituto) en una nota de fondo sobre el centenario de la panadería San Juan. Lo que publiqué sobre los desaparecidos fue algo muy light.

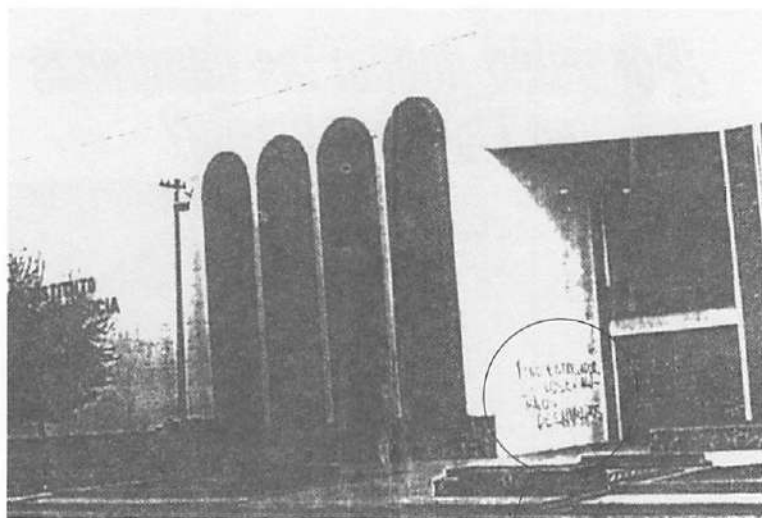
Realmente no entiendo esto. No quiero pensar que han pasado 30 años sin que se haya tomado conciencia. Evidentemente alguno se quedó en el pasado. Es alguna trasechada que se la agarró conmigo. No podemos ser humillados".

Diario Varela al Día: 21 de marzo de 2006.

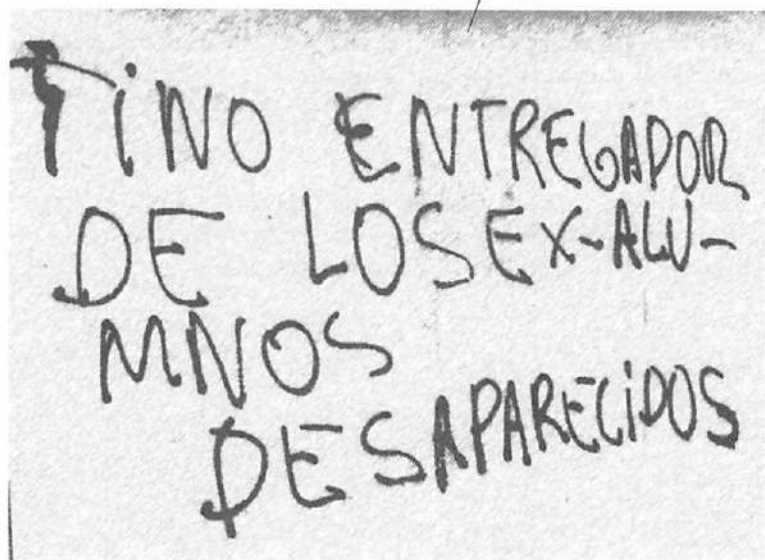


Apología del delito, actitudes golpistas, intimidación a profesores, padres y alumnos son parte de la metodología impuesta por el rector Modesto Evaristo Rodríguez en el Instituto Santa Lucía en Florencio Varela. A pesar de las críticas y las peticiones, el Obispado de Quilmes, que es propietario del colegio, no ha tomado medidas contra el director: monseñor Jorge Novak espera que Rodríguez "caiga solo".

Nota: el epígrafe de la foto en el recorte del diario dice: Esta mañana del 12 de junio Margot y los vecinos de Florencio Varela recibieron un mensaje unívoco: "Margot cuida la nena".



Frente del Santa con escrache, 1987.



Leyenda pintada en el frente del establecimiento.



Silvia.



Julio.



Gustavo, Alejo,
Sergio y Claudio.



Ángel.

ACTO de CONMEMORACIÓN y COLOCACIÓN de un MURAL FOTOGRAFICO

DE LOS EX ALUMNOS DESAPARECIDOS
DURANTE LA ÚLTIMA DICTADURA MILITAR

VIERNES 10 de NOVIEMBRE 19.30 hs.

INSTITUTO SANTA LUCÍA

Hay memorias pequeñas y ardientes como una brasa, y otras heróicas como la llama vertical, guerrera, y las hay pequeñitas y alegres en el chisporroteo, y las otras, que se conservan bajo las cenizas de los años, de tantos años, rescoldos y rescolditos que duermen. Pero no se apagan, Viejo. No.

Mauricio Rosencof

MEMORIA VERDAD JUSTICIA



Teodoro Acuña



Horacio Gushiken



Silvia Schand



Ansel Lita



José Lázaro



Daniel Demaestri



Alejo Zurita



Sergio Zurita



Claudio Zurita



Julio Gushiken

Convocan:



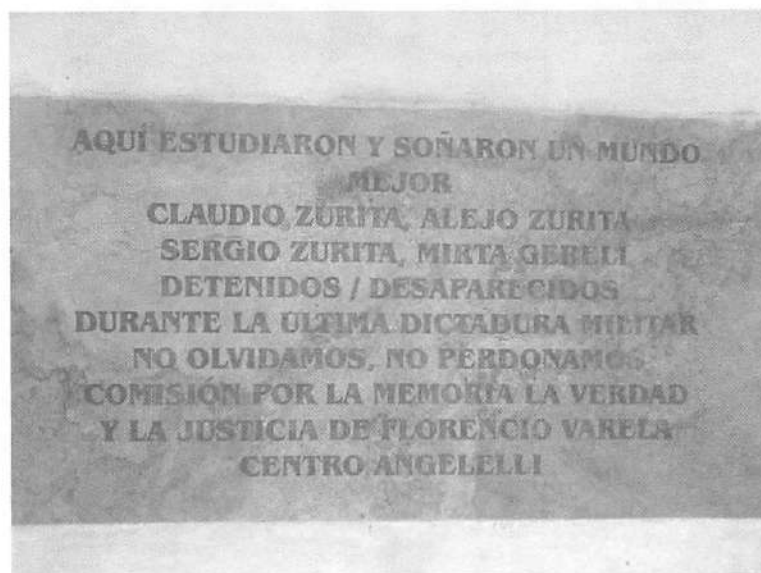
Familiares de Detenidos - Desaparecidos de Florencio Varela



Comisión por la Memoria, la Verdad y la Justicia del Centro Angelelli



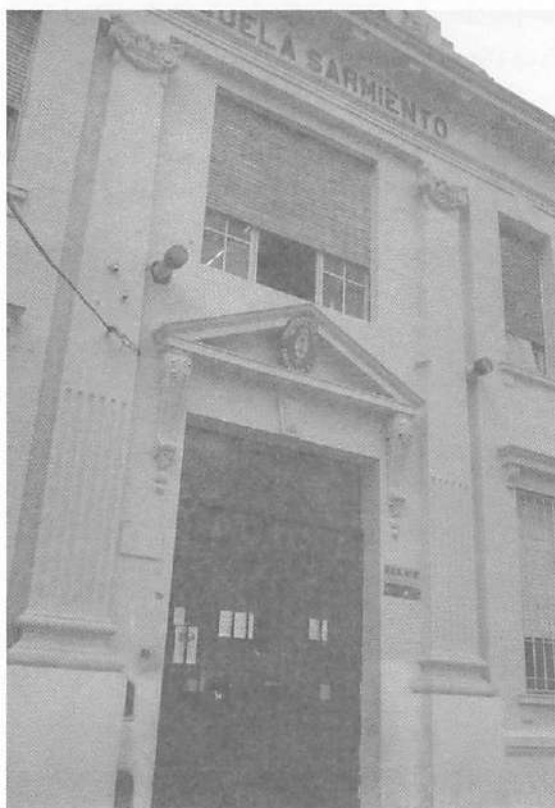
Comisaría 1ª de Florencio Varela.



Escuela N° 11 de Florencio Varela.



Frente de la
Comisaría 1ª.



Frente de la
Escuela N° 11 de
Florencio Varela.



Inauguración de placa de Daniel Demaestri.

Marcha en Florencio Varela, 26 de marzo de 2011.





Placa de Daniel Demaestri, 26 de marzo de 2011.

Vereda de la casa donde fue secuestrado Daniel Demaestri.



Epílogo

Hay memorias pequeñas y ardientes como una brasa, y otras heroicas como la llama vertical, guerrera, y las hay pequeñas y alegres en el chisporroteo, y las otras, que se conservan bajo las cenizas de los años, de tantos años, rescoldos y rescolditos que duermen. Pero no se apagan, Viejo. No.

Las cartas que no llegaron, MAURICIO ROSENCOF

En una entrevista reciente, el reconocido escritor David Viñas opinó sin temor a equivocarse que los tejidos de poder de los sectores oligárquicos, a pesar de cierto *aggiornamento*, siguen vigentes en nuestro país y pueden ser reconocidos con solo abrir los diarios. En escala micro, Florencio Varela reproduce de manera sintomática esta teoría.

Cuando cualquier investigador decide “pasarle el cepillo a contrape-lo” a la historia de la ciudad, descubre una red de vinculaciones ligadas al más hondo autoritarismo y a la violencia, tanto material como simbólica. Los alumnos del Instituto Santa Lucía sufrieron en carne propia la espiral de delación que los persiguió a raíz de su compromiso y militancia.

La figura de Modesto Evaristo Rodríguez expresa al orden conservador más recalcitrante de nuestra ciudad, ligado –dicen ellos– a un “pasado deslumbrante”¹ que se considera a sí mismo cargado de grandeza y con ínfulas de “estirpe aristocrática”.²

¹ “Esto de plasmar nuestros recuerdos y nuestras vivencias se ha convertido en una ‘misión’, la de rescatar un pasado deslumbrante...”, en revista *V.A.R.E.L.A.* Vecinos autoconvocados recordando el luminoso ayer, diciembre de 2005, N° 2, p. 1.

² *Ibid.* De más está decir que de ese luminoso ayer quedan excluidas nueve décimas partes de la población varelnense que no tiene la suerte de haber pertenecido a tan fina estirpe.

Rodríguez representa en el plano ideológico, lo que fueron en el plano represivo ciertos personajes de la historia local citados a lo largo del libro. Florencio Varela sigue hasta la actualidad signada por una matriz autoritaria de la que no puede despegarse.³

Las primeras evasivas respuestas del Instituto ante la propuesta de colocar las fotografías de los diez chicos en uno de los pasillos utilizados habitualmente por los alumnos, y el negarse a designar con el nombre del abanderado desaparecido Ángel Alberto Iula de la Promoción 74 a la Biblioteca de la institución, muestran a las claras el nivel de penetración que el pensamiento autoritario desarrolló en nuestro distrito. El masivo acto de reivindicación histórica realizado el 10 de noviembre de 2006 en el salón de actos del Instituto y la definitiva colocación del mural de los pibes, fue un eslabón más en la lucha contra la impunidad y el olvido. Recuperar la memoria de los diez alumnos y compañeros de sueños del Instituto Santa Lucía detenidos-desaparecidos implica no solamente recordar sus experiencias de vida sino reivindicar su militancia y la inquebrantable voluntad con que sostuvieron sus ideales.

Testimonio de los anhelos, las esperanzas y el convencimiento de la lucha de todos estos jóvenes, son las palabras de Silvia Schand—esposa de Ángel Iula— dirigidas a su futuro hijo. Las grabó meses antes de su desaparición y esperaron treinta años en un casete para tomar estado público. Silvia le habla a su hijo que todavía sigue esperando el susurro dulce de la madre que lo concibió enamorada del hombre que tenía a su lado, enamorada de la causa revolucionaria que guiaba su existencia y cautivada por el mundo nuevo que todavía está por nacer:

[...] Yo igual te sentí amor... tu papá... ojalá que lo conozcas y lo tengas siempre, porque aún no sabés que luchamos por los pueblos, y no tenemos garantías. Solo le pido a mi causa que lo puedas conocer. Es un hombre como hay pocos. Un amor que no se puede medir: dentro de él estamos nuestro pueblo, vos y yo, y otras personas; más es mejor, te lo resumo en una sola palabra que lo dice todo: macanudo. Ojalá podamos llevarte de la mano, reír con tus caritas, preocuparnos por tu

³Entre otros casos podemos mencionar el asesinato de la joven Andrea Viera, golpeada brutalmente en la Comisaría 1^a; la golpiza que sufrió el dirigente social Manuel Valencia denunciada ante la Corte Interamericana de Derechos Humanos, y la judicialización creciente de los niños de las zonas marginadas.

llanto, desvelarnos por una noche para acunarte en nuestros brazos, porque vos sos el fruto de nuestro amor que es infinito. Si lo perdés cuando sos pequeñito, él igual va a estar presente en mi recuerdo y en el de sus camaradas. Lo vas a conocer porque yo te voy a decir cómo era tu papá. Ojalá seas como él, con esos ojos que te enseñan la calma, con una voz que te da amor, cariño y comprensión, con unas manos que se pierden para brindar su amistad, con un corazón que siente y que sufre por los demás. Si lo pierdo, una mitad de mi vida va a morir y el pilar que sostenía mis ganas de luchar vas a ser vos, porque él va a vivir en vos... pero ojalá lo tengamos siempre. Si yo tengo que caer solo le pido a la causa que me permita engendrarte, y que puedas nacer, así él tendrá un compañero que lo acompañe en su angustia, así tendrá alguien por quien luchar. No te va a faltar amor, aunque sí una mamá: solo te pido que lo quieras, que lo cuides y que sepas que lo quise. Y si te quedás solito sin tu papá y tu mamá, nuestros amigos te cuidarán, te darán amor y te enseñarán a luchar... Quiero que seas vos quien siga nuestra lucha, que seas auténtico, sincero y que algún día te enamores de una chica honesta, que la quieras como yo a papá y papá a mí. Sabés que sos la esperanza de la nueva sociedad, de un sistema justo... Si nos perdés a los dos... te dejamos como herencia: amor y espíritu de lucha y un camino preparado para que puedas ver la Revolución y el pueblo contento. Ojalá podamos papá y yo verte luchar, amar una mujer y tener hijos de amor. Ojalá podamos tenerte y jugar, cuando aún seas pequeño: enseñarte a caminar, llevarte de la mano por el camino de la honestidad. Ojalá veamos tus hijos. Mi pedido se limita a darle un hijo a papá. Cómo quisiera tenerte ya adentro mío para tenerte más tiempo junto a papá y enseñarte, y si no puedo tenerte, y tu papá se nos va: mi cuerpo no sentirá y solo vivirá para luchar... me voy a secar por dentro, solo voy a luchar, servir solo a nuestra causa. Te lo juro por nuestro amor, jamás tendré un hijo que no sea de papá. Solo queremos conocerte hijo Julián. Tu cuerpito está hecho solo de amor, por eso vas a ser como papá. Solo pido que lo conozcas y conocerte. Solamente eso. Oíme Julián... no te quedes en el tiempo: dos personas que se aman te esperan para enseñarte muchas cosas que harán de tu vida algo útil. Por favor, que nuestro hijo no se quede en ningún lugar y pueda ser realidad... Te presento a tu papá... Ángel, mi compañero, mi camarada... hasta otro tiempo en que puedas ser realidad.

Al igual que otros cuatrocientos niños apropiados durante la dictadura, Julián está esperando el momento de conocer la otra historia, su historia, y recuperar su identidad. El hijo de Silvia y Ángel está siendo buscado por sus familiares y por Abuelas de Plaza de Mayo. Confiamos que algún día cercano pueda escuchar, él también, la voz de su madre. Así como la lucha de los organismos de derechos humanos obligó a la justicia a comenzar a hacer verdadera *justicia* con los criminales,⁴ esperamos y exigimos a las autoridades que algún día podamos conocer las historias completas de todos los compañeros desaparecidos (y la de sus hijos) luego de haber sido detenidos ilegalmente.

Este libro fue elaborado para que se pueda escuchar la otra historia, *contra el silencio y el olvido* al que la sociedad varelense, y eso que algunos intentan llamar comunidad santalucina, condenaron a los detenidos desaparecidos. No pretendimos ajustarnos a una verdad sujeta a los despachos oficiales; nuestra profesionalidad giró en torno al marco ético que exige el recuerdo de nuestros compañeros y el desentrañamiento de las lógicas con que el poder construye en forma velada la trama de su supervivencia. Es anhelo de los autores y de los múltiples colaboradores en la redacción de este libro que, parafraseando a Rodolfo Walsh, la historia de nuestra ciudad y de nuestro Instituto pase a ser propiedad de todos y no solamente de aquellos que parecen atesorarla como propiedad privada. Estamos convencidos de que de esa manera el sacrificio realizado por los pibes del Santa no habrá sido en vano.

⁴ Durante el 2006, la justicia condenó a cadena perpetua por privaciones ilegales de la libertad, torturas y homicidios “en el marco de un genocidio” al conocido represor Miguel Etchecolatz, segundo en el mando de policía detrás del general Camps.

Bibliografía

- Adorno, Theodor y Max Horkheimer, *Dialéctica del Iluminismo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1997.
- Ageitos, Stella Maris, *La historia de la impunidad: de las actas de Videla a los indultos de Menem*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2003.
- Bonasso, Miguel, *Recuerdo de la muerte* (edición definitiva), Buenos Aires, Grupo Editorial Planeta/Booket, 2006.
- Calveiro, Pilar, *Política y/o violencia*, Buenos Aires, Norma, 2005.
- , *Poder y desaparición*, Buenos Aires, Colihue, 1998.
- Celentano, Adrián, "Maoísmo y lucha armada: el PCML", *Lucha Armada*, N° 4.
- Comisión Nacional Sobre la Desaparición de Personas, *Nunca más*, Buenos Aires, Eudeba, 2003.
- Comité de Investigación y Redacción de la Historia del Inmigrante Japonés en la Argentina, *Historia del inmigrante japonés en la Argentina, Tomo I - Periodo de Preguerra*, versión en español, Buenos Aires, Federación de Asociaciones Nikkei en la Argentina, 2004.
- De la Serna, Eduardo, *Padre Obispo Jorge Novak, amigo de los pobres y profeta de la esperanza*, Buenos Aires, Guadalupe, 2002.
- Dewey, John, *Democracia y educación*, España, Morata, 1998.
- Foucault, Michel, *Vigilar y castigar*, Madrid, Siglo XXI, 1999.
- García, Prudencio, *El drama de la autonomía militar*, Madrid, Alianza, 1995.
- Gociol, Judit (coord.), *Un golpe a los libros*, Buenos Aires, Eudeba, 2002.
- Luvecce, Cecilia, *Las Fuerzas Armadas Peronistas y el Peronismo de Base*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1993.
- Mignone, Emilio, *Iglesia y dictadura: el papel de la Iglesia a la luz de sus relaciones con el régimen militar*, 4ª ed., Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional, 1987.

- Pacheco, Hernán y Pablo Carrera, *Los que no están. Desaparecidos y dictadura cívico-militar en Florencio Varela (1976-1983)*, Buenos Aires, Centro Angelelli, Comisión por la Memoria, la Verdad y la Justicia, 2005.
- Pigna, Felipe, "La letra con sangre entra", en Guelerman, Sergio (comp.), *Memorias en presente. Identidad y transmisión en la Argentina postgenocidio*, Buenos Aires, Norma, 2001.
- Rodríguez, Modesto Evaristo, *Santa Lucía: El Instituto*, Buenos Aires, Edición del autor, 2001.
- Rodríguez Molas, Ricardo, *Historia de la tortura y el orden represivo en la Argentina*, Buenos Aires, Eudeba, 1985.
- Santucho, Julio, *Los últimos guevaristas*, Buenos Aires, Vergara, 2004.
- Seisdedos, Gabriel, *Hasta los oídos de Dios*, Buenos Aires, San Pablo, 1997.
- Tenembaum, Ernesto y Matilde Herrera, *Los niños desaparecidos y la justicia. Algunos fallos y resoluciones. Tomo II*, Buenos Aires, Abuelas de Plaza de Mayo, 2001.
- Vazeilles, José Gabriel, *La ideología oligárquica*, Ficha de Cátedra III, Historia II, 1995, Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Verbitsky, Horacio, *El silencio*, Buenos Aires, Sudamericana, 2005.
- , *El vuelo*, Buenos Aires, Planeta, 1995.
- Viñas, David, *Anarquistas en América Latina*, Buenos Aires, Paradiso, 2004.
- Wornat, Olga, *Nuestra Santa Madre: historia pública y privada de la Iglesia Católica Argentina*, Buenos Aires, Ediciones B, 2002.

Política, Cultura y Sociedad en los 70.

La Plata Hochi: Noticiero del Plata, edición en castellano.

Clarín.

La Nación.

La Prensa.

Página/12.

Siete Días.

El Sol.

La Colmena.

V.A.R.E.L.A.